
CARAS
Y
CARETAS


YBARRA
ACEITE PURO DE OLIVA
Y
ACEITUNAS
MANZANILLA
FINA
ACEITE DE OLIVA
COMESTIBLE
SELECTO
ACEITE PURO DE OLIVA
Y
YBARRA
1931
SEVILLA
UNICA CASA EN LA R. ARGENTINA QUE
NO VENDE MAS QUE ACEITE
PURISIMO DE OLIVA
HIJOS DE YBARRA S. R. L.
CABRERA, 3673 - Bue
U. T. GERENCIA (71) 4024 - PEDIDOS (71)
CARGAS (71) 3407.



CARAS Y CARETAS

La Nochebuena de los ciegos

Por VICENTE A. SALAVERRI

DIBUJO DE CABALLÉ

Hubo revuelo extraordinario esa mañana en el Instituto de Ciegos. Doña Amelia, la directora, siempre bondadosa, pero teatral, obsediada con la idea de ver triunfante al fin la "Schola Cantorum", preparó un digno recibimiento al muchacho que le traían del campo.

— Agustín — habíale advertido a su alumno predilecto: — viene un compañero espléndido. Tu voz de tenor, junto a la suya de barítono, permitirá que la señorita Perla saque nuevos efectos de los coros.

Y tras de acariciar las mejillas pálidas y descarnadas del mozo, inquiría:

— ¿No te alegras, Agustín?...

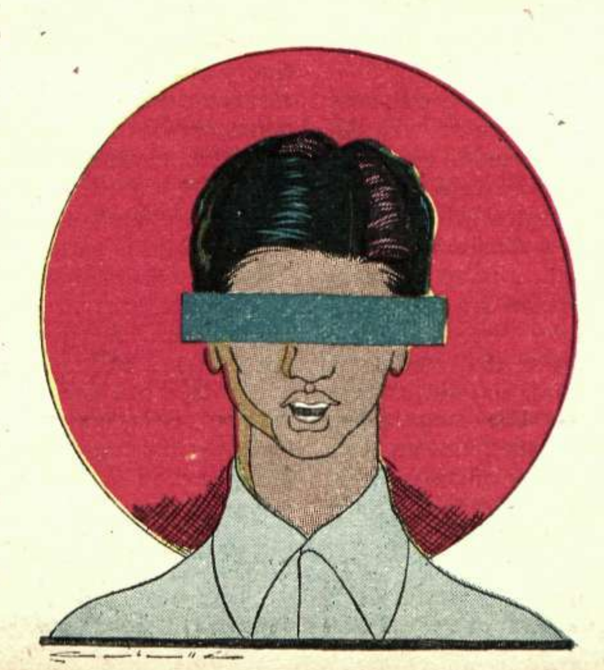
— Sí, señora, sí.

— Ademas, pueden buscarse dúos clásicos.

— Sí, señora, sí.

— Y arias y romanzas.

— Sí, señora, sí.



— Conque, dime lo que opinas.

— Lo que usted diga, señora.

A la siguiente mañana, detúvose ante la verja un automóvil, del que descendieron tres damas y otro muchacho de dieciséis años, como con las pupilas asombradas. Al no verlo parpadear, se colegía su ceguera.

Una de las señoras lo tomó del brazo y lo condujo hasta el "hall", atravesando el jardín. Los muchachos del instituto aguardaban en el patio, formados en dos filas. La directora hizo la presentación.

— Niños y niñas: desde hoy tienen ustedes un nuevo compañero. Es muy bueno y se llama Benito.

Se oyó el murmullo apagado de una risa discorde:

— ¿Por qué se ríen? — preguntó extrañado el nuevo huésped, con esa

desconfianza de todos los que no ven.

Su ademán era hosco. Intervino doña Amelia, más que autoritaria, maternal:

— ¡Una zoncera, hijo mío! ¡Es tu nombre que les causa gracia!

— ¡Polque palece un nomble de neglo! — se mofó inquieto y vivaz uno de los más chicos, risueño y entrometido, a quien las damas del Consejo profesaban real cariño, perdonándole las travesuras, que no eran pocas.

— ¡A ver ese atrevido! — amonestó la directora esta vez, para que el nuevo huésped se percatara de la disciplina.

Y en seguida, dirigiéndose a Benito, con voz tierna y melosa:

— No te importe. Nosotros te pondremos aquí un nombre más en consonancia con tus aptitudes artísticas. Hemos pensado llamarte René.

— ¡Pero René es nombre de mujer! — alegaba Benito.

El coro de risas se alzó entonces franco:

— ¡Dice que es nombre de mujer!...

— ¡Orden!... ¡Orden!... — conminó la secretaria, menuda y rezongona, recorriendo las filas.

Estos detalles dieron jocosidad al acto. Todas las damas del Consejo hubieron de asistir a la recepción del cieguito. Alondra, la menor de las niñas, la única reclusa de ojos realmente bellos, tan bellos como si las pupilas viesen, guiada por la directora, que había pensado durante tres días el efecto, avanzó unos pasos, dió, con un beso, la bienvenida de los niños al hermano en infortunio:

— Aquí todos nos queremos mucho. ¡Desde hoy te queremos, René!

Pocas semanas bastaron para convertir a René en ídolo del instituto. Era dócil y sentía por el estudio una gran atracción. La música lo emocionaba aún más que los rezos. Su voz pastosa, de singular potencia, le valió todas las admiraciones.

— ¡Es extraordinario!... ¡Con qué gusto frasea!... — ensalzaban las damas del Consejo.

Agustín, el tenor, para el cual eran antes todos los mimos y elogios, sintióse eclipsado. Sin energías para entablar competencia, pues tenía voluntad fluctuante, notó su alma mordida, como por un perro rabioso, por la envidia. Rápidamente el sufrimiento íbalo enervando. No lo dejaba estudiar y se distrajo de continuo.

— ¡Estás más delgado! — advertía doña Amelia, en su constante observación del instituto. Y añadía: — Bueno, es verdad que has crecido mucho. ¡El desarrollo!...

Nadie adivinó las terribles congojas del muchacho. Era todo a tiempo que el establecimiento adquiría una popularidad codiciable. Hízose de buen tono enviar donaciones al comité femenino que corría con su administración. Los poderes públicos acordaron subvencionar a tan piadosa casa y los diarios dedicábanle extensas notas, refiriendo sus progresos. En la "crónica social" el anuncio de la Misa del Gallo que iba a cantarse en el templo de San Francisco, estuvo apareciendo por espacio de un mes. Apellidos "distinguidos" firmaban las invitaciones de esa fiesta, entre religiosa y mundana, que conmemoraba el nacimiento del Redentor.

Con la febrilidad de tantos aprestos, pocos fueron los que repararon dentro del instituto en el brusco cambio habido en el carácter de Agustín:

— Habla solo, por las noches — previno una sirviente.

Pero doña Amelia, siempre tolerante, y algo más distraída que de costumbre con la organización de la misa, enjuició:

— No es extraño. ¡Está creciendo tanto!... Tal vez un poco de debilidad.

E hizo que Agustín tomara fosfatos. Pero el mozo siguió cada día más huraño por la envidia, con la nostalgia de aquellas manos femeninas que ahora palmoteaban los hombros y mejillas de René. Doña Amelia, sin embargo, siempre que tuvo en su presencia al otro, dirigióle frases alentadoras:

— ¡Vamos a ver cómo se porta en la noche del 24 mi tenor! ¡Entusiasmo, Agustín!

Pero las verdaderas efusiones de tan activa y empeñosa dama, así como el afecto, realmente sentido, de sus colaboradoras, estaban inevitablemente donde se hallaba René:

— ¡Oh, nuestro Tita Ruffo!... ¡Va a valernos un suceso!...

Advertía Agustín aquel inacabable concurso de alabanzas para su rival:

— ¡Es una maravilla!... ¡Un verdadero prodigio de voz!... ¡Aquí en Montevideo, con diecisiete años, nadie cantó de ese modo! ¡Si no fuera ciego, qué porvenir!...

Alentado con estas y otras amables exageraciones, el barítono estudiaba sin reposo e hizo progresos rapidísimos. En ocasiones, por ejercitarse, ni siquiera iba al recreo.

Agustín, entre tanto, rugía escondido en los fondos de la quinta, ahogándose con el odio. La menor cosa llegó a exasperarle. Una tarde dióle una bofetada a Calandria, el muchacho avispado y travieso.

René acudió en defensa de su protegido. (Eran protegidos de René todos los más pequeños):

—¡Cobarde!... Con los chicos te atrevés. A mí, que soy de tu tiempo, no me hacés eso.

—¡Igual!

—¡A ver, probá!

Se fueron a las manos. Confundidos en un abrazo de odio, rodaron por el suelo. René, más fuerte, inmovilizó pronto a Agustín. Hubo que separarlos. La secretaria, tras de amonestar a todos, rezongando siempre, puso en penitencia a los que pelearon. Cuando la directora se impuso del suceso, ordenó que sólo quedara encerrado Agustín, que fué el provocador.

—¡Yo no lo había advertido antes, pero veo que es de malos sentimientos esa criatura!

La nueva humillación hizo que se sintiera Agustín capaz del crimen. Lo comprobaba bien en sus insomnios. Todo eran tinieblas para su espíritu ahora, como todo fué siempre negro para sus ojos...

El ensayo, en la sala de música, resultó emocionante. Aquel conjunto de voces infantiles invocando a Noel, impresionaba a los menos sensibles:

—¡Qué no será bajo las naves del templo! —dijo ufana doña Amelia, a sus colaboradoras.

Sin duda, los muchachos cantaban bien, pero un viejo cronista, que estaba presente, pensó para sí que el público, sin ver aquellos pobres rostros de párpados rigidos y macilentas pupilas, aquellos pobres rostros que estarían escondidos entre las naves de la iglesia, quizá no iba a estremecerse tanto. Algunas caras tenían sombríos anteojos negros. Los vidrios ahumados ocultaban manchas blancas, como trozos de ópalo lechoso, extendidas pérfidamente sobre los iris...

Perlita Fym, con sus veinte años fragantes, era la directora de los coros, que acompañaba concienzudamente al piano. Sus padres, de sólida posición financiera, no repararon en gastos, con tal de que completara su cultura artística, que era grande a los veinte años. Sencilla y afectiva, tomó con entusiasmo el desempeño de aquella clase gratuita en el Instituto de Ciegos.

—¡Eres irreemplazable, hija mía! —ponderaba de continuo la directora. —¡Si me faltas un día, no sé qué voy a hacer!

Cuando los ensayos de la "Schola Cantorum" salían bien, Perlita, sonriendo dichosa, repartía fraternales caricias entre sus colaboradores, dándoles tanto que fueran muchachos de siete y ocho años como varones de quince o dieciséis. Para ella todos eran lo mismo: ciegos. Y aunque no se lo decía —pues nada irrita tanto al privado de la vista como oír en su torno exclamaciones de conmiseración, —sentíase enternecida hondamente ante aquella desgracia irreparable.

—¡Muy bien ese agudo, Rodolfo!... ¡Alondra, hoy no te has apresurado como otras veces!...

Agustín sentía un intenso placer cada vez que la señorita Perla se acercaba para felicitarlo:

—¡Muy bien, pero vamos a repetir el aria! Quiero que seas el primero de la clase —le había dicho muchas veces.

Y lo tomaba de las muñecas, a fin de conducirlo junto al teclado. Agustín notaba sobre su carne el suave calor de las manos cordiales. Con su fino sentido de ciego, imaginaba la belleza de Perla por la voz argentina y el leve aroma que exhalaba su cuerpo. Una vez que Perla le tropezó con su cadera, estuvo a punto de rodar desvanecido. Jamás hasta entonces supo el muchacho de aquel vértigo carnal. Luego, muchas noches, mientras en la amplia sala dormitorio roncaban los compañeros, él, desvelado, dábase a concebir episodios imposibles. Perla fué siempre la dulce protagonista. Un calofrío de muerte recorrióle las vértebras alguna vez, al evocar su euritmia.

Pero desde el arribo de René, "la maestrita" (como decía doña Amelia), tuvo para Agustín un completo desvío. Ya no se le acercó sino muy de tarde en tarde, entusiasmada con los progresos admirables del último alumno, del dócil y aplicado René.

Y la envidia siguió atormentando la pobre alma prístina. El odio fué indesterrable ya para Agustín.

De la iglesia resplandeciente de luces, el público hubo de retirarse complacido. Cuando entonaba algunos de sus solos René, un murmullo de admiración corría por el templo. En cambio, Agustín estuvo mal, pues la voz le tembló, débil, rebelde como nunca. El muchachón habría deseado que la iglesia se derrumbara sobre su cabeza. Perla lo vió en un rincón, con la cabeza hundida, murmurante, y corrió a consolarlo:

(*Continúa en la página 154*)

ACABAN de transmitir por la C P 4, estación de La Paz, Bolivia, el aviso de una zapatería. A continuación, el precio de los billetes de excursiones periódicas a un paraje pintoresco de los Andes.

La aguja busca ansiosa en el campo del dial otra estación. El disco que comenzara a girar en la C P 4 no vale la pena de escucharse, no lo puede soportar esa muchacha rubia que entrecierra los ojos cada vez que el humo de su cigarrillo sube en vertical aguda hasta sus pestañas, que lo desbaratan. Agrupa sus dedos alargados sobre la perilla del dial. ¡Gavilla de rosados dedos apretujada con una ansiedad de veinte años! Y salta de sus manos la más vasta geografía. ¡Enorme cosa para tan pequeña agrupación de dedos! El mundo se desplaza, surge por obra y gracia de una mano en actitud de juego.

Ahora son los cuernos de caza de una estación francesa. Traspasan la paz campesina, hacen alzar la cabeza al fox-terrier que en la alfombra ha soñado en voz alta, quizás en pesadilla, ladrando a un mastín descomunal. La casa toda se deja inundar por aquellas trompas violentas.

La muchacha rubia sigue recorriendo el mundo con su aparato de radio. Máquina sin fisonomía determinada, es amigo que aun no tiene rostro, porque se ha presentado como en un sueño. Un cajón insignificante, muchas veces, que visto con ojos de hormiga semeja una catedral. O el órgano de un templo.



ONDA CORTA

Por Enrique Amorim



He ahí una máquina aun sin rasgos definidos, un ser mecánico con una boca informe, agachado unas veces; otras, como un enano sobre la mesa.

Hay en la casa un anciano enfermo, que mira tras los cristales la copa del árbol y más allá las estrellas de un cielo limpio y alto. Descubre una que otra estrella, cuyo nombre aprendió en el colegio. Comprende que la cosmografía no ha dado aún al hombre ninguna sorpresa. En cambio, su hija, busca la música del mundo, de todo el mundo, haciendo girar la perilla del dial. Oye los avisos más extraños. Uno de La Paz y, en seguida, la noticia de que en Caracas, Venezuela, acaba de fallecer un anciano general. Aquella noticia le conmueve. Cuando van a dar detalles, su hija se aleja del lugar, buscando quizás un bailable en alguna estación más potente. Se anuncia, de pronto, con las notas alegres de un pájaro australiano, el Kookaburra, una transmisora de Melbourne. El anciano enfermo, inmóvil en su lecho tibio, ha llegado a Melbourne... Se acomoda en la cama, el almohadón es poco mullido para su cuerpo fatigado. Y oye la orquesta de Melbourne... Alegría de danza, soplo de felicidad que atraviesa las tierras y los mares para producir en el alma del enfermo una melancolía que el mundo desconocerá, que su hija rubia desconoce. Deja de buscar estrellas. Ha olvidado alguno de los nombres, porque son difíciles de retener. Y ahora, le es difícil, también, grabar en su memoria las características de la estación australiana. Las oye, como el nombre de una estrella: V K 3; M E...

Quisiera tener un mapa en las manos. Buscaría en el atlas, el sitio exacto, desde donde le mandan esa música que seduce el oído de su hija. En el mapa rojo de Australia, estará señalada la ciudad con un punto negro, inocente, insignificante. Encima colocaría el dedo tembloroso como quien aprieta un timbre. De allí vienen corriendo, por el globo, las notas del bailable. Llegan a su patria, luego a su casa, entran, corren por las habitaciones. Cuando con la imaginación el anciano ha recorrido la distancia que lo separa de Australia, ya la muchacha rubia se ha cansado de aquella música. Hace girar el dial. Detiene la aguja en una voz, como pararía una abeja en una flor. Se oye entonces un noticioso inglés. Los precios de la lana, de los cueros. Están ahora frente al Canadá, en Montreal y es la V E 9 D R la que transmite.

La hija del enfermo no soporta aquellas sandeces. Busca los "blues" que andarán por el éter. Recorre suavemente la línea de puntos con la luz amarillenta del dial, que baña su rostro anhelante. Y aguarda que de la inclinación de su mano brote la voz capaz de satisfacer su ansiedad. Y oye que en portugués alguien habla con tono oratorio: "La niñez anormal tendrá desde hoy su casa de estudio. Era necesario en una ciudad como la nuestra un reformatorio, y hoy lo tenemos..."

Mientras la extraña voz sigue hablando, el enfermo se ve obligado a pensar en los niños anormales de Porto Alegre. Transmite la P R A G. Los niños anormales de Porto Alegre inclinan la imaginación del anciano. Se siente cerca de ellos. Pero repentinamente suenan unas campanas. La muchacha rubia siente una atracción inexplicable por las campanas del inmenso reloj de la Torre de Londres. Mas esta vez, no son esas campanas las que oye. Son menos graves, más ágiles. Dan una hora desconocida. Sabe muy bien la muchacha rubia que en ese punto del dial no aparecen las campanas de Londres. Y por esta razón, se achica frente al receptor, junta sus codos al cuerpo, se aproxima como ante una confidencia. Cuando las lejanas campanas dejan en el ambiente una vibración apenas perceptible, en una lengua extraña, arrastrada de erres, se puede oír perfectamente: R V 59 de Moscú... Con aquellas notas, daba por finalizada la transmisión.

El anciano enfermo, desde su lecho, quiere saber qué sonido ha entrado en su casa, de dónde llegan esas campanas que su hija ha introducido en la habitación contigua. ¿Serían las de Londres?, se pregunta para no molestar a su hija.

—¿Qué campanas han sonado? — termina por interrogar gravemente.

—¡Ah, escuchabas! — se extraña la muchacha. — No, acabo de pescar según leo en la guía, las campanas del Kremlin, de Moscú... Viene a cerrar la audición... ¡Qué lástima!

¡Las campanas del Kremlin!... Si mañana muriese, pensó el anciano, si no despertase, me llevaría a la tumba el último sonar de unas campanas, dando una hora imposible para mí, en el otro extremo del mundo...

Y el anciano enfermo no quiere escuchar más. Hace cerrar la puerta. Su hija aprieta los dedos en la perilla del dial. Cinco abejas sedientas sobre una gota de agua, en una sensible corola que tiene todos los colores del mundo.

Continúa haciendo correr la aguja. ¡Con qué fuerza saltan las voces, las notas de los países de más vitalidad! Allí están como luchando por meterse en la casa, las radios alemanas, transmitiendo en tres idiomas, avanzando en el universo con la misma facilidad que su nave aérea máxima. Sin fronteras, más arriba de los records de altura, a más profundidad que el perdido submarino; junto a las estrellas del mar, por abajo y por arriba de todas las estrellas que conoce el hombre, la voz potente viene de Berlín, de Zeesen, de Núremberg! Y entrecruzadas las voces audaces de los Estados Unidos, vociferando en los cantos negros, en las canciones de su raza dolorida, o en las palabras gangosas y cautivantes de una Mae West.

La muchacha rubia se ha quedado con la voz más detonante, con las notas que la esclavizan. Vienen desde la terraza de un hotel de Nueva York. Alto piso de un rascacielos, donde se dejan ver las bellas mujeres, que aguardan la hora del "flirt". La orquesta insiste, precipitada en un ritmo de danza. Cuando el tono baja, parece oírse el chocar de cubiertos y vajillas. Copas y cristales que vibran. Verano de Nueva York, que azota las cumbres calcinadas de cemento armado. Ola de calor que alcanza a trepar hasta el más alto piso. Arriba la noche impávida de la gran ciudad. Abajo, la balumba del tráfico. Una voz habla del tiempo, del calor de la urbe altísima. Y, en el país de la muchacha rubia, crudo invierno con escarcha en los pastos; con cerrazón en el amanecer. Lejos de los dos climas, el del enfermo, la cama tibia del anciano que sigue aún el son de unas campanas que nunca verá, que jamás vió en fotografía, que ignoraba quizás que existiesen.

La casa del enfermo tiene ahora la alegría de un "dancing". Fuma su tabaco rubio, la muchacha. Volutas que se elevan lentamente. A cada final de pieza, la voz del "speaker": "Desde la terraza del Savoy Hotel. Nueva York." Y avanzan los "blues", se desliza una música que es como una red de mallas finísimas. La muchacha rubia mira fijamente la aguja del dial, clavado en un punto, puesta sobre Nueva York como un dedo sutil todopoderoso.

El anciano ha oído por última vez las campanas del Kremlin, que daban una hora imposible para él.

La muchacha rubia, nueva embrujada, oye la voz de Nueva York.

Enrique Amorim

DIBUJO DE VALDIVIA

De finas uñas



Por ATILIO CHIAPPORI

DIBUJO DE VALDIVIA

NATURALMENTE, de aquella refinada colección artística no podía decirse, en puridad, que fuese "una galería". Aún comprendiendo pinturas próceres — las muy raras, aquí, de los primitivos catalanes, por ejemplo — hubiera sido un exceso calificarla de pinacoteca. Faltábale, además del ordenamiento vertebral — una escuela, una época, "un movimiento" — que, en el peor de los casos, justifica siempre el intento preciso del técnico, el rasgo exclusivo de la predilección. Era aquélla una vetusta y hospitalaria casona, en el barrio del sur, con señorial planta de recibimiento y gran mesa florida y siempre tendida, que no habitaba su magnífico propietario pero en la cual congregaba, aun ausente, a las amistades de su mismo temple. El saloncillo del bacará, el otro del póker, hicieron temblar, más de una vez, fortunas que parecían muy sólidas. En el "fumoir", instalado en el recinto de la antaño capilla doméstica, los discreteos sociales y políticos hicieron tambalear también pretendidas inconmovibles reputaciones... La servidumbre disciplinada, discreta y — si se quiere decir — "distinguida" vestía y se comportaba como un clan de "gentlemen". Verdad que el mayordomo— visible solamente a las seis de la tarde — era un gran señor por la estampa, los modales y ese resabio de dignidad que realza, en cualquier menester, a la gente "de clase" — la "gentry" — descaecida por esta escandalosa aventura amatoria o por aquella infortunada especulación en la Bolsa... — tapete y carreras aparte, desde luego...

Lo cierto es que Roger Rigaud, nuestro protagonista, vivía simple y tranquilamente en un ranchito — según su decir — (diminuto y confortable hotelcito en las barrancas de Belgrano) sin numeración catástrica, pese a las repetidas multas, y sin teléfono directo. El conmutador de su "escritorio" — todo un cuarto piso de la calle Reconquista casi enfrente del Banco de la Nación — derivaba, según los casos y las consignas, las comunicaciones esperadas o viables ya fueran destinadas a Belgrano o la "garçonniere" de la calle Arroyo, donde ocurriera la desgracia aquella del balazo en la nuca de su íntimo amigo y socio, el director de un diario extranjero de efectivo predicamento financiero.

Pero nada de eso tiene importancia para nuestro relato. Día llegará en que nuestro

ambiente literario produzca su Jean Lorrain capaz de quintaesenciar "la bonne pourriture" porteña en la congénere prosa resplandeciente de "Le Vice Errant" o de "Monsieur de Phocas"... Lo que nos importa ahora es la colección artística de marras formada después de aquel audaz y famoso "golpe" en la Bolsa, en el que, aprovechando un momento de pánico colectivo, tuvo el coraje de jugarse entero y ganarse, así, en quince días, unos cuantos millones de pesos.

A los susodichos primitivos catalanes de inestimable valor intrínseco y venal — recuperados de los usureros depositarios que liquidaran, años atrás, la alta casa que en la Ciudad Condal mantuvieran en primer rango los Rigaud desde el siglo XVII — juntó preciosas tallas arrancadas de retablos castellanos y gallegos; marfiles viejos de ingenua y ungida representación; porcelanas y bronces chinescos de las más rancias dinastías; un monetario alcurnioso — adquirido en el Hotel Droue en la subasta del marqués de X X X — que contenía piezas de los discípulos de Pisanello; y una infinidad de "potiches" y piedras duras, desde las fantasías en cristal de roca hasta los ceniceros de amatista y de lapislázuli, diseminados aquí y allá, entre los bronces menores de Barye o las figulinas de Fremiet que adornaban consolas y mesitas enanas. Esto, por lo que respecta a lo dispuesto en los recintos de libre acceso; pues su más preciada colección de "curiosidades de arte" — estampas, porcelanas y libros prohibidos — resguardábalos en una salita siempre cerrada que adornaban pasteles, acuarelas y aguafuertes de Toulouse-Lautrec, de Rops y de Legrand.

Por eso, cuando la comisión de señoras que fué a interesarme, con fines de beneficencia, en la organización de visitas a las principales galerías privadas de la ciudad, me pidiera una lista de ellas, así como mi intervención ante sus propietarios para obtener los consabidos permisos, indiqué, entre las primeras, la de Roger Rigaud. Y, a los pocos días, fuíme yo mismo en busca del opulento financiero hasta su casona de la calle Balcarce.

Eran más o menos las once de la noche y, apenas anunciado, vino hacia mí el mayordomo con digno y cordial ademán.

— Don Roger — me dijo — mientras cruzábamos el "hall" envuelto en azulina y perfumada atmósfera de habanos — don Roger no ha llegado todavía... pero con toda seguridad llegará... Si el señor desea pasar al comedor... los señores acaban de ponerse a la mesa...

— No, gracias, ya he comido.

— En ese caso tomará usted el café en el fumoir...

— Eso es...

Al punto de llegar a dicha estancia apareció, como por arte de magia, un mucamo, quien, silenciosamente, dió más luz y, al recibir órdenes, preguntóme:

— ¿Coñac, licores, wiskhy?...

— Coñac, repuse.

Y, cuando iba a retirarse el mayordomo después de abrir una caja de puros de la mesita contigua a mi sillón, quise cerciorarme:

— Perdone... ¿Tardará mucho el señor Rigaud?

— Le diré al señor... De ordinario está aquí antes de medianoche... Sin embargo, a veces, los negocios, las consultas imprevistas...

— ¿De manera que no hay seguridad?

— Seguridad... no.

— Caramba...

Del comedor, que abría su puerta deslumbrante en el lado testero del "hall", llegaba en ese momento una estrepitosa carcajada colectiva.

— A no ser que el señor desee dejarle recado... o que yo pueda servir sus deseos...

Esto último lo dijo con tal entonación discreta que, conocedor de la sociedad disipada que frecuentaba la casa a esas horas, abusando en todo sentido de la generosidad de su dueño, me apresuré a aclarar las cosas. En dos palabras, mientras sorbía mi café, lo puse al tanto del propósito de las damas de beneficencia y de la autorización que venía a recabar.

— ¡Pero, señor!... Gran gusto tendría don Roger en estrecharle la mano y decirle: "esta casa es suya"... Pero si el señor no puede esperarlo — hoy, precisamente, es jueves y quizás llegue tarde — tenga la seguridad, que para ello estoy autorizado, de que las damas de la referencia pueden concurrir a cualquier hora de la tarde, antes de las seis. Yo mismo las guiaré.

— Mil gracias — contesté levantándome — si es que antes no logro entrevistarme con el señor Rigaud, le daré un golpe de teléfono a usted indicando día y hora.

— Perfectamente, señor.

Y cuando volvíamos a cruzar el vasto "hall" detúvose de pronto el mayordomo para decirme.

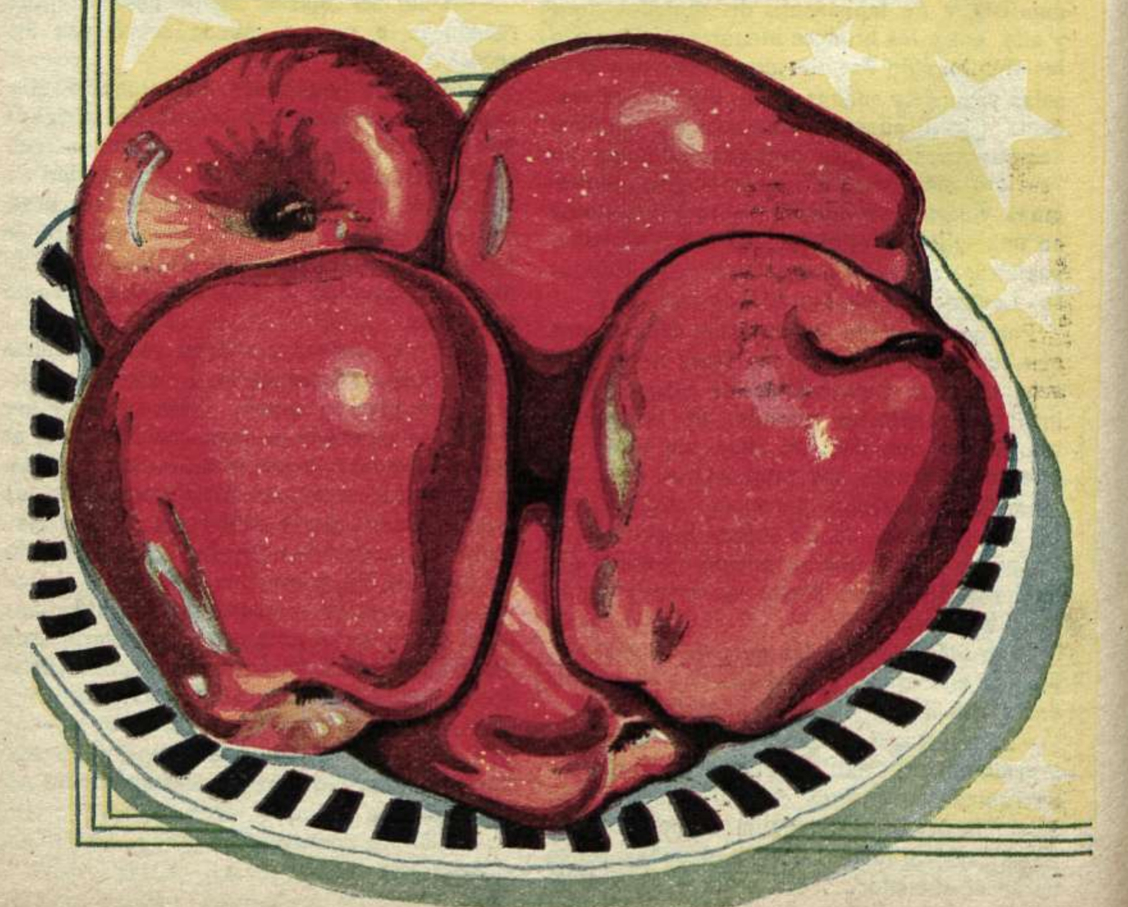
— ¿Si me permite el señor?...

— ¡Cómo no!

(Continúa en la página 158)

Contiene más de una docena de MANZANAS

Cada botella de Sidra Champagne "La Victoria" contiene más de una docena de manzanas. ¡Y qué manzanas! Todas ellas deliciosas, fragantes, bien pintonas y prolijamente seleccionadas entre las mejores del mundo.





Estos poderosos motivos y el sistema nuevo y exclusivo con que se prepara la Sidra Champagne "La Victoria" – una forma innegable de evolucionar hacia la perfección – han dado por resultado la obtención de una sidra superior: nueva en calidad, nueva en sabor, es decir, un verdadero néctar.

Por eso, una copa de Sidra Champagne "La Victoria" es un regalo para el paladar y un tónico para el organismo.

SIDRA CHAMPAGNE LA VICTORIA

En venta en los mejores almacenes y confiterías de la República.



POR

CUENTO DE PITIGRILLI

Un día, sorprendido mientras rascaba el salitre de las paredes del sótano, para preparar pólvora con azufre y carbón, di seriamente que pensar a mis progenitores, los cuales vieron en aquella inocente experiencia química los gérmenes del anarquismo.

El tío farmacéutico intervino en mi defensa, explicando que el nitrato de sodio es demasiado higroscópico para componer un explosivo: se necesita el nitrato de potasa; pero los míos, sordos a esta razón insuficiente, me internaron en un local, donde encontré otros treinta muchachos, culpables de crímenes equivalentes al mío...

Sentados de dos en dos en ciertos bancos, incómodos como aquellos sobre los que los grandes inquisidores hacían sentar a los heresiarcas para arrancarles confesiones, escuchábamos a un señor de larga barba que, con el fin de entretenernos apaciblemente, nos narraba con gran convencimiento que la oración está compuesta de tres partes: sujeto, verbo y complemento; que el Sava se precipita en el Danubio; que se denominan números primos a los divisibles, únicamente por ellos mismos o por la unidad.

En aquel reformatorio atenuado me tuvieron algunos años, por mi bien.

Cuando el tío farmacéutico, el cual sabía latín, explicó aquello de *mens sana in corpore sano,* los míos ensayaron conmigo una cura racional de agotamiento con la gimnasia, y cuando se dieron cuenta de que yo había disminuído quince kilos, hiciéronme tragar doce botellas de hígado de bacalao, para reconstituirme, y me arruinaron, definitivamente, el estómago.

"La salud antes que todo", decía el tío farmacéutico. No me dejaba tomar helados en verano, porque en verano el helado es antihigiénico. Me lo hacían tomar en invierno.

Yo poseía un soberbio par de amígdalas. Hoy, tan de moda como están los injertos, hubiera sabido venderlo a precio ventajoso. Pero, con el fin de conjurar el peligro de un ataque de anginas, un día de vacaciones me las extirparon, por mi bien.

Los tomates, los hongos y las alverjas eran para mí una golosina. Detestaba los nabos, las espinacas y el apio cocido. El tío farmacéutico explicaba que si un alimento no gusta, es porque existe oscuras razones bioquímicas, a causa de las cuales nuestro organismo siente la neecsidad de ciertos nutritivos, antes que otros, Pero mis progenitores me impusieron todas las legumbres más repugnantes, porque — así lo proclamaban — es necesario habituarse a comer de todo. "No se sabe

MI BIEN

ESCRITO EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

lo que puede suceder en la vida. A lo mejor un día tienes que comer nabos". Y a fin de que ese hipotético día lejano yo pudiese comer nabos, me disgustaron durante toda mi infancia y toda mi adolescencia. Tal vez hubieran insistido, si un día no hubiese yo comprobado con mis ojos que, aun en las hosterías de tercer orden se puede elegir, por lo menos, entre ocho sopas, quince platos de carne y diez de fiambres; y que, si esto no bastara, en toda ciudad de cien mil habitantes se puede elegir entre trescientas hosterías.

Cuando tuve seis años, mi hermanita tenía cuatro y mi hermanito, dos. A cualquier infortunio que sucediese en casa, yo oía decir:

— Tú, que eres el mayor.

Yo, que era el mayor, debía poseer la sabiduría de Catón, la sobriedad de Diógenes, la prudencia de Fabio Máximo.

Sin embargo, no era así. Un día, el profesor puso el siguiente tema: "Describir un naufragio en pleno océano". Yo, que no había visto ni siquiera una barca, ni un marinero, ni el mar de Albisola, me ahogué en lágrimas. El consejo de familia reconoció que no me faltaba la voluntad; me faltaba la inteligencia, y fuí condenado a proseguir los estudios. Un día, el profesor contó una anécdota: Solón fué a Mileto, atraído por la celebridad de Tales. Después de haberse entrevistado con este filósofo, Solón preguntó por qué no había tomado esposa, y, por consecuencia, no se había puesto en estado de tener hijos. Tales, por el momento, no respondió. Algunos días después, un extranjero, que fingía traer noticias de Atenas, contó que en la capital terminaban de sepultar a un adolescente, hijo de un alto personaje estimadísimo por todo el pueblo. "Cómo se llama el padre? — preguntó Solón. — Se llama, acaso, Solón". "Sí" — repuso el extranjero. — Solón, entregándose a un llanto desesperado, se desgarró las vestiduras, y se hubiera roto el cráneo contra la pared, si Tales no lo hubiese calmado diciéndole: "No es verdad. Se trata de un truco, inventado por mí. Lo hice para demostrarte que aun el hombre más sabio no puede soportar los dolores provenientes de los hijos. Por eso es por lo que no quise crearme una familia".

Después de haber narrado esta historieta, el profesor nos dijo que la transcribiéramos e hiciéramos un pequeño comentario.

Yo hice este comentario:

"La broma de Tales me parece un poco idiota".

Fuí expulsado de la escuela, y el consejo de familia decretó que no me faltaba la inteligencia, sino la voluntad. Y entonces quedé preso para siempre por los estudios clásicos. Se me obligó a frecuentar esas palestras de cacofonía, que son las escuelas de idiomas. Mi padre, que había estado durante su viaje de bodas, tres días en Montecarlo, afirmaba que las lenguas son útiles. Muy verdadero; sino que en las escuelas no se aprenden las lenguas.

El tío farmacéutico me protegía, afirmando que no se debe y no se puede adelantar ni felices auspicios ni pesimistas profecías, en cuestiones escolásticas, y destilaba los acostumbrados ejemplos: Darwin, niño, echado de la clase porque examinaba un insecto; Napoleón, suspendido en arte militar; y el matemático Poincaré, rechazado en el bachillerato por no saber matemáticas.

¡Aquel querido tío farmacético! En nuestra familia representaba el sentido común. Era el elemento moderador. Había en él algo de sabio y de mago. Su primera fascinación se derivaba de un reloj, que no solamente sabía señalar las horas, sino



las fases lunares y los signos del zodíaco. El tío farmacéutico echaba el humo por la nariz, hacía desaparecer el índice escondiéndolo entre los otros dedos, y decía que el alcohol es un veneno. Hasta la edad de diez años yo no había catado el vino, cuyo olor llegó hasta repugnarme. Un día el tío farmacéutico admitió que un poco de alcohol no hace daño, y que el vino es un tónico de primer orden. Mi padre me impuso la bebida, porque lo había dicho el tío farmacéutico.

Desde París, a donde había ido a pasar una semana, para aprovechar de ciertas facilidades ferroviarias, con motivo de una exposición farmacéutica, nos envió la tarjeta reclame de un bar, en el que comiera. Se llamaba Lougi's Bar. Sobre la tarjeta estaba dibujado un muchacho, que se me parecía, en trance de declamar esta composición poética:

... quand je serai...
grand et riche...
... comme mon "tonton"...
... j' irai manger...
... tous les soirs...
la soupe ā l'oignon
chez LOUGI!

A su vuelta, explicó que "tonton" quiere decir tío. Y desde aquel día le llamamos tío Tontón.

¡El tío Tontón!

Era tan hermoso el tío Tontón, cuando lo veía detrás del mostrador mezclar gravemente sus polvos, pesarlos, subdividirlos en doce partes sobre doce retángulos de papel, para hacer doce sobrecitos. Era tan hermoso, que mi padre le había hecho un retrato al óleo, con guardapolvo blanco, y algunos tarritos de antigua Savona en el fondo, sobre los que se leían nombres de misteriosas pomadas y ungüentos. Desde el día en que el retrato al óleo de tío Tontón adornó una de las paredes del comedor, en todos los momentos decisivos de nuestra vida, desde la compra de un paraguas hasta el licenciamiento de una mucamita alegre, dirigíamos la vista hacia el tío Tontón para consultarle, como hacen los personajes de las comedias rusas de autor italiano, que, al afirmar cualquiera cosa solemne, vuelven la cabeza hacia el retrato del zar.

La suprema amenaza se sintetizaba con esta frase:

—Se lo diremos al tío.

La magnitud de nuestra culpa:

—¡Si el tío lo supiera!

La condena condicional:

—¡Por esta vez no se lo diremos!

Pero si, a manera de consulta, los muchachos íbamos a casa del tío Tontón a exponerle aquello que, según nuestra opinión, constituía una falsa apreciación o un exceso de castigo, el tío Tontón respondía:

—Vuestros mayores lo han hecho por vuestro bien.

Y entonces, nosotros nos quedábamos tranquilos, porque sobre todo, en las cuestiones científicas, contra las reglas de la gramática, de las tarifas o de la enciclopedia, dominaba la opinión infalible y las decisiones inapelables del tío Tontón.

— Esa mujer

te arruinará.

Aunque me lo dijo mi padre, yo no lo creía. Y no lo hubiera creído, aunque me lo confirmó mi madre, porque en toda mujer que se aproxima al hijo las madres ven condensadas todas las perfidias femeninas y representados todos los peligros más siniestros.

Pero cuando me lo garantizó el tío Tontón, comencé a pensar.

—¡Esa mujer te arruinará!

Reuní toda mi experiencia sobre las mujeres: no era muy grande, porque me encontraba en mi segundo o tercer amor. Había oído hablar de mujeres fatales, del encanto eslavo, de Circes baratas y de Calipsos gratuitas. El cine italiano me había hecho conocer a las divas; el ameri-

cano, a las estrellas; el alemán, a las vampiresas. Las novelas francesas me habían revelado el encanto, los psicólogos modernos, el "sex appeal",y el profesor Sigmundo Freud, la obsesión. Había leído aventuras de mujeres que instalan un micrófono en el dormitorio de los generales enemigos, y que juegan a la bolsa sobre secretos financieros, arrancados a un "partner" en una noche de cabaret. Estaba seguro de que algunas damas, en cambio de una aventura, consiguieron la independencia de su país, y que, desde la reina Esther hasta María Waleska y la condesa de Castiglione, la suerte del pueblo dependió, quizá, del "boudoir". Me habían dicho en latín, que nada es más ligero que la mujer, y me lo confirmaron con música de un famoso melodrama: "la donna e mobile". Y sabía las célebres máximas acerca de la infidelidad de las esposas de los grandes infortunados de la ciencia y de la filosofía.

Pero mi frágil, tímida, rubia, inmaterial, angélica, miope amiga, ¿de qué manera hubiese podido arruinarme? Venía de un país lejano, con un nombre tan difícil de pronunciar, que yo le impuse otro: la llamaba Carluccio 37, un apodo de rey de títeres: Carluccio 37. Carluccio era el tipo de la gola medio almidonada, que ella llevaba sobre una sencilla chaquetita negra, y 37, la circunferencia del cuello. No era coqueta, o si tenía algún coquetismo era el de la sencillez. No me pidió nunca ni dinero ni tiempo, sabiendo que del primero podía darle poco y del segundo, demasiado. Después de la primera entrevista no me preguntó, como las otras mujeres: "¿Cuando nos volveremos a ver?" Las otras mujeres se figuran haber estipulado un contrato vitalicio. Ella, en cambio, me había dicho: "Si quieres volver, vuelve: me darás un placer. Ya sabes el número de mi teléfono".

En el restaurante pedía siempre el menú de precio fijo, para no tener el trabajo de la elección. Las otras mujeres eligen siempre un pescado que no está en la lista, una verdura fuera de estación, un pájaro desconocido en nuestro clima, un agua mineral que nunca fué embotellada.

En el café respondía al mozo:

— Tráigame lo que quiera. Es lo mismo.

Un día de verano pidió:

— Cualquiera cosa fresca.

Acordándome de las enseñanzas recibidas en mi niñez, le advertí que las bebidas frías tomadas durante el verano son antihigiénicas. Y, dócilmente, corrigió:

— Cualquiera cosa caliente.

Un día le juré que jamás tendría amores con otras mujeres, y ella me aconsejó que no adquiriera ese compromiso. Acaso, su intución y su sensibilidad le anunciaban que algún acontecimiento grave iba a separarnos.

El tío Tontón me había repetido:

— Esa mujer te arruinará.

Y, sin embargo, el tío Tontón no demostraba antipatía hacia Carluccio 37. Cuando ella iba a la farmacia a pesarse en la balanza de precisión, el tío ocupábase personalmente de la operación delicadísima, y una vez le regaló una botella de agua de colonia, preparada por él. Quizá — pensaba yo, — debe saber alguna cosa que no puede revelarme. Quizá el íntegro tío Tontón lucha entre el afecto de tío y el secreto profesional.

Pero no sólo el tío me aconsejaba abandonar a aquella mujer. También un antiguo compañero de escuela, un cabeza algo destornillada, que en nombre de la vieja amistad venía, tanto a pedirme una corbata usada, como a divertirme con el relato de sus aventuras. Se llamaba Fuks, y había desempeñado los oficios más insólitos: representante de una marca de champaña, que nadie oyó nunca nombrar; afinador de pianos; paracaidista; recortador de siluetas en cartulina negra. Se había revelado como sujeto hipnotizable de los magnetizadores de music-hall, y en varios trances hizo de "primo-fantasma", que, por una suma, variante entre cincuenta y mil liras, entraba en la casa del seductor, con el fin



de intimarle que se casara con la moza incauta.

Entonces se dedicaba a trabajar en cierta invención que le hubiera conquistado la gloria. No se sabía si se trataba del movimiento continuo o del acumulador ligero, porque hasta que no hubiera obtenido la patente no haría revelaciones.

También Fuks afirmó que aquella mujer no había nacido para mí. Cuando fuí a casa de Carluccio 37, para anunciarle que iba a realizar un largo viaje, con el fin de olvidarla, ella miróme con aquellos ojos miopes, y sonrió. Algunas mujeres, cuando experimentan un pequeño dolor, hacen una pequeña sonrisa. Este es su modo de llorar. No me hizo ninguna escena; no representó el penúltimo acto de "La dama de las camelias". Antes de emprender el viaje, la vi aún otra vez. En el último momento le prometí que volvería pronto, porque no podía vivir sin ella.

Abrió un estuche, y ofrecióme una coronita blanca.

— En mi país — me dijo, — ésta es la costumbre. Cuando un amigo emprende un largo viaje, se le ofrece una coronita de azahar. Esas flores las he recogido en mi jardín; hice la coronita con mis dedos. La llevarás contigo, para ofrecérsela a la mujer que creas más pura, entre las mujeres que halles en tu camino. Al día siguiente me embarcaba para un largo viaje, un poco amargado por el despego de aquella mujer; pero feliz de encontrarme, finalmente, libre de los consejos de mi padre, de mi madre, del amigo Fuks y del tío Tontón, que durante varios meses me habían rodeado con el cordón sanitario de su experiencia. Sentía cometer un acto de debilidad. No estaba persuadido de lo que iba a hacer; pero partí. La experiencia ajena no nos convence. La que sirve es la nuestra. Hace miles de años que se narra cómo Pandora, por los gentiles, y Eva por los otros, perdieron al género humano. Desde los antiguos pensadores persas hasta Salomón y los dibujantes cómicos de los magazines norteamericanos no se hizo más que decir maldades acerca de las mujeres, y, sin embargo, los hombres continúan enamorándose, casándose, sufriendo competencias, y todos agregan a la misógina sabiduría universal su experiencia propia, que no ayudará a nadie.

La experiencia de todos aquellos queridos seres, apenas me sirvió para darme asco de su experiencia. Sin ninguna convicción seguí sus consejos, solamente para no oírlos más.

Pasado el primer día de navegación, cuando la tierra hubo ya desaparecido entre dos fajas azules, al abrir una valija en busca de unas píldoras contra el mareo, encontré la coronita de azahar, destinada a la muchacha más pura que hallase en mi camino.

Me di cuenta, por último, de que amaba a aquella muchacha del alma nórdica, de los sentimientos moderados y de los ojos miopes. Durante algunos días pensé, sollozando, en Carluccio 37. Pero, a medida que el buque se alejaba del continente, mi amor disminuía. La distancia no favorece al amor. Los corazones de los amantes — pido perdón a la sombra de Isaac Newton — se atraen en razón inversa del cuadrado de la distancia.

Mi viaje duró más de un año. Agotadas las cartas de crédito, me dediqué al comercio de pieles y de bananas, a la compra de neumáticos usados. Di lecciones de esgrima en Montevideo; envié desde las Guayanas artículos sobre la vida de los presidiarios a un periódico rumano; hice de bailarín de cabaret en Pittsburg; organicé una campaña noticiosa para la difusión de un dentífrico en Venezuela. Dilataba mi permanencia en Estados Unidos, extraño país, donde al suicidio se considera un crimen y se tiene tolerancias para el linchamiento; donde el matrimonio y el divorcio son considerados en conjunto, como los billetes de ida y vuelta.

Y en Chicago, Berlín y Moscú, esos tres inquietantes yacimientos magnéticos, que hacen oscilar la aguja del pensamiento moderno, ofreciéronme innumerables ejemplares de mujeres, que me probaron cómo estamos alejándonos del lírico y romántico concepto de la pureza. Conocí mujeres nórdicas, de países imprecisos, escuálidas y deslavazadas, como raíces de plantas acuáticas; orientales, de ojos metálicos y de cabellos ondulados, como si conservaran las huellas de una corona; inglesas deportivas, de paso largo, pies planos y adhesivos, como si tomaran posesión de un territorio; conocí todos los aspectos de la moralidad amorosa contemporánea, desde las muchachas de las grandes ciudades industriales, hasta las cretinas de las escuelas eurítmicas, donde levantando un brazo ha-

cia adelante y una pierna hacia atrás pretenden resucitar la belleza griega. Conocí señoras de la gran aristocracia, en las cuales se había cumplido el ciclo evolutivo del refinamiento, y en cuyos músculos y en cuyo cerebro la obra de los siglos plasmó la digna compostura del sentimiento, habiendo llegado a la última expresión de la fiereza, al punto límite del "aplomb": la humildad. Engañado por la lectura de los cromos, me puse a buscar, entre los almendros floridos, a las últimas depositarias del sentimiento y del sueño: las japonesas. Pero la japonesa contemporánea no es una estúpida romántica, como la de la historieta de Belasco con música de Puccini. Las Buterfly de hoy van en aeroplano, de Yokohama a Vladivostok, y encargan a Lavin por cable los vestidos para las carreras de Osaka.

El cuero de mi valija desaparecía bajo las etiquetas de los hoteles, y su contenido se renovaba continuamente, porque en cada país compraba objetos que ofrecía a las mujeres de los sucesivos países. Regalé a una española las babuchas recamadas de oro adquiridas en Marruecos; a una inglesa, nácares comprados cerca de la Puerta del Sol; a una gitana, un kimono japonés; a una alemana, un delicioso cocodrilo, capturado en el Nilo. Pero la coronita de azahar no salió de mi valija. De todas las mujeres que había tratado, ninguna presentaba tales dotes de pureza para merecer el simbólico presente.

Todas las mujeres que participaron de mi vida durante aquel largo viaje — y también en los viajes y estadas sucesivos, — cometieron una traición, o me engañaron para abrazar a otros, o engañaron a otros para refugiarse en mis brazos. Yo no sufrí por eso. También el engaño forma parte del equilibrio del mundo. Los celos son absurdos, porque revelan pretensiones de romper ese equilibrio. "No te quejes — me decía a mí mismo, — de las traiciones que te han hecho, de los engaños de que fuiste víctima. Son ellos los que te permitirán traicionar a tu vez. No maldigas de la infidelidad de las mujeres, aunque esa infidelidad te amargue. Es el "do ut des" el doy para que des, el libre cambio; es la gran internacionalidad del amor. Hace falta que así sea. La infidelidad de ellas, en tu contra es la misma que te autorizará mañana para ser infiel en provecho tuyo".

Pero estos razonamientos acomodaticios — ¡cómo nos persuadimos a nosotros mismos!, — no me permitían ofrecer la coronita de azahar a ninguna mujer. Resulta más fácil desprenderse de una valija que contiene un cadáver, que de una corona marchita, que ya había absorbido los olores del alcanfor, de la naftalina, de los dentífricos, del agua de colonia, y que ya comenzaba a romperse. Entre los pañuelos, se quebraban los pétalos secos, y algunas veces en una manga de la camisa sentía una cosa dura, un pétalo que me arañaba.

Por este pequeño motivo — muchas veces parte uno o retorna por motivos menos importantes, — un día entré en las oficinas de una compañía de navegación y tomé un billete para ir a mi país. Antes de embarcar compré un ciento de tarjetas postales, fuí a un café del puerto y se las mandé a todas las mujeres que yo había conocido en mi vagabundear por el mundo. Las tenía clasificadas por orden alfabético en mi libreta de direcciones. ¡Qué espantoso manual de psicología es un cuaderno de direcciones! Terrible experimento, que se repite cada vez que debe mandarse una docena de tarjetas postales. Se te reaparecen en la memoria hombres y mujeres que creías dignos de tu confianza, de tu amor o de tu amistad, y un día fueron injustas o desleales contigo, o tú fuiste desleal o injusto con ellos. Lo cual, para la demostración del caso, es lo mismo.

¿A cuál de estas mujeres, que ahora veía alineadas como en un catálogo, habría podido ofrecer la coronita de azahar? Este pensamiento me llenaba de melancolía. Sentí un gran deseo de serenidad y de reposo, el deseo animal de dormir en mi cama y de comer platos de la cocina de mi país, de ver rostros familiares, de rescatarme de todo aquel exotismo, que me había envenenado, como si sobre mi piel pesase una superposición de barnices. Sentía la necesidad de encontrarme entre gentes sencillas y honestas, honestas hasta en el error, como mi amigo Fuks, creador de máquinas inverosímiles, inventor de genialísimos artificios, pero tan pésimo psicólogo, al afirmarme que "aquella mujer era mi ruina", que me había aconsejado — por mi bien, — abandonar a Carluccio 37. Tenía necesidad de darle un abrazo a quien representaba el equilibrio y el sentido común, al oráculo de nuestra casa, aunque mal psicólogo también; tenía necesidad de volver a oír las palabras sanas, luminosas del tío Tontón.

Cuando desembarqué en mi Itaca, corrí presuroso al teléfono. Carluccio 37 acudió en persona al aparato. Hablóme de su salud, de sus flores, de la monotonía de su vida. Le pregunté si le gustaría verme. Me respondió que no le disgustaría. En su voz notaba algo frío, lejano, que me espantó.

Le dije:

—Mi niña, no he logrado colocar tu coronita. Ninguna mujer es pura. Ninguna mujer es tan pura como tú.

Ella no respondió. Después de una pausa, preguntóme:

—Entonces, ¿has vuelto para restituírmela?

—Para ofrecértela — le contesté.

Mientras hablaba por teléfono, entraron en el comedor mi padre, mi madre, mi hermana. Sobre sus rostros vi delinearse un drama. Mi madre rompió a llorar. Tal vez se conmovía ante el fenómeno de un amor como el mío, que supo resistir al tiempo y a la distancia.

Mi hermana rompió a llorar. Mi padre se puso rígido, cuadróse, frente al dolor, que tomaba forma.

Mi madre dijo:

—Esa mujer no es digna de ti.

No comprendí el significado de tales palabras. A juicio de ellos, nunca había sido digna de mí; me había metido en el bolsillo media docena de cartas de crédito y un pasaje para ignotos países. Aun escuchaba resonar entre las paredes del comedor las palabras fatales: "Esa mujer te arruinará".

Mi padre, con el frío rostro de los momentos difíciles, me dijo:

—Esa mujer no es digna de ti. Hace dos años que es la amante de un hombre irregular, que ha ejercido todos los oficios, desde recortador de siluetas hasta agente de una imaginaria compañía aseguradora.

—¿Fuks? — exclamé.

—El mismo. Con la excusa de las invenciones y de las patentes, le saca, de continuo, el dinero. Se hace mantener de un modo tan vergonzoso, que es el escándalo de toda la ciudad.

Puse una cara, que debía ser muy dolorosa pero poco convencida.

—Me parece extraño — observé, — que esa mujer le proporcione dinero a un hombre porque apenas tiene para ella.

Mi madre tuvo una nueva explosión de llanto. Con el pañuelo trató de tapar la boca a mi padre, el cual, conteniéndola con gesto desesperado, pero voluntarioso, se dispuso a la humillante revelación.

Explicó:

—Ella, a su vez, recibe dinero de un hombre. De un hombre que no es joven.

Yo pregunté, impaciente:

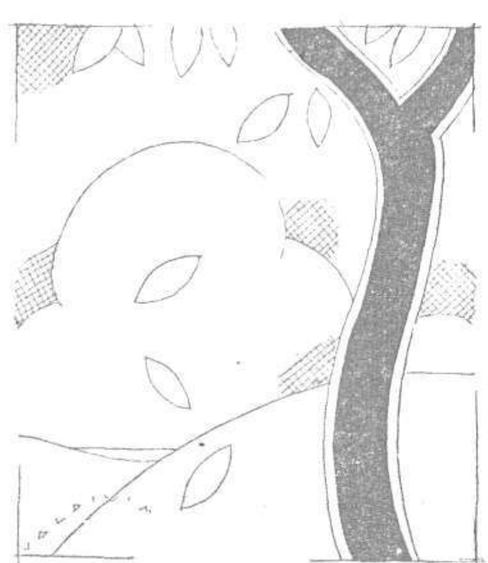
—¿Y quién es ese viejo imbécil?

Ninguno me respondió. En el comedor resonaban los sollozos de mi hermana y de mi madre.

En la pared no estaba ya el retrato del tío Tontón. Con una mirada interrogué a mi padre. El, por toda respuesta, alargó el brazo trágicamente e inclinó la cabeza sobre el pecho.

En el lugar del retrato del tío Tontón estaba el diploma de piano de mi hermana.





DIBUJOS DE VALDIVIA



VILLANCICO

Por MARIA ALICIA DOMINGUEZ

> Zagalejo de perlas,
> Hijo del alba,
> ¿Dónde vas que hace frío
> Tan de mañana?
>
> *Lope de Vega*

Estrellas del ensueño,
Flor de la luna,
Velad por el pequeño
Que está en la cuna.

Tú, amor, no llores,
Que ya vienen los reyes
Y los pastores...

Qué dulce es a la Vida
Tu peso leve,
Ramita florecida,
Copo de nieve.

No pesas nada;
Pero llenas la tierra
Desamparada.

Alumbran fuegos rojos
La noche fría
Y amanece en tus ojos
Un nuevo día.

Todo te nombra
Con la voz de los astros
Y de la sombra...

El cielo es una cuna
De hermosa luz
Que le canta a la luna:
Jesús, Jesús...

Y aquí también
Las campanas entonan:
Belén, Belén...

Estrellita, ¿qué pena
Tendrá mi niño
Que llora en la azucena
Y en el armiño?

No quiere nada:
Ni el oro ni la mirra
Tan perfumada.

Ni la flor, ni el romero,
Ni el dulce canto...
¿Qué tendrá mi cordero,
Que llora tanto?

—Le duele el Bien
Que anuncia el sacrificio:
Belén, Belén...

Abrígate en mi seno
Tesoro mío,
Dulce lirio moreno,
Flor del rocío.

¿No oyes que el mar,
Para que tú te duermas,
Vuelve a cantar?



Imagen histórica de Jesús Niño, que perteneció a la muy célebre Beata de La Paz y Figueroa, llamada a ser la primera santa argentina. Se venera en la celda donde habitó la Beata, dentro de la vetusta Casa de Ejercicios, en calle Independencia.

La Navidad *de* otros

Se han borrado de las costumbres los pesebres en casas de familia y el ir y venir de pastores por las calles de la ciudad. Ni Reyes, ni Angeles, ni estrellas. Todo queda en el recuerdo adormecido, para despertar al conjuro de la Navidad. ¿Quién sabe ahora de los villancicos? — Diga una loa, pastora. — ¿Y qué era una loa? — Pues el villancico acomodado a Jesús Niño. — ¿Y quién era la pastora? Pues una del coro de aldeanos de Belén: de las que con caja de música, con zagales y algún ángel a la cabeza recorrían los pesebres en templos y casas de familia. ¡Y qué ceremonia! ¡Y qué recibimiento! Era cosa de ver a Misia Mercedita Correa, o a doña Fabriciana Malta salir presurosa hasta los umbrales de casa y agasajar al coro que ya se metía cantando una alabanza al recién nacido. ¡Y qué enternecedor era aquel saludo! En aquellas casas había siempre un patio cuadrado donde el visitante sentía adormecerse con el perfume de flores que pendían de enredaderas que lo cruzaban en todo sentido.

Pasando el patio, el coro penetraba en una sala rectangular, amplia, con techo de bóveda, o de tijera: con piso de ladrillo cuadrado, grande, y muy gastado. En el fondo estaba el "Belén"; en el centro y a lo largo una estera de las de antaño, o unos cuantos hijares de los sobados en las estancias de la Chacra de la Merced, o en la de Miguelito, o de San Roque; que con abundancia se vendían entonces en el Mercado. Sobre las paredes pendían grandes espejos de los llamados cornucopias, o de los venecianos: y ambos servían para deslumbrar los ojos de los visitantes; sillas doradas rodeaban la sala... y del techo pendía una araña con caireles, con brazos de cristal, y fanales de vidrio que servían para proteger la llama de las velas que prestaban mayor piedad al conjunto. Humo de incienso llenaba la atmósfera, que brotaba de esos clásicos incensarios de pie, hechos en plata labrada por aquellos maestros que alcanzaron fama, como Del Signo, o Moreyra, Monserrat, Arguello y otros.

¡Cuánta fantasía se desplegaba en aquellos pesebres! Detrás de la gruta donde moraba el niño y el señor San José, la Virgen María, el buey, el asno y los reverentes pastores, se levantaba orgulloso el castillo de Herodes y el Pretorio del Gobernador Romano, donde hacían guardia con chupa roja y casaca negra una veintena de bomberos auténticos de juguetería... pues Misia Mercedita, ni Misia Fabriciana, ni la señora Malta tenían en cuenta las épocas,

Por Arturo Cabrera Domínguez

y se sintieron muy dispensadas de representar el misterio con todos los anacronismos imaginables en historia. El coro se dispersaba para admirar el pesebre. Entonces comenzaban a funcionar los juguetes con cuerda y a balar los corderos y a mugir las vacas, pues siempre había algún ganado que sabía hacer su papel tirándole de alguna cuerdita secreta o inclinándole discretamente la cerviz. La sala llena de señoras con peinados que ahora se desconocen, con atavíos de chal y polleras de cola. La dueña de casa le indicaba al Angel que tocase el clarín, que llevaba tan adherido como sus alas, y esa era la señal de comenzar la novena, lo que se hacía de rodillas.

Concluído el rezo, empezaba la representación de los "Pastores", y las Loas famosas, ingenuas, tiernas, inacabables; en medio de la emoción de las señoras, y la admiración de las criadas del barrio que se apiñaban sobre las puertas para gozar del espectáculo. "Enseñar agradando"... era ésa la norma de nuestros abuelos; por esto ningún niño podía ignorar episodio alguno de Jesús Niño, pues todos se representaban en el pesebre entre el coro de zagales, y para un auditorio imponente de criaturas. Al finalizar el Teatro Religioso e Infantil al mismo tiempo, venían los alfeñiques, las empanaditas vidriadas con dulce; los paneles y los sorbetes de guinda servidos con agua de pozo que hacían transpirar los vasos, distribuídos por las negras del servicio en grandes bandejas de estaño.

tiempos

La noche ya había reemplazado al día; los faroles de las casas y de las calles estaban encendidos... y en medio de felicitaciones y de besos y saboreando los dulces regalados salían zagales y zagalas y ángeles cantando por el ancho zaguán hacia la calle, donde los vecinos tomaban el fresco vespertino. Y era la ahora en que todas las campanas de la ciudad tocaban "angelus".



Imagen del Niño Jesús, con pollerita bordada y potencias de plata. Talla muy antigua, que fué de la familia de Riglos y que hoy se conserva en la Casa de Ejercicios con mucha veneración.

Zona Neutral



Señor Encargado de "Zona Neutral".

Muy señor mío:

Necesito su colaboración. Pero no para escribir a medias un sainete, sino para que aparezca en letras de molde y en la "Zona" a su cargo, la queja india que paso a formular.

Aquí, señor, donde no me ve, yo soy una pobre víctima de las tradiciones de Navidad. De una de esas tradiciones, mejor dicho. Porque aunque me revienta comer pan dulce y castañas asadas en el mes de diciembre y tampoco las voy con lo de celebrar las fiestas que caen en pleno estío, dentro de la marmita de una pieza de 4 x 4, la tradición que a mí me tiene frito y con sangre en el ojo es la del reparto de juguetes a los nenes, que se acostumbra realizar los 24 de diciembre, y que las criaturas — ¡oh, ingenuidad de la lactancia! — atribuyen a Papá Noel.

Bien, amigo; como buen padre de dos hijos que soy, siempre tuve cuidado de no amargar sus respectivas infancias destruyendo alguna de esas ilusiones que a todos nos han hecho felices en la primera edad. Y no sólo me cuidé de no destruírselas, sino que contribuí, personalmente, a conservárselas, haciendo una vuelta de Rey Mago, otra de Hada Madrina y otra de Papá Noel.

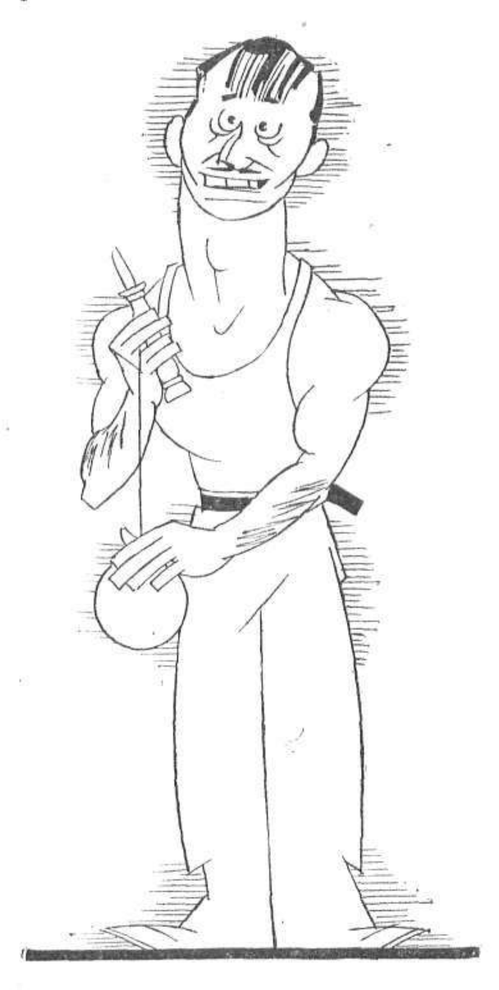
Ahora lo que yo nunca supuse es que iba a tener que seguir encarnando esas figuras, ya salidos los nenes de la conscripción.

. . . .

Dice un proverbio que "la culpa no es del chancho, sino de quien le da de comer". Adaptándolo a mi caso, yo podría decir que "la culpa no es de los chicos, sino de la madre", que, con el argumento de que ya les llegará la hora de enfrentarse con la triste y dura realidad, se empeña en mantener a los grandulones en la creencia de que no soy yo, sino los Reyes Magos o Papá Noel, los que les llenan de obsequios las camas y los botines. Y, claro, como a los muchachos no les conviene explotar la superchería, ni qué decir que las vísperas de Reyes y de Navidad son para mí, que financio las compras, verdaderas "vísperas sicilianas". Porque, ¡hay que ver lo que se les ocurre mangar a estos "nenitos"! Calcule: el menor tiene 36 años y el otro le lleva dos...

Vaya y pase, todavía, lo de las mangas, si mis hijos fueran dos modelos de hijos; ¡pero qué! A cual más "robusto". Porque después de cuidarlos, alimentarlos y vigilar su niñez para que el saram-

Por Cantalicio Peralta



ción o el coqueluche no los malograse, de desvelarnos por su educación y de sacrificarnos para que no sufrieran privaciones, salimos ahora con que ninguno de los dos es capaz de costearse la avena. ¡Yunta 'e vagos!...

Reconozco que, si bien la culpable principal del fracaso de los dos "nenes" es la madre, a mí también me cabe algo de responsabilidad. Algo más que algo, estaría por decir. Porque si en vez de guardarles tantas consideraciones y de criarlos a pesebre, me hubiera desentendido de ellos apenas salieron de la lactancia y los hubiera largado a campo, hoy, probablemente, otro gallo me cantaría. Pero ya es tarde para reaccionar, y no me queda más remedio que seguir manteniéndolos. Que seguir manteniendo a ellos, a sus "ilusiones infantiles" y a sus vicios, a la espera de que un golpe de aire o una cornisa abrevien mi amargura.

Desde el fondo del pozo de esa amargura saca una mano para saludarlo. — *Andantino Pérez.*

P. D. — ¿Qué cree usted que me han pedido los dos angelitos? Casi nada... El mayor, Porciúnculo (38 años), cinco enteros de la grande de Navidad, un crédito de 300 pesos en cualquier sastrería y un "mecano" (el mecano es para despistar y hacerme creer que cree que es Papá Noel el que le traerá los regalos).

En cuanto al menor, Venturino (36 años), una motocicleta, un caballo de carrera, usado pero de verdad, y un juego de ludo. ¡Hágame el favor!... — *Vale.*





NOTAS DE NOCHEBUENA

Por LA DAMA DUENDE

Ha nacido el que es Rey de los Cielos
y Rey de la tierra,
reclinado en un pobre pesebre . . .
Los que nacen en cuna de oro
colgadas de seda
que le imiten y aprendan humildes
a amar la pobreza.
Los que nacen en cuna de paja,
sus ojos conviertan
al humilde portal de la humilde
Belén de Judea . . . (1)

SÍMBOLO de paz, de serenidad augusta, es a través de los siglos la celebración de la Nochebuena . . . Misión de amor y de confraternidad es siempre la del Niño Divino cuyo advenimiento inundó de luz a los humanos corazones. Así, en el transcurso del tiempo, evoca la humanidad, con fervor inextinguible, esa visión de paz, de amor infinito, de perdón, porque la esperanza de los míseros mortales es una eterna aspiración de ideal. Ella anida en lo más íntimo de nuestro ser, nos alienta en el quebranto, nos es tan necesaria para vivir, como el aire que ritma los latidos de nuestro corazón. Pero todo el milagro de esa luz divina no ha logrado desterrar hasta hoy en la tierra de los hombres la sombra implacable de Caín . . .

Paz entre los pueblos, paz entre las castas sociales, "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad" . . . El ideal El ideal inaccesible debe ser, a pesar de las pasiones humanas, como el *leit motiv* de la existencia nuestra; y cuando los campanarios de la amada ciudad echan a vuelo las voces de bronce que vibran con gozosa alegría en el cielo diáfano, anunciando el advenimiento milagroso, "ha nacido el que es Rey de los Cielos y Rey de la Tierra, reclinado en pobre pesebre . . .", recordemos que es en el corazón de los niños donde debe grabarse la lección maravillosa de amor y confraternidad, de humildad y tolerancia, inculcando en esas almitas, unidas aún al cielo por una "hebra de luz", la lección sublime que puntualiza el poeta:

¡Señor, no más pruebas!
Ni la aguda corona de espinas,
ni la cruz a cuestas,
ni el escarnio de inicuos verdugos,
la injuria, la afrenta,
ni muriendo en la cruz, des al mundo
de tu amor más pruebas,
que naciendo en un pobre pesebre
las disteis inmensas . . .

Los que nacen en cuna de pajas,
amen su pobreza;
los que nacen en cuna de oro
que *aprendan*, que *aprendan* . . .

QUE el niño pudiente sepa, deslumbradas sus pupilas por las luces que palpitan en las ramas del árbol de Navidad cargado de juguetes y golosinas, que "debe" compartir esa dicha con los niños que nacieron en cuna de paja . . . que cada uno de los que festejan jubilosamente la llegada del Rey de los Cielos, "sepa" que millares de niños sin pan y sin juguetes ignoran la nueva maravillosa: que el Hijo de Dios reclama justicia y confraternidad para

esos niños desvalidos que ni siquiera gozan con el miraje de una ilusión.

Ha quedado grabada en el corazón de tantas madres, como cruel cilicio, la visión dantesca evocada por un ilustre prelado argentino al describir el cuadro de la quema de basuras, donde centenares de niños harapientos, acosados por el hambre, buscan entre los desperdicios repugnantes algún resto de comida y los objetos tirados por inservibles, que ellos podrán juntar para venderlos por algunos centavos a los traficantes que explotan su miseria. Que cada niño feliz "sepa y aprenda" en esta fecha la lección sublime que rememora la festividad de la Nochebuena: que ha nacido el que es Rey de los Cielos y Rey de la tierra, reclinado en un pobre pesebre.

NAVIDAD! Cuentos, leyendas, ficciones, relatos plenos de fantasía, sus acentos parecen acompañar el gozoso vibrar de las campanas cuyas voces son como el ritmo mismo de la alegría, de la ilusión; y entre tantos augurios gozosos, anotemos también algunas de las primicias de la vida sentimental, ilusiones que han de cristalizarse precisamente en el día milagroso de la Navidad del Señor...

Así han de celebrarse los esponsales de una destacada y juvenil figura de nuestra aristocracia, que lleva el mismo nombre compuesto de la Emperatriz de Austria insigne soberana cuyo talento respetó la Europa entera y madre de la más desventurada de las reinas de Francia; su apellido compuesto, une a dos nombres de gran prestigio en la sociedad argentina; el primero, símbolo de integridad, de opulencia, y tan respetado que el jefe del hogar ha ocupado la presidencia de una importante institución financiera del Estado; el segundo, encarna toda una tradición política en las filas del viejo partido conservador. Tan inteligente como interesante posee la juvenil figura las dotes exquisitas del espíritu, a las que une el encanto de su cordial hospitalidad; puesto que en los salones de su residencia se reúnen constantemente circulillos juveniles a la hora del cóctel o de la comida, y en esas reuniones íntimas se ha ido acentuando hasta formalizarse en forma definitiva, el flirteo sentimental de la atrayente figurita con el inteligente y cumplido caballero que lleva — por tradición familiar — el mismo nombre del antepasado ilustre, ingeniero al que se deben obras de transcendental importancia en nuestra amada ciudad. Hijo único y buen mozo, de baja estatura — circunstancia favorable porque ella tampoco es alta — tiene gran don de simpatía, reuniendo las más altas condiciones morales; y para hacer más transparente aún el significado de la silueta cuyo compromiso oficial ha de iniciarse coincidiendo con la luminosa fecha de la Navidad, he de anotar que su capacidad en su actuación profesional le ha hecho consagrar, en el cargo de ingeniero director del alumbrado de la comuna.

Y ya que he anticipado la grata nueva sentimental, que se espera revelar en tan señalada fecha, conviene anotar también — porque estamos en vísperas de otro aniversario santificado por la iglesia o sea el día de San Silvestre — que en los circulillos mundanos ultra aristocráticos, se insiste en anunciar el desenlace de otro romance sentimental cuyos capítulos describen el reciente viaje a Europa del príncipe "charmant" o sea el joven multimillonario argentino que no ha cumplido aún su mayor edad, y al que sus mayores decidieron hacer correr mundo antes que confirmara la elección romántica que ha de fijar para siempre su destino.

Pero en el amor "la ausencia es como el aire que apaga el fuego chico y enciende el grande", y ella es tan linda, que sus grandes ojos negros, verdaderos luceros, han conquistado para siempre al simpático muchacho que lleva nombre compuesto y apellido de gran prestigio y abolengo en nuestra aristocracia. El recuerdo de la gentil porteña de nombre *claro* y diáfano como su alma, ha sido el constante compañero e ilusión arrobadora durante su interesante jira por el Viejo Mundo. Cuentan los amigos de ambos que, segura la bella porteña del itinerario que había de seguir el enamorado joven, pudo hacerle oír el sortilegio de su voz *clara* y armoniosa, todos los martes, merced al milagro del llamado telefónico.

Y como el príncipe "charmant" celebra su aniversario precisamente el día del santo Papa Silvestre — nombre que le dan cariñosamente sus íntimos — hay probabilidades de un bonito epílogo para la interesante novela sentimental.

(1) José Gabriel y Galán, fragmento de "El Pesebre".



BRIDGISTAS DESTACADOS

FLORENCIO LOZANO



Un nuevo As — y van ocho, — ha venido a aumentar las filas de la categoría superior de nuestro bridge: Don Florencio Lozano ha obtenido el complemento que le faltaba — un Valet, — al ganar el torneo organizado por el Club Atlético San Isidro, bajo el auspicio de la Comisión Argentina de Bridge.

Nadie que haya seguido las actividades bridgísticas en el país, puede ignorar la personalidad del señor Lozano. El fué uno de los 15 Reyes que la actual Comisión estableció a raíz de su constitución, reconociendo los méritos de quienes supieron destacarse en la época en que este juego carecía de dirección central.

Verdadero enamorado del Bridge moderno y convencido de la necesidad de una dirección única, su entusiasmo y su actividad no reconocieron límite hasta obtener la creación del organismo que hoy lo rige — y del cual es el alma, — no sin antes haber tenido que luchar contra el espíritu mezquino de algunos y los egoísmos de círculo de muchos.

Su actuación personal como dirigente, podrá ser discutida en algunos detalles de menor cuantía, pero nadie negará que difícilmente se habría podido encontrar a otra persona que, sacrificando su tiempo y sus propios intereses, se hubiera consagrado en la forma que él lo ha hecho, a una obra cuya finalidad podrá parecer superflua a algunas mentalidades materialistas, pero que indudablemente forma parte del anhelo idealista de la humanidad, al tiempo que representa una contribución importante a la cultura general. Cabe aquí hacerle extensivo el juicio que puso Calderón en boca del Rey, al referirse a don Pedro Crespo en su famoso Alcalde de Zalamea:

Que errar lo menos no importa
Si acertó lo principal.

Florencio Lozano fué también uno de los primeros que comprendiendo las ventajas de jugar de acuerdo con un método, se dedicó a estudiar los sistemas más importantes y en especial el de Culbertson, abandonando el juego empírico y caprichoso, para adoptar el que se inspira en preceptos lógicos y científicos.

Como jugador, ha dado pruebas de que conoce bien la técnica, especialmente del remate, y su título actual es la justa recompensa a su capacidad y perseverancia.

Para él mis sinceras felicitaciones.

DEL SISTEMA DE LOS CUATRO ASES

RESPUESTAS

Después de haber visto el significado de las respuestas *limitativas* y *exploradoras* y la manera de proceder en la determinación del número de *aumentos* que debe darse en el palo de apertura, vamos a estudiar ahora los requisitos para responder en forma saltante ya sea en Sin Triunfo o en un nuevo palo.

Respuestas saltantes en Sin Triunfo. — La respuesta *"Dos Sin Triunfo"* se hace con un valor de 8½ a 10½ puntos e indica una mano con detención en todos los colores, incluyendo algo, — J-x o -x-x-x por lo menos, — en el palo anunciado por el abridor.

Este debe considerar que la mano que responde le está diciendo: "Compañero, he oído su apertura y aún cuando usted tuviera un mínimo, deseo jugar "game" con esta mano: salvo que por razones de orden distribucional usted prefiera jugar a palo, creo que 3 S.T. debe ser el mejor contrato final. Por otra parte, mi mano es tal, que una respuesta exploradora hecha por mí, no tendría utilidad alguna en el desarrollo del remate."

Con la siguiente mano:

♠ A-J-x ♡ K-x-x ◇ Q-J-x ♣ K-x-x-x

debe responderse 2 S.T. ante cualquier apertura de "1" a palo, puesto que el "game" se presenta como seguro y el "slam" sólo nos interesaría si el abridor lo buscara después de recibir la información exacta que le hemos dado sobre nuestro juego.

Si tuviéramos:

♠ J-x ♡ A-x-x-x ◇ A-J-x-x ♣ K-J-x

y el compañero abriera con 1 ♠, a nada conduciría en la práctica la respuesta exploradora 2 ◇, mientras que 2 S.T. da una idea cabal de la distribución y fuerza de la mano. Frente a una apertura en cualquiera de los otros tres palos, dicha respuesta sería mala, pues si el abridor carece de una detención en ♠ un contrato de 3 S.T. podrá ser frustrado, mientras que las probabilidades de ganar el partido a palo serían grandes. En consecuencia debe responderse: a 1 ♡, con 3 ♡, a 1 ◇, con 3 ◇, o 1 ♡ y a 1 ♣, con 1 ◇.

La respuesta *"Tres Sin Triunfo"* es semejante a la anterior, con la diferencia de que denuncia un valor de 10 ½ a 12 puntos y garantiza el "game". A veces una mano con los valores indicados para usar correctamente esta respuesta ante cierta apertura, requiere el empleo de otra que indique más fuerza, si el compañero inicia el remate con otro anuncio. Por ejemplo:

♠ A-x-x ♡ K-x-x-x ◇ K-Q-x ♣ A-J-x

Sobre apertura de 1 ♠, 1 ◇ o 1 ♣, debe responderse 3 S.T., dejando a cargo del compañero la posible acción futura. Pero si el remate fuera iniciado con 1 ♡, las probabilidades de "slam" son interesantes y se hace necesario ponerlo en evidencia. En casos semejantes el *"Forcing a Game con Invitación a Slam"*, — que estudiaremos más adelante, — puede hacerse con un palo de tres cartas y por lo tanto se responderá 3 ♣, para declarar después 4 ♡, con lo cual el compañero sabrá a qué atenerse.

Respuestas saltantes en un palo nuevo. — Las respuestas de esta clase son empleadas cuando se tiene una mano muy fuerte que garantiza el "game" por mínima que haya sido la apertura. Por otra parte, como queda realizado el ideal de equilibrio entre los compañeros puestos que ambos tienen juego, importan grandes probabilidades de "slam", motivo por el cual las estudiaremos en detalle al tratar este tema.

LOS "FORCINGS" CALIFICADOS

En el transcurso de esta exposición sobre las respuestas a las aperturas de "1" a palo, hemos visto que la mano que responde puede hacer dos clases de "forcing", a saber: 1º *el "forcing" temporario,* que obliga al abridor a hablar por lo menos una vez más y que comprende las respuestas exploradoras, es decir, Uno-sobre Uno y Dos de palo de menor rango que el de apertura y 2º *el "forcing" a game* que incluye los aumentos saltantes en el palo del compañero o las respuestas en salto a Sin Triunfo o en un nuevo palo y por el cual ambos compañeros se obligan a no pasar antes de haber alcanzado un contrato de "game".

Establecido esto, vamos ahora a enunciar el concepto de los "forcings" *calificados.*

Por "forcing" calificado se entiende toda respuesta obligante, hecha sobre apertura del compañero, por un jugador que ya ha pasado y cuyo juego ha quedado calificado por el hecho limitante de su pase original que, como es obvio, niega la posesión de los valores requeridos para iniciar el remate.

Ahora bien, dentro del sistema de los Cuatro Ases, un jugador que ha abierto el remate en tercera o cuarta posición — es decir despues de que su compañero ha dejado pasar la oportunidad de hacerlo — tiene el privilegio de pasar ante una respuesta *temporariamente obligante* de aquél. Este privilegio sólo debe usarse en los casos en que la mano del abridor es un verdadero mínimo o cuando, por razones tácticas, ha iniciado el remate sin poseer los valores indispensables para ello.

Cuando el compañero del abridor, después de haber pasado, emplea una respuesta *"forcing" a game,* ya sea mediante un aumento saltante en el palo de apertura o anunciando 2 Sin Triunfo, aquél sólo puede pasar si ha abierto con una mano que no llena los requisitos reglamentarios. En cualquier otro caso, aún con un mínimo, debe volver a hablar.

A diferencia de estos casos en los cuales el "forcing" se considera *calificado,* una respuesta saltante en un nuevo palo, no puede dejar de ser contestada por el abridor aún cuando el jugador que la emplee hubiera pasado anteriormente.

Ejemplos de "forcings" calificados:

♠ A-10-x-x ♡ x-x ◇ A-x-x ♣ K-x-x-x

Si nuestro compañero abre en tercera o cuarta posición con 1 ♡, 1 ◇ o 1 ♣, haremos un *"forcing" temporario calificado* anunciando 1 ♠, y no 2 S.T. aunque hayamos pasado originariamente. Ese tipo de declaración rara vez queda sin respuesta y en caso de que el abridor no pudiera volver a hablar, no habría nada que lamentar porque las probabilidades de "game" serían poco menos que nulas. Sobre apertura de 1 ♠ haremos un *"forcing" a game calificado,* anunciando 3 ♠.

♠ K-Q-x-x-x-x ♡ K-10-x-x ◇ K-x-x ♣ - - -

Después de haber pasado esta mano, si el compañero llega a abrir juego anunciando 1 ♡ o 1 ◇, el "game" es seguro y no podemos exponernos a que emplee su privilegio de pasar ante un "forcing" calificado y por lo tanto haremos la respuesta *absolutamente obligante* de 2 ♠. Sobre apertura 1 ♣, y debido al peligro de la falta de coincidencia, nos contentaremos con un *"forcing" temporario y calificado* y anunciaremos 1 ♠.

CAMPEONATO LIBRE PARA EQUIPOS

La última prueba oficial del año ha sido una de las más interesantes de la temporada. Aunque los equipos inscriptos no fueron muchos, la calidad de sus integrantes compensó el número reducido de participantes y durante las tres sesiones que duró el certamen se mantuvo latente la espectativa pues ningún team había conseguido una ventaja suficiente como para destacarse como seguro ganador.

Los cuatro finalistas sostuvieron una recia lucha durante la cual el equipo ganador consiguió, gracias a su juego preciso, descontar la ventaja que le llevaba el que se clasificó segundo y vencer por un margen de cuatro puntos de match.

La clasificación final fué la siguiente.

1º — El equipo constituído por Héctor Cramer, Juan W. Fischer, Alejandro Olmedo Zumarán y Werner Sorkau, con 80 puntos.

2º — El que formaban León Casabal, Adolfo A. Gabarret, Carlos Olmedo Zumarán y Nicolás Vedernikov, con 76 puntos.

3º — Ladislao Weiner, señora María de Lilienfeld, Juan Becker y Stauton Wallack, con 75 ½ puntos.

4º — Pablo Moreno, Francisco Dates, Enrique Forn y Fred Pahlen, 63 puntos.

El arte culinario

por Carlos Spriano



Almendras pralinadas

Se disuelve sobre el fuego, dentro de un cazo de cobre sin estañar, trescientos gramos de azúcar fina, operando de la misma manera como para el crocante de almendra; removiendo ésta con la espátula hasta que tome un color rubio. A este punto, se echan trescientos gramos de almendras dulces mondadas y bien secas. Se continúa removiéndolas siempre, manteniendo la misma temperatura del fuego. Al poco rato el azúcar se granulará y hará polvo; se prosigue removiendo las almendras con la espátula; el azúcar, de poco a poco, se volverá a fundir, emanando un olor agradable, junto con las almendras que empiezan a tostarse. Cuídese de que el azúcar esté completamente disuelto y tomando el color bonito del caramelo, pero evitando de que se queme. Se vierte el todo sobre el mármol, ligeramente untado. Con la espátula o un tenedor de madera o palito, se van separando las almendras carameladas y tostadas, llamándose almendras pralinadas o garrapiñadas. Después de frías se conservan en frascos de vidrio.

Pavo trufado

Quítese el hueso de la pechuga a un lindo pavo y rellénese el ave con lo siguiente: trufas peladas; písense las peladuras en el mortero con tocino raspado; pásese todo por el tamiz, agréguense las trufas cortadas en dados, sal, pimienta, marsala y coñac. Póngase este compuesto dos dias antes de asar el pavo, sirviéndolo con salsa Perigordina (salsa de trufas), que es con la que generalmente se sirve.

Un copetín Cubano

El popular y zarandeado cubano ha extendido su fama hasta entre los jujeños, algunos de los cuales lo prefieren a la chicha. Su popularidad, por supuesto, no le ha quitado ninguna de sus bondades primigenias. La falta de respeto que le infligen los "snobs" se debe a su antigüedad. Lo viejo no agrada a la muchachada moderna, bien que sigan celebrándose matrimonios desproporcionados... pero este punto sería motivo para otro cóctel, que nos llevaría al otro "coté". ¡Venga la receta del subidor cubano, cuya es la causa de tantos tartamudeos!: En un vaso grande o coctelera con hielo. Un chorro de jarabe de ananá. Levísimas gotas de marrasquino, kúmel, chartreusse y kirch. Media copa de Gordon o Dry Gin. Media copa de vermut (dulce o seco, según el gusto). Muévase furiosamente y sírvase colado. Dos o tres cachitos de fruta. Las bebidas deben ser legítimas, de lo contrario resultaría un explosivo capaz de hacer volar como angelito al robusto diputado Giménez, que también se llama Angel. *V.*

La Navidad *en* Buenos Aires



La Navidad en Buenos Aires constituye un certamen de gran lujo, como casi todas las celebraciones importantes del año. En esto, a pesar de las crisis y de los problemas económicos de orden individual que aparejan, la metrópoli argentina conserva la más espléndida de sus tradiciones características.

Ciudad joven, optimista — a pesar de quienes la creen sumada a las adusteces y dolencias de muchas de las grandes ciudades antiguas, — Buenos Aires toma en la Pascua de diciembre una fisonomía encantadora. Flor del Nuevo Mundo latino; núcleo maravilloso del vasto cometa que en el mapa se dibuja con los perfiles sudamericanos, la capital argentina da en los días de fin de año una tonalidad digna de sus prestigios, de su opulencia y sobre todo de su espíritu, eminentemente cristiano. No podría esperarse otra cosa que una celebración de Navidad sentida y múltiple, en el centro de la cultura católica que ofreció recientemente al mundo el espectáculo asombroso de su Congreso Eucarístico.

La Navidad bonaerense es un concertante de gracias tradicionales y de elementos modernos. Son la riqueza, la elegancia, la bondad, las que dan el tono mayor a los festejos decembrinos de nuestra capital. La bondad sobre todo, ya que la ternura que inspira una fiesta celestialmente infantil no podría manifestarse de otra manera en una sociedad que practica un tan alto y sincero culto del bien.

El bien. He aquí la fórmula; he aquí el signo que inspira en Buenos Aires las fiestas de Noel y de los años nuevos. La caridad aprovecha estos días para multiplicar sus actividades. Y es justo decir que la caridad de Buenos Aires, de su sociedad generosa, es, la mayor parte de las veces, discreta y callada. Callada y discreta en su sinceridad.

Tal vez no exista en el mundo un centro de riqueza, de trabajo, de progreso y cultura, donde el altruísmo tenga realizaciones más eficaces y difundidas. Acaso por eso se nota actualmente cierta tendencia a la desocupación "clasificada", "catalogada". Se abusa quizás del espíritu caritativo de Buenos Aires, sobre todo del que dan continuadas manifestaciones las mujeres porteñas. Ellas saben que, en sus manos, la generosidad es más noble y menos humillante para los que sufren.

La Navidad de nuestra ciudad querida es, pues, una celebración inspiradamente celestial y profundamente humana. En ninguna otra población del mundo se interpreta mejor la maravilla simbólica de Belén ni se espera el año nuevo con una esperanza más sana y más bella.

Hasta la ausencia de frío y de nieve de los clásicos Noeles nórdicos da a nuestra recordación de la Natividad y a la San Silvestre una real nota cálida... Porque las nieves y los fríos suelen ser muy bonitos, muy decorativos, muy pintorescos, en sus figuraciones de algodón... Pero en la realidad son implacables enemigos de los pobres, de los que sufren, de los desvalidos, que abundan en las tierras de los inviernos rigorosos...

E. CARRASQUILLA-MALLARINO


Frescura y suavidad
en todo su cutis
con el método Palmolive
En esta época del año, usted necesita prestar un cuidado muy especial a su cutis, para ostentar orgullosamente la frescura y suavidad de la cara, y *también* del cuello, los hombros y los brazos.
Pruebe este tratamiento de belleza
Por la mañana, antes del maquillaje, y por la noche (para librar su piel de cosméticos e impurezas), dése un buen masaje con la rica espuma del jabón Palmolive, en la cara, el cuello, los hombros y los brazos; luego enjuáguese bien y séquese suavemente. Para el baño, proceda en la misma forma.
Así, en poco tiempo su cutis lucirá toda la tersura y suavidad naturales. Compruébelo adquiriendo 3 pastillas, para comenzar en seguida el tratamiento de belleza Palmolive.
PALMOLIVE
MARCA REGISTRADA
PALMOLIVE



Herodes, *el que* sacrificó *a los* *inocentes*

Era también conocido por el nombre de Herodes el Ascalonita. Había nacido en Ascalón, en el año 63 antes de Cristo. Fué famoso por sus maldades, crímenes, envenenamientos, parricidios y asesinatos de todo género. Subió al trono asesinando a su hermano Jasael y al rey Hircano, acogiéndose bajo la protección de Antonio, que lo nombró rey de Judea. Entró a degüello en Jerusalén, luego de derrocar a Antígono. Se casó con Mariamna e hizo morir a Hircano, su abuelo, que tenía 80 años. Después de la derrota de Antonio en Actium no vaciló en adular a Augusto, que estaba en Rodas. Esta sumisión le permitió continuar reinando en Judea. En el año 28 antes de Cristo, ordenó la muerte de su esposa, a la que adoraba, por considerarla complicada en un complot tramado durante su ausencia. En la misma época dió muerte a muchos de los altos personajes de la corte. Después de una peste que asoló a Jerusalén, regresó a Roma para ver a los dos hijos que tenía de su matrimonio con Mariamna y allí cedió a las sugestiones de un bastardo que le acompañaba y los hizo degollar a vista y paciencia de Augusto, quien se limitó a decir "que más valía ser hijo de un puerco que de Herodes". El bastardo era Antipater, el mismo que hizo morir a San Juan Bautista y más tarde remitió a Cristo a Pilatos. Herodes el viejo, poco después, ordenó la muerte en todo el territorio de Belén y en sus confines de los niños menores de dos años, indignado porque los Reyes Magos no volvieron a él después de haber adorado al Niño Jesús. Tres años más tarde, a la edad de 71, murió consumido en vida por los gusanos.





Panderos, sonajas y zambombas

Sarmiento nos habla de los panderos, las sonajas y otros instrumentitos discordantes, de los que la chiquillería abusaba en Chile. ¡Panderos, sonajas, pitos y zambombas: habéis enmudecido acá, en tierras de América! Los saxofones, trombones de varas, violines rabiosos y demás artificios sincopados, se unen a la batería, para dar cencerradas en honor de la Nochebuena y del Año Nuevo.

Pero el "fox-trot" no es superior a los villancicos.

Las Navidades porteñas sufrieron la influencia preponderante de Noel y de Christmas. Y esto "es un desquicio", como diría Simari.

El pandero tiene voz de tambor y de chinesco. La sonaja, un alegre repiquetear de platillos. La zambomba, tonos de contrabajo. Los pitos, gruñidos de chancho.

Aquello era música verdaderamente sincopada.

Actualmente, Sarmiento, si por felicidad nuestra viviera, estaría triste. Los instrumentos de que abusaba la niñez de Chile, en Nochebuena atenuaron sus nostalgias de proscripto. El buen hombre de la mirada "feroce" sonreía, seguramente, volviendo la cara hacia la pared. Sus chiquilines, lejos de la escuela, formaban un barullo de todos los diablos. El prefería a los niños inquietos, porque los sabía sanos, prometedores de vigor patriótico. Quizá pudiéramos figurarnos al adusto don Domingo tomando parte, pandero en mano, de los bullicios infantiles navideños.

¡Sarmiento recordando las Nochebuenas argentinas! Leed todo cuánto dice en sus recuerdos, todo cuánto razona sobre los orígenes de la fiesta cristiana; presumid todo cuánto se dejó en el tintero.

Y acordaos, lectores niños y grandes, de aquel gigante, mientras celebráis, a los acordes de un "fox-trot", las hermosas fechas.

Noticia de un amanecer mendocino

Por SIXTO C. MARTELLI

En las pizarras frías del alba garabatea un tordo su alegoría del vuelo.

Junio bosteza neblina y deja en la tierra su sandalia de escarcha.

Los ranchos, como pájaros querendones, están dormidos en la palma de la mano del campo.

Con su canto desvelado los gallos agujerean, por turno, el silencio pacífico del caserío.

Un viñatero, todavía con los zapatos llenos de barro y de noche, con el azadón al hombro, empapado de agua y de alba, viene entrando al día. Queda detrás de él una fina estela de olor de hinojo; le acaba de tomar el pulso al canal —caudaloso de oro, — que con cien lenguas de agua murmura de los sifones, de la represa, de las compuertas que le abren tajos a su libertad.

El este atropella de luz segura al oeste. El cielo, sobre sin sorpresas, se estrena un abanico de colores. A la Cordillera el sol le está pasando la mano por el lomo.

En el aire se estira la pereza del mugido caliente de las vacas, y se cae entre los tréboles húmedos.

Un sauce viejo, Narciso de la melancolía, está triste porque ya no es el plumero que le quita el polvo al viento. Un "pitojuán" lo consuela con el ovillo generoso de silbidos que va sacando de su amarillo buche.

Los brazos de las vides, velludos y flacos, reposan de poste a poste sus entregas de la cosecha, y en el pentagrama gris del alambrado la luz azoga y pule las trémulas gotas de rocío, donde el paisaje se espeja maravillosamente pequeño, invertido y frío.

Dos ojitos espiones asoman a la orilla del "camellón", y de un brinco nervioso un "cuye" se va a jugar al rango con los terrones.

Por la tangente de las invitaciones fáciles del día, trota, retardado, un ratón campesino.

Las paralelas morenas de los surcos, alcancías de la tierra, tienen fresco y hondo el rumbo ambicioso y madrugador de la energía del hombre.

Pastores inmóviles del paisaje, los álamos en hilera vigilan fieles, desnudos, ascéticos, la casa del viñador, la vida, el cielo, el agua transeúnte... En su amistad enarbolan nidos los gorriones acriollados, y en las ramas se hace astillas el viento.

A una higuera, crespa de "tontitos" rojos, verdes, azules, amarillos, el sol le ayuda a quitarse, blanco de helada, el camisón de dormir.

En la huerta está soltándose el corpiño la mañana.

Una gallina, cloqueando, arrea a una turba minúscula de pollitos y los cita en el pico para el banquete urgente de una lombriz.

En el corral el buey, cachaciento, fuma por la nariz.

El pito lejano de un tren corta, corriendo, la cinta tirante de la distancia.

En un potrero vecino la bandera tierna del "alfa" ondea y una bandada alta, bulliciosa de "chiriguas", le pone un poco de friso musical a la mañana.

Sixto C. Martelli

Dibujo de Faber

LEXICO

ALFA. — Abreviatura de alfalfa, muy usada en Mendoza y San Juan.
CAMELLON. — Calle entre un cuadro y otro de los viñedos.
CUYE. — Nombre que se da en Cuyo al conejo de Indias.
CHIRIGUAS. — Pájaro de la región cuyana parecido al "misto" de la provincia de Buenos Aires.
PITOJUAN. — Pájaro de la región, que silba como el zorzal y tiene todo el tipo de éste y a veces hasta es más grande.
TONTITO. — *Pequeño y gracioso pájaro*, de varios colores, que frecuenta los árboles frutales y pone una nota vivaz y graciosa en los viñedos andinos.



De la Navidad moderna: la JAZZ-BAND

A fuerza de soportar las "jazz-bands" que nos impuso la moda, hemos acabado por encontrarles su encanto. ¿Qué baile puede realizarse sin la consabida jazz-band" que transmita la locura de su ritmo a las parejas, que al cabo de una hora parecen presas de un vértigo salvaje? A la luz de la luna, en las terrazas y cancha de tenis de los clubs de moda, en los salones de los grandes hoteles, en ias lujosas mansiones cuyos jardines se transforman en verdaderas fantasías de ensueño, las "jazz-bands" dominan, y es en segundo término que resuenan los acordes quejumbrosos de la orquesta típica nacional, que ejecuta un tango que no es recibido, por cierto, con el entusiasmo de un fox sin melodía, pero con mucho ritmo... Dice a este respecto un escritor hispano, que todos los rumores de selva; todas las estridencias de las fiestas bárbaras; los más broncos rugidos; los más agrios metales; la discorde, desenfrenada sinfonía de un huracán empujando la lluvia sobre los tejados de cinc; los alaridos de los perros que alcanza un auto; el chillido de un mono y el croar de las ranas en las charcas; los estridores de las rotas campanas; las detonaciones de las pistolas; el chasquido de los látigos carreteros y el bombardeo de las tormentas... todo eso tiene las "jazz-bands" modernas. Y añade que a ese compás salvaje y ensordecedor, a esa algarabía grotesca de pieles rojas ebrios las más bellas damas, orladas por los trajes suntuosos de la civilización, luciendo sobre sus hombros las más raras y exquisitas perlas, danzan como se danza hoy, lánguida y complicadamente. Dice el cronista, que es posible que la "jazz-band" rime en nosotros con un fondò atávico, de rudeza, de instintos fieros, de sensaciones primitivas, que el barniz de los siglos no ha cubierto por completo.



Origen *de la* fiesta

QUIEN de nuestros lectores se imaginará que en estos bulliciosos regocijos populares, se encuentran huellas frescas de la historia de la sociedad humana; que estas fiestas nos ligan con Europa, con la Edad Media, la Roma antigua, la Grecia de Solón y de Licurgo, y las naciones del Oriente; que en esta noche se confunden los recuerdos del paganismo y del cristianismo, la adoración del Sol y de Jesucristo.

El asunto es digno de considerarse, y nosotros interrumpiremos con gusto nuestros trabajos sobre los asuntos de interés presente, por solazarnos recorriendo las diversas épocas del mundo, las varias creencias de los hombres que esta noche memorable recuerda.

Todas las religiones y todos los legisladores han instituido ciertas fiestas en que el pueblo, abandonando sus diarias ocupaciones, se consagrase a celebrar con regocijos públicos algún acontecimiento fausto, cuyo recuerdo era trasmitido de generación en generación, o bien a deplorar algún desgraciado suceso que hubiese legado males a la sociedad entera. Entre estas fiestas que en cada pueblo cambiaban de día y de estación, ha habido sin embargo algunas que han sido comunes a todas las naciones de la tierra, porque los bienes o los males que recordaban son comunes a todos los habitantes del globo. Entre estas ocupan el primer lugar las cuatro Pascuas que se celebran al principiar las cuatro estaciones del año; y caldeos, egipcios, griegos, romanos, hebreos, druidas, todos, en todos tiempos las han celebrado. La tradición las ha trasmitido, y el cristianismo, hallando la costumbre establecida, la ha santificado instituyendo al objeto del recuerdo primitivo, el más santo de conservar la memoria de los acontecimientos principales de la vida de nuestro Señor.

Los mitos paganos por medio de símbolos sensibles enseñaban la adoración de la naturaleza, los astros y las fuerzas materiales. Detrás de cada deidad del Olimpo puede encontrarse una personificación de una de las manifestaciones de la naturaleza, y en la historia de sus dioses, alguna de las diversas combinaciones de las constelaciones celestes, los planetas y los aspectos solares. Todas las religiones han nacido en

de Nochebuena

el hemisferio del norte; y a fines de diciembre ocurre en aquel hemisferio un gran fenómeno celeste. El sol, que durante los meses de octubre y noviembre se aleja, a lo que parece, de los países situados en la zona templada del norte para acercarse hacia nosotros los habitantes de esta otra, toca el 22 de diciembre en el trópico de Cáncer y vuelve a desandar su camino y empieza a acercarse a aquellos países, llevándoles la primavera y el verano. El invierno empieza a desaparecer lentamente, los hielos se disipan, la naturaleza toda despierta de su largo sueño, brotan las plantas y la tierra se cubre de flores que prometen frutos sazonados y abundancia. El sol, pues, renace; el mal cesa; la luz triunfa de las tinieblas y una época fausta principia en el hemisferio del Norte con el solsticio de invierno. Este acontecimiento ha dado origen en todos los mitos paganos a la celebración de la Pascua, y como hemos dicho antes, la iglesia, hallando consabrada por la tradición y las costumbres esta época del año, colocó en el 25 de diciembre el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, dando de este modo un fin santo a aquellos regocijos populares.

Los romanos celebraban por este tiempo las saturnales, y luego la fiesta de Janus, que ha dado su nombre al mes de enero (Januarius). Se hacían regalos unos amigos a otros para desearse la abundancia en el nuevo año, y a los niños se daban aguinaldos, cuya costumbre se conserva hasta hoy en algunos países de Europa. Para los pueblos orientales, y también los griegos, cuyo año nuevo principiaba en el solsticio de verano, que en el otro hemisferio ocurre el 22 de junio, los grandes regocijos de que hablamos tenían lugar en aquel mes, y durante la noche se celebraban grandes misterios y se encendían fuegos, cuya práctica aun se conserva en casi todos los pueblos de la cristiandad en los fuegos que los niños encienden la noche de San Juan.

Los druidas, sacerdotes del culto druídico en las Galias, hoy Francia, celebraban igualmente la vuelta del sol la noche del 25 de diciembre y hasta poco antes de la revolución francesa se conservaba en Dreux una fiesta nocturna...

Domingo F. SARMIENTO

La verdadera patrona de Buenos Aires

Por

Juan Sin Tierra



Un genio benigno ha querido que yo visitase hoy el Museo del Prado, donde he podido contemplar un cuadro que para mi curiosidad tiene varias razones de interés. Es una tabla primitiva, hermosamente pintada. Pero sobre el valor artístico atesora ese cuadro otro mérito relevante. Como que se trata de la verdadera imagen de la Virgen María que dió nombre a la ciudad de Buenos Aires.

Esta bella tabla la pintó un buen artista cordobés del principio del quinientos. Fué pintada por encargo de la Cofradía de Mareantes de Sevilla, y asistió como patrona a todos los rezos e invocaciones en aquella época de aventuras y descubrimientos maravillosos. Más de un conquistador arrojado y muchos navegantes intrépidos doblaron su rodilla ante esta imagen venerada, que los azares del tiempo llevaron después a los salones apartados del Alcázar de Sevilla.

Y ahí está, en efecto, la gloriosa Virgen del Buen Aire, o de Bonaire, ofreciéndose a la contemplación de cuantos argentinos, y particularmente porteños, quieran admirarla. La figura de la Virgen resalta por su graciosa y elegante belleza; tiene tal vez un vago aire veneciano, con reminiscencias germánicas acaso, pero al mismo tiempo se muestra como una anticipación de esa dulzura andaluza que destacará un siglo más tarde en las concepciones y santas de Murillo.

Bajo el tendido manto de la Virgen se ven arrodilladas diferentes personas, cuya identificación personal sería difícil de hacer, pero que indudablemente corresponderán a patronos protectores y consejeros de la célebre Cofradía de mareantes sevillanos. En segundo término y en la penumbra del manto se distinguen algunas figuras de indios, en actitud orante. Y abajo, por último, hay sobre un mar calmoso y bonancible varias galeras, galeazas y chalupas con las flámulas y los gallardetes al viento, según la moda suntuaria y magnífica de la época.

Esta es la Virgen del Buenaire que en una iglesia de Triana, el burgo de los marineros, veneraban todos los que fiaban al mar sus vidas, sus fortunas. Esta es la misma Virgen que don Pedro de Mendoza invocó en los terribles peligros de su larga expedición al Río de la Plata, y a cuyo nombre consagró la primera ciudad que fundara en la margen del gigantesco estuario.

Y así, el Puerto de Santa María de los Buenos Aires es un nombre que nació como una promesa, como un exvoto, en un instante de terror o de agonía en mitad del desconocido océano. Y el origen, entonces, nominal y espiritual de la hoy grandiosa Buenos Aires está sencillamente en el barrio sevillano de Triana.

Todo esto lo ha contado anteriormente el señor Groussac con certera erudición, y no hay nada que insistir en lo sabido.


Le Sancy
Extracto
Nº 11
Dubarry
Perfumería
Dubarry
Soc. An.

Las bellotas de

EL anónimo autor de estas modestísimas líneas, español de profesión, desea hacer una pregunta a los lectores, si es que estos delicados seres pasan sus ojos por ellas. La pregunta es la siguiente: ¿Por qué los almaceneros no traen bellotas de la Península? Lucirían mucho en Navidad, junto a las castañas tradicionales.

El hecho resulta inexplicable. Compradores habría de sobra, que la bellota es un fruto de lindo sabor. Cervantes se inspiró en unas bellotas avellanadas para escribir el magnífico discurso que don Quijote enderezó a unos cabreros.

ACABADO el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso más duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba a la redonda tan a menudo (ya lleno, ya vacío), como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Después que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz a semejantes razones:

— Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de "tuyo" y "mío". Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes, a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con

don Quijote

su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecía por todas las partes de su fértil espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra: y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y hiedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mesmo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlo. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés.

Saldos y retazos

FIESTAS DE FIN DE AÑO

Tendremos pronto encima
las fiestas patriarcales
con su surtido clásico
de bienes y de males.

BIENES

El pan dulce minúsculo
que el panadero envía;
el regalito flaco
de la carnicería;
el aguinaldo (a algunos);
las sobras del frutero;
las cosas averiadas
que obsequia el bolichero;
la mesa bien tendida
con el mejor cubierto;
los días apropiados
para tirarse a muerto;
reuniones familiares;
recuerdos de la infancia;
comida hasta llenarse;
bebida en abundancia;



juguetes a montones;
de nuevo el Nacimiento,
y la barriga llena
y el corazón contento.

MALES

Pechazos milongueados
que encaja el basurero;
pédidos de propina
con ripios del cartero;
por culpa del pan dulce,
más de una indigestión;
empachos como piedras
debidos al turrón;
parientes funerarios
a los que nada alegra;
visitas prolongadas
en casa de la suegra,
y, en puro despilfarro,
gastar el sueldo entero
con el cual se debía
pasar el mes de enero.

¿NO LE PARECE, CHE...

... que Navidad no es un motivo para celebrarla con una indigestión de pavo? Nada más interesante que verlo a usted ante un pavo patas arriba en la fuente. Su fisonomía se dulcifica, toma un aire que lo vuelve simpático, y su mirada de adéfago — que es el nombre de los glotones — busca el el cuchillo y el tenedor. Por cierto que usted, para hacer desaparecer un pavo — de la mesa; no del gallinero, — es un maestro consumado. ¡Qué sabia fruición al deglutirlo! No le perdona ni la rabadilla al pobre animalito; y sus colmillos cobran la firmeza e inmovilidad de la piedra movediza del Tandil, que hace rato dejó de moverse. ¡Que Dios le conserve la vista...! Pero aquí no termina la cosa, che. Al otro día su cara aparece con más pliegues que farolito chinesco, y pone en movimiento a todo el mundo en su casa. Es el pavo, che, que anda haciendo borborigmos y lo saluda con sus carnavalescas carcajadas. Repita, che, esta Navidad su plato favorito; repítalo... Y recuerdos al boticario.

OLVIDO CIRCUNSTANCIAL

Ha muerto Henry Pirenne, uno de los más venerados intelectuales belgas, profesor de Historia en la Universidad de Lieja. Del profesor Pirenne es una frase que se hizo famosa.

Cuando, a principios de agosto de 1914, el ejército alemán ocupó la ciudad de Gante, de la que era catedrático Pirenne, el general Von Bissing le mandó llamar y le hizo unas preguntas en alemán, a las que el profesor no contestó.

— Pues usted — dijo colérico Von Bissing — conoce perfectamente mi idioma...

— Cierto — contestó Pirenne. — Pero lo he olvidado hace unos días...

NUEVA FORMA

Los sabios no acaban de ponerse de acuerdo acerca de la forma de la tierra y desde los más remotos tiempos, le han adjudicado las más raras. Ahora resulta que la tierra no posee forma de manzana, sino de pera, pues en el polo norte es más achatado que en el polo sur.

MOSCAS PETROLIFERAS

El conocido entomologista inglés Thorpe ha descubierto en las fuentes petrolíferas, una clase de larvas de moscas que se desarrollan normalmente en ese medio.

El alfajor

Es un "sángüiche", o un emparedado, como exigen los puristas; un "sángüiche" delicioso. Dulce de leche, dulces de frutas, miel, nueces, avellanas, chocolate, maicena, piñones, almendras... y otras delicadezas que las amas de casa saben inventar. Diferénciase del emparedado en que éste tiene tendencias a deshacerse, en tanto que la masa central del alfajor sirve de masilla pegadiza, que conserva la unidad, la fraternidad de las partes. ¡Alfajores de Córdoba, Mendoza, alfajores de las catorce provincias, de todos los hogares argentinos, incluídos los de los territorios, sois una delicia, un encanto, un orgullo criollo! Y, sin embargo, tu nombre es de procedencia arábigoandaluza; "alhachou" te llamaban los moritos de la Tierra de María Santísima. Pero ahora eres criollazo, como tantas cosas, buenas y malas, que trajo la raza.

Don Lisandro Segovia afirma en su diccionario lo siguiente: "Alfajor (comp. A.), m. Llaman a la daga los gauchos y "compadritos". Esta aseveración nos conduce a comparar las dagas con los alfajores.

Porque también el alfajor posee un poder destructivo, si se abusa de sus delicias. Desde el empacho hasta la diabetes — esa dulcemente amarga enfermedad, — el alfajor es capaz de todo. ¡Pero saben tan bien, sobre todo si se les acompaña con el aliciente de la niñez, que se les debe perdonar cualquier pecado!

¡"Sángüiche" argentino: bendito y rechupeteado seas, en estos días de Navidad! Tú también dices, tácitamente, lo mismo que el generoso Amigo de los pibes: "Dejad que los niños se acerquen a Mí".

La zoología de los Evangelios

San Lucas El historiador evangélico del toro a los pies atiende más a los episodios de la vida mesiánica que a las enseñanzas morales de Cristo. Dícese que no fué discípulo directo del Salvador, sino de San Pablo. Su primera referencia zoológica está en la palabra "ganados", al narrar el Nacimiento. En el capítulo 2º nos habla así: "Y para dar la ofrenda, conforme está mandado en la ley del Señor, un par de tórtolas o dos palomitos". El Bautista que San Lucas nos describe también increpaba a la muchedumbre: "Raza de víboras ¿quién os mostró a huir de la ira que ha de venir?" Confirma el hecho portentoso de la aparición del Espíritu Santo en forma corporal de paloma. ¡Qué simbólico pasaje es aquel donde Jesús ordena a Simón echar las redes! Y cuando esto hubieron hecho, sacaron un tan número de peces, que se rompía la red. E hicieron señas a los otros compañeros, que estaban en el otro barco, para que viniesen a ayudarlos. Ellos vinieron, y de tal manera llenaron los dos barcos, que casi se sumergían." En aquel punto y con tal prodigio, los pescadores convirtiéronse en apóstoles. Vuelve a referirse a las aves del cielo, y da testimonio del milagro de los cinco panes y de los dos peces. No coincide en la cantidad de cestos sobrantes. El episodio de los cerdos endemoniados y suicidas hállase igualmente en el Evangelio del piadoso San Lucas. El Maestro, dijo: "Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde recline la cabeza." "Veis que os he dado potestad de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo; y nada os dañará." Y la pregunta: "¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos, y ni uno de ellos está en olvido delante de Dios?" "Mirad los cuervos, que no siembran ni siegan, ni tienen despensa, ni granero, y Dios los alimenta. ¿Pues cuánto más valéis vosotros que ellos?

La voz de las campanas

SI existe un sonido que vaya en derechura al corazón, que llene el alma de santa alegría y bañe los ojos de suaves lágrimas de gratitud, es el sonido de la campana, cuando el alba, ágil y clara ella sola en el "duerme vela de la Naturaleza" hace, como dice el gran poeta católico Chateaubriand, "mensajeros del culto a las nubes y a los vientos".

Grandioso es el son de bronce de las campanas cuando en coro repican a una solemnidad religiosa ó anuncian un fausto cuento al país; grave y solemne cuando, según la expresiva frase popular, "llaman al muerto a la tierra"; pero es a la vez sencillo y grave, solemne y alegre cuando tocan a la misa del alba, anticipando a toda faena el divino sacrificio.

No parece sino que no quiere irse la noche sin haber oído aquellos santos y suaves sonidos y que el día no se atreve a llegar sin que ellos le llamen.

Pero cuando se despierta el corazón del mundo — esto, esto es el hombre, que piensa y siente, — son sus primeros latidos los toques de aquella campana que anuncian el santo sacrificio, como son los primeros sonidos que articula el niño la voz de "padre". Entonces la noche, recogiendo sus estrellas como el avaro su tesoro, huye y se desvanece como un mal pensamiento ante la luz de Dios, tan clara y tan pura en la Naturaleza cuando ningún nublado le hace sombra, como en el entendimiento del hombre cuando ninguna duda fría y amarga lo obscurece. Santos y puros sonidos que esparce por el aire la campana, esa voz del templo, y que bajan sobre la tierra como notas o acordes sueltos del "Hosanna" que entonan los ángeles del cielo a su Dios. ¡Qué melodiosos son, qué pacíficos y qué dulces y alegres!


FERNAN CABALLERO



Señor director de "Caras y Caretas":

RECONOZCO que ésta es la mejor oportunidad que podía presentárseme para escribir un artículo sentimental que hiciera llorar a toda orquesta, con acompañamiento de suspiros, a una buena parte de las mujeres que tienen el mal gusto de leerme. No olvide que estamos en la segunda quincena de diciembre, es decir, que pronto llegará la Navidad. Y no olvide, tampoco, que yo soy un vagabundo.

La Navidad de un atorrante... ¿Se da cuenta qué tema formidable para un artículo lacrimoso? La Nochebuena de un pobre vago que recorre las calles, con su bolsa al hombro, deteniéndose de cuando en cuando para contemplar, a través de una ventana, la alegría de las personas felices que pueden festejarla en el interior de sus hogares, sin acordarse de los desventurados que deben pasar la Nochebuena afuera...

¿No es cierto que la oportunidad es macanuda para obtener un brillante éxito literario de lágrimas y suspiros? Sin embargo, no la aprovecharé. ¿El motivo? Amo demasiado la verdad para falsearla por completo. Porque la verdad en que el hecho de pasar la Nochebuena a la intemperie, lejos de ser una tristísima desgracia, como suponen muchos, es una de las cosas más agradables que pueden ocurrirle a uno. Tan agradable que me pongo colorado de vergüenza al sólo pensar que podría utilizar esa venturosa circunstancia para presentarme como víctima ante los ojos de los lectores.

Lo que ocurre es que nosotros, los criollos, somos muy vivos. Vivísimos. Entre otras ranadas, nos hemos dedicado a explotar a los europeos. Es verdad que ellos nos explotan económicamente, pagándonos el trigo y la carne al precio que les da la gana y llevándose todos los años una fabulosa cantidad de pesos nacionales en concepto de dividendos, pero nosotros, en cambio, los explotamos a ellos trayendo sus costumbres. Dejando que ellos se tomen el trabajo de inventarlas y embromándolos nosotros al aplicarlas en la Argentina, al pie de la letra.

Tal, por ejemplo, la costumbre de ce-





lebrar la Navidad en el interior de los hogares, cosa que está muy bien en Europa, donde el 24 de diciembre cae en invierno y nieva que da gusto, pero no en la República Argentina, donde en diciembre ya hay insolados.

Pero es que nosotros los criollos somos muy "púas".

LA Navidad del vagabundo... La Nochebuena del atorrante, que debe pasarla fuera... ¡Si es afuera donde hay que pasarla, hombre, con el calor que hace en esta época! Al aire libre, a la intemperie, no entre las cuatro paredes del comedor, especie de horno colectivo donde la familia, en pleno, se sofoca con toda seriedad y suda la gota gorda muy tradicionalmente. Porque lo notable es esto: en lugar de ser los atorrantes los que miramos con envidia a los que celebran la Navidad adentro, son las personas que están adentro las que miran con envidia a los atorrantes que pasan la Navidad afuera...

Hay que reconocer, sin embargo, que cada vez hay menos gente que celebra la Navidad dentro de sus hogares. Parece que, por fin, se va comprendiendo que una fiesta puede realizarse al aire libre sin que por ello deje de ser familiar. Y así vemos que cada año es mayor el número de familias que se reúnen los 24 de diciembre en las terrazas de los clubs, en los jardines de las cervecerías alemanas, en el Balneario Municipal o en el patio de sus casas, pero no entre las cuatro paredes del comedor.

Eso sí, continúan comiendo pan dulce. En el patio, en los jardines o en las terrazas, los argentinos, que son muy ranas, continúan comiendo pan dulce por kilos. Enormes panes dulces cuyas calorías deben resultar muy reconfortantes en Europa, con varios grados bajo cero, pero que, aquí, a esta altura del año, producen la impresión de que uno estuviera comiendo una bufanda. Algo así como tragarse un felpudo...

Sin embargo, cuántos felpudos, quiero decir, cuántos panes dulces comen los argentinos durante las fiestas de fin de año? Miles, cientos de miles. Cosa que no debe sorprender en lo más mínimo, por otra parte. Es lo que corresponde. ¿Acaso no hay infinidad de compatriotas que, en Carnaval, vale decir en la época más calurosa del año, recorren varias veces el corso, de una a otra punta, disfrazados de oso carolina? ¿Acaso nuestro país, en vez de casas con terrazas, no está lleno, hasta en sus zonas más tórridas, de chalets con techos a dos aguas, de esos que se construyen en los países muy fríos para evitar que la nieve los hunda al acumularse? ¿Acaso no tenemos la manía de los jardines ingleses y el odio sistemático de los árboles, hasta el punto de convertir las plazas y las calles, con la ayuda del sol calcinante que Dios nos ha dado, en verdaderas caricaturas del desierto de Sahara? Porque no me diga usted que sería exagerado instituir un premio municipal para el primer ciudadano que, durante los meses de verano, cruce la plaza Once sin insolarse...

Ahora que, aparte de estos pequeños detalles, nosotros los argentinos somos muy "piernas".

OLEGARIO REINOSO.



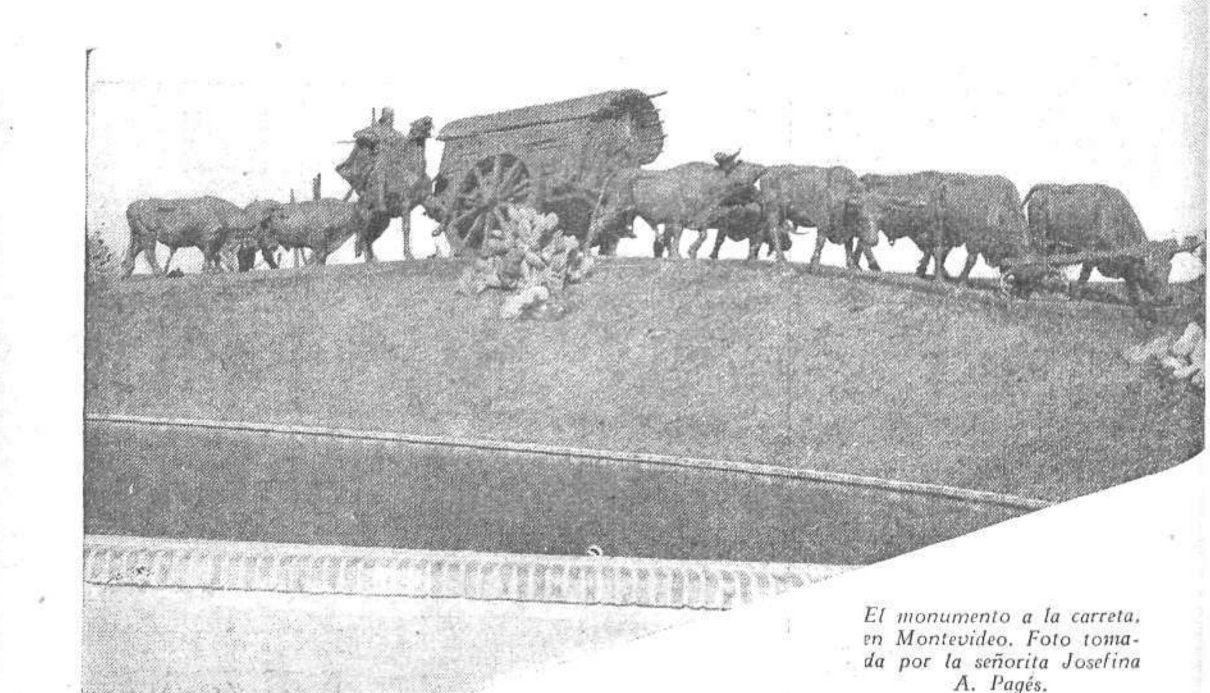
La ZOOLOGIA de San Mateo

Este evangelista, publicano converso, sencillo y suave, carece de animal simbólico. La tradición le ha concedido el más hermoso de los regalos: un ángel, que sostiene el tintero en el que San Mateo moja su pluma. ¿Los ángeles son pájaros maravillosos? Sí; sus alas les dan derecho a ser clasificados en las primeras páginas de la zoología espiritual, que no abunda en ejemplares, ni es rigurosamente exacta en sus clasificaciones. ¿Qué naturalista espiritual puede decirnos los pormenores anatómicos de las alas angélicas, arcangélicas, querubianas y serafinescas? Sólo sabemos, más bien dicho, presentimos, que la envergadura de esas alas es más grande que nuestro mundo. Alas de paz verdadera, alas de mensajero de hermosísimas noticias, alas de un porvenir en el que el hombre ha de ser digno de los ángeles, hermanito menor de los ángeles. Pasemos a la zoología de San Mateo. La primera referencia se halla en el versículo 4, del capítulo 3º, donde nos pinta a San Juan Bautista, el Precursor: "Y el mismo Juan tenía un vestido de pelos de camello, y un ceñidor de cuero alrededor de sus lomos; y su comida eran langostas y miel silvestre. "El pelo de camello es suave; el cinturón sería duro (San Mateo no dice a qué animal perteneciera); las langostas, según referencias, constituyen un alimento delicado, algo así como camaroncitos terrestres (la Defensa Agrícola dará fe). En cuanto a la miel silvestre, que nos da seguro indicio de "solícitas abejas", o avispas, resulta un manjar engolosinador. En el mismo capítulo, al narrar de cómo Cristo recibió el agua purificadora, afirma el versículo 16: "Y después que Jesús fué bautizado, subió del agua. Y he aquí se le abrieron los cielos; y vió al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y que venía sobre El." Mucho más elogiosos deben ser nuestros comentarios, mucho más que cuando nos referimos a las alas angélicas. Dejemos la palabra suave al P. Sció: "El Espíritu Santo apareció en esta forma; porque, como dice San Juan Crisóstomo, siendo la paloma dulce y pura, quiso aquel divino Espíritu, que lo es de dulzura, de pureza y de paz, elegir esta figura, que representaba en alguna manera lo que El es, y lo que deben ser aquellos en quienes desciende por el bautismo". Y en el capítulo 4º aparece el Tentador (¡cruz diablo!), que tiene alas de murciélago y corazón anidado por todas las serpientes venenosas y malditas. ¿Alas de murciélago? No; de vampiro gigante, porque el murciélago es camarada beneficioso del hombre, insectívoro incansable, productor de guano. Tras esto, el buen evangelista ejemplariza con los alados: "Mirad las aves del cielo, que no siembran ni siegan (son palabras de Jesús), ni allegan en trojes; y

los EVANGELIOS

vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros mucho más que ellas?" ¡Ah, sublimes palabras que aun andáis predicando en el vacío! Después (versículo 20, del capítulo 8º) nos habla así: "Y Jesús le dice: Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo, nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene en donde recueste la cabeza." Y aquí, con perdón, entran los chanchos, los cerdos endemoniados: "Y lejos de ellos andaba una piara de puercos paciendo. Y los demonios le rogaban, diciendo: Si nos echas de aquí, envíanos a la piara de puercos. Y les dijo: Id. Y ellos salieron, y se fueron a los puercos, y en el mismo punto toda la piara corrió impetuosamente, y por un despeñadero se precipitó en el mar. En el versículo del capítulo 9º hay lugar hospitalario para unos brutos apacibles: "Y cuando vió aquellas gentes se compadeció de ellas; porque estaban fatigadas y decaídas, como ovejas que no tienen pastor." Luego de nombrar a las mismas otra vez, el Maestro nos enseña: "Ved que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed prudentes como serpientes, y sencillos como palomas." Y más adelante: "Raza de víboras, ¿cómo podéis hablar cosas buenas, siendo malos?, porque de la abundancia del corazón habla la boca." Y casi a versículo seguido, aquel precioso que afirma: "Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena; así estará el Hijo del Hombre tres días y tres noches en el corazón de la tierra." El Pescador habla de su oficio: "También el reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, allega todo género de peces." Y más adelante el milagro de los panes y de los peces. A la cananea le respondió: "No es bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros." Después: "Y además os digo: Que más fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos." Donde la palabra "camelus", camello, ha sido confundida con "camellus", cable. Para entrar en Jerusalén hízose traer una asna y un pollino: "Decid a la hija de Sión: He aquí tu rey viene manso para ti, sentado sobre una asna, y un pollino, hijo de la que está bajo de yugo." En el templo derribó, entre otras instalaciones, las de los vendedores de palomas, y en la parábola de las bodas reales nombra a los toros. "Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello". Más adelante cita el nombre de Noé, el primero de los coleccionistas de animales. Y para terminar la zoología de San Mateo, oíd el canto del animalito que, según la profecía mesiánica, señaló las negaciones de Pedro: "Y cantó luego el gallo. Y Pedro se acordó de la palabra que le había dicho Jesús: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Y habiendo salido fuera, lloró amargamente. — E. S.

Monumento a la carreta



El monumento a la carreta, en Montevideo. Foto tomada por la señorita Josefina A. Pagés.

UNA andariega inmovilidad, un rudo esfuerzo convertido en bronce, animan la potencialidad evocativa de este feliz monumento. Es la carreta tradicional acometiendo la travesía de una cuchilla, la carreta que realizó su cotidiana y secular obra civilizadora, frente a las enemistades de la naturaleza y de los hombres. Lentamente, pesadamente, el primitivo vehículo va hacia el porvenir, hacia el futuro, que se convirtió en presente, realización de grandeza y cultura. El jinete amo, el guerrero de la lucha está alerta para dirigir las yuntas y defender la vida y el caudal de los suyos. Es un bravo oriental, uno de esos personajes anónimos... Es pueblo uruguayo, incansable, indómito, que sabe ganar batallas pacíficas y laureles bélicos.

El turrón

CUANDO los bárbaros del norte invadieron la península española, para convertirse en bárbaros del sur, un rapabarbas alicantino inventó el turrón.

El fígaro sabía afeitar, hacer la permanente a los suevos, ponerle sanguijuelas a los visigodos, sangrar a los vándalos y sacarles colmillos a los alanos. Pero la barbería y el barbero andaban muy mal, pues aquellos cafres rubios eran perfectísimos malos pagadores. El fiado de aquellos clientes estaba mantenido por una espada más grande que tres facones juntos.

Aquel barbero de Alicante, "digno de ser moreno y sevillano", imaginó un inventó, "che invenzione": el turrón.

El turrón, hecho a prueba de cuchillo, rompemuelas eficaz; el turrón blando que se mete en las caries y provoca dolores vertiginosos, intolerables. Por muy bárbaro de que fuese un godo, tenía que buscar remedio al tormento, pues un tipo con dolor de muelas se convierte en una masa informe, acobardada, dócil. Y el fígaro inventor acechaba a las víctimas del más dulce de los cementos armados. Venía el suevo, rabioso; el barbero, como es costumbre casi prehistórica, exigíale la paga adelantada. Un enérgico tirón de llave inglesa, y, a escupir a la calle.

Este es el remoto origen del turrón, mezcla de almendra, jarabe clarificado y clara de huevo, cocida a fuego lento, hasta que resista al uso enérgico del martillo y del cuchillo.

Hay muchas clases de turrones, blandos y duros, sobre duros y acorazados. Todos son riquísimos, pero traidores.

Los dentistas actuales deben levantar un monumento de turrón armado al fígaro levantino que les proporcionó la fórmula divina, benéfica.

Las cuevas del

Acabo de entrar en la Sagrada Cueva del Señor; mis ojos han visto lo que mi corazón soñaba desde que estoy en el mundo. ¡Con qué recogimiento se arrodilla uno en aquellas losas donde los pastores y los ángeles se arrodillaron la noche de Navidad! ¡Con qué fruición se posan los labios donde el buen Jesús puso los pies al llegar a la tierra! ¡Cómo fluyen aquí las lágrimas, aquí donde el mismo Dios hecho hombre derramó las primeras de sus ojos! El sitio donde nació está cubierto de mármol y rodeado de una plancha de plata en forma de estrella, con estas palabras, que hacen saltar el corazón de alegría: *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est.*

La Sagrada Cueva es de unos doce metros de largo por cuatro de ancho; está cubierta de mármoles y damascos que hacen desear la desnuda roca. Está llena de mística obscuridad, interrumpida por treinta y dos lámparas que derraman una luz semejante, según Schubert, a la de la luna en una noche de primavera, o mejor aún, a la claridad de aquella bendita noche de la cual nació el más hermoso día que vieron los siglos.

Una cosa entristece en este primer santuario de Jesucristo, y es que en el lugar donde nació, solamente su verdadera iglesia se ve privada de celebrar los divinos sacrificios. Dos días he tenido yo la suerte de celebrar en el altar del Pesebre, que está a cuatro pasos; mas, por Semana Santa, no he podido decir la misa votiva de este sagrado lugar, sino la de Pasión. El sitio era el de la noche de Navidad; estaba en la misma cueva que eligió por palacio el divino Mesías. Su Madre Santísima y San José hacíanle compañía en aquel antro; venían los pastores de aquella comarca y los Reyes del Oriente a adorarle; los ángeles cantaban *Gloria in excelsis Deo;* mi corazón y mis labios iban también a cantarlo, mas en el misal no leía más que frases de dolor y de tristeza. El teatro es del Nacimiento, mas ¡ay! ¡los días son del Calvario!

La Cueva del Nacimiento se dilata y ramifica bajo la peña formando otras cuevas, donde la tradición encuentra otros recuerdos. La capilla de San José, la de los Santos Inocentes, las tumbas de Santa Paula y de San Eustaquio, la tumba de San Je-

Nacimiento

rónimo, y oratorio donde el santo se entregaba a la contemplación y al estudio. En el jardín del convento enséñase un naranjo plantado por él, no muy lejos de la escuela donde enseñaba a los niños.

Cueva de la Leche. — Está un poco apartada del convento y convertida en capilla. En ella, según la tradición, refugióse la Virgen en los primeros días de la persecución de Herodes. Amamantando al buen Jesús, dejó caer en tierra algunas gotas de leche, de la cual tomó el color y la virtud de darla a las nodrizas que no la tienen. Tómanla con este fin las beduínas como las cismáticas, las moras como las católicas. Allí a la orilla hállase la *Cisterna de María.* Cuentan que una mujer sacaba agua cuando acertó a pasar la Virgen que, viniendo de lejos y sedienta, pidióle de beber, y se lo negó; las aguas, que estaban hondas, fueron entonces subiendo, subiendo, hasta que la Virgen pudo apagar su sed.

Cueva de los pastores. — Hállase a quince minutos de Belén, bajo la costa donde está sentada la ciudad, en un campo llamado de Booz, por haber acaecido en él el idilio de Ruth, la Moabita. Allí estaban los pastores, cuando el ángel se les apareció diciéndoles: *Nolite timere. Ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo: quia natus est vobis hodie Salvator qui est Christus Dominus, in civitate David. Et hoc vobis signum: Invenietis infantem pannis involutum; et positum in praesepio. Et subito facta est cum angelo multitudo milicie coelestis, laudantium Deum et dicentium: Gloria in altissimis Deo; et in terra pax hominibus bonae voluntatis.* "No tengáis miedo, que os traigo nueva que será de grande alegría para todo el mundo. Y es que nos ha nacido Jesucristo Salvador, en la ciudad de David. Y esta será la señal: hallaréis al infante empañado y puesto en un pesebre. Al mismo tiempo unióse al ángel una gran milicia celestial, alabando a Dios y diciendo: Gloria a Dios en lo más alto del cielo y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

Sopa de Garbanzos

POR

CORDOVA ITURBURU

Tenía una manera tan meticulosa, tan estúpidamente concentrada de enfriar la sopa... Pero, en realidad, no sé si era eso o su imbécil sonrisa lo que verdaderamente me molestaba. A veces, lo confieso, tal vez fuera su sonrisa. Trabajábamos en frente uno de otro. Sentados. Nuestras rodillas casi se tocaban. Nuestros pies tropezaban a veces. Cuando esto sucedía me daban ganas de darle una patada en la canilla. Pero él alzaba la vista con su insoportable sonrisa boyuna en la boca, con su insoportable mansedumbre boyuna en los ojos. ¿Era un hombre eso? Me daban ganas de tirarle por la cabeza un envase de conserva. Los envases llegaban a nosotros por la cadena. Unos atrás de otros. Implacables. Teníamos el tiempo exacto, exacto, para meter la cuchara en el tacho y llenarlos de conserva humeante. No podía distraerse uno. Ni hablar una palabra. A un envase seguía otro. Y ninguno esperaba. ¿Cuánto tiempo hay entre un envase y otro? El tiempo justo para sacar la cuchara del tacho, llenar el envase, alisar la superficie de la conserva a la altura de los bordes y meter otra vez la cuchara en el tacho con lo que sobra. La cadena que pasa, la cuchara en el tacho, la cuchara que alisa, la cuchara otra vez en el tacho, el envase que se va. Otro envase llega. Y otra vez la cuchara y el tacho y el envase y la cuchara. Un ritmo lento, idéntico, monótono. Un ritmo de tambor fúnebre. ¿Quien inventó esto? ¿Fué Taylor? ¿Fué míster Ford? No lo sé. Pero es algo muy sabio, muy sabio. ¿No se le ha levantado una estatua todavía al que lo inventó? Hay que levantársela. ¿Se imagina usted lo que es la cabeza de un



hombre, lo que son los nervios de un hombre después de ocho horas de esta música? Un trapo, un trapo sin voluntad, un trapo sucio que baila al son de ese ritmo estúpido. Si cierra usted los ojos y se duerme, sueña. Pero en su sueño no aparecen hombres ni cosas, ni paisajes, ni mujeres. Sólo aparecen marionetas, títeres inexpresivos que bailan al ritmo del tambor fúnebre con que usted ha bailado ocho horas ese día. Y el día anterior. Y la semana anterior. Y el mes anterior. Y el año anterior. Y tal vez las vidas anteriores. Y seguramente en el pobre vientre de su madre.

Esto — lo reconozco — no tiene nada que ver con nuestro asunto. Lo que usted desea saber es lo otro. No estoy aquí para contarle lo que se me ocurra sino para aclarar mi situación. A las once y media sonaba el pito de la fábrica. La cadena se paraba. Abandonábamos, tambaleantes, nuestros asientos. Al decir tambaleantes no quiero decir que uno estuviera agotado sino que después de estar cuatro horas sentado, inmóvil, las piernas tienen cierto derecho a no tener fuerzas. Nos empujábamos, torpemente, para lavarnos las manos en los lavabos — no necesitaría decirlo que los lavabos son pocos y nosotros muchísimos — y salíamos para el comedor. El se sentaba también enfrente mío. ¿Se da cuenta? Siempre en frente. Diez horas en frente mío. Pero esto, en realidad, carece de importancia. Lo reventador no era esto, es fácil comprenderlo.

El primer plato que nos servían era, invariablemente, el mismo. O casi el mismo. Por lo general sopa de garbanzos. Una sopa espesa. Con arroz. Y después, puchero. El miraba fijamente la sopa. La miraba mientras se la servían. La seguía mirando cuando la tenía ya en su plato. Tomaba lentamente la cuchara, la metía en la sopa, la revolvía haciendo girar la cuchara por el borde, luego llenaba la cuchara, la alzaba y volcaba la sopa en el plato, enfriándola, cinco, seis, siete, ocho, nueve veces. Lo hacía si la sopa estaba caliente. Pero lo hacía también aunque no lo estuviera. ¿Se da cuenta usted? Y siempre igual. Exactamente igual. Cuando el muchacho aparecía por la puerta de la cocina y él empezaba a mirar el tacho de la sopa, yo ya sabía, exactamente, todo lo que iba a hacer. Iba prediciendo mentalmente lo que iba a hacer. Ahora — me decía, — ya no va a perder de vista el tacho. Ahora — era el momento en que el muchacho le echaba su cucharón de sopa en el plato, — ahora, me seguía diciendo, ya no va a dejar de mirar su sopa. Ahora va a agarrar la cuchara. Ahora la va a meter, de punta, en la sopa. Ahora la va a hacer girar dentro del plato siguiendo el borde. Ahora la va a llenar. Ahora la va a alzar. Ahora va a dejar caer la sopa. Ahora lo va a repetir otra vez. Y otra vez. Y otra vez. Y nunca, jamás, me equivoqué. ¿Se da cuenta usted? Nunca, jamás, hizo nada nuevo, nada distinto. ¿Era eso un hombre? ¿Qué tenía ese hombre en la cabeza? ¿Es que tenía algo que no fuera su estómago? Me daba rabia pensar que ese hombre no era un hombre sino un estómago. Pura y exclusivamente un estómago. Cuando se llevaba la sopa a la boca lo hacía con una fruición, con una meticulosidad, con una lentitud de saboreo, verdaderamente odiosa. No levantaba la vista de su plato sino para dirigirlo a su cuchara y seguirla hasta que llegaba a la boca. Entonces sorbía la sopa haciendo un ruido que maldita la gracia que me hacía. Y todo esto sin alterar, jamás, su ritmo, su lentitud, el ritmo con que tomaba la cuchara, la metía en la sopa, la revolvía, cargaba la cuchara, la volcaba enfriando la sopa, la volvía a cargar y se la llevaba a la boca una vez y otra.

Cuando alguna vez al llevar mi cuchara a la boca coincidía con él y sentía el ruido con que él sorbía la suya, tenía que dejar de tomar la sopa. Me daba rabia. Se me crispaban los nervios. Y no tomaba mi sopa hasta que él no terminaba la suya. Y él, entretanto, no se daba cuenta de nada. ¿Cómo había de darse cuenta de nada esa bestia? ¿Es que tenía nervios, o cerebro, o sensibilidad, o cualquier otra cosa? No era, en definitiva, otra cosa que un estómago. ¿Es que había alguna vez pensado en algo que no fuera su comida ese imbécil? Si las miradas fulminaran, yo lo hubiera fulminado mil veces. Pero él como si tal cosa. Seguía tomando su sopa, con su lentitud, con su ritmo, con su fruición, con su meticulosidad, con su odiosa meticulosidad. ¿Le extraña a usted, con todo esto, que un día haya yo saltado a su pescuezo y se lo haya apretado hasta que me lo arrancaron de las manos, exánime, con la lengua afuera y los ojos saltados de las órbitas? Me dicen que no lo maté. Lo siento. Créame usted que lo siento mucho. Hubiera preferido matarlo.

¿Qué hora es? ¿Las doce, dice? Ahora, en este preciso instante, esa bestia estará, tranquilamente, lentamente, revolviendo su plato de sopa de garbanzos...

Córdova Iturbury

DIBUJO DE CABALLE

Los orígenes remotísimos de la GUITARRA



EN su interesante y curioso *Diccionario de guitarristas,* de reciente aparición, Domingo Prat nos dice cuáles fueron los probables orígenes de la guitarra. La patria habría sido el Egipto donde, a raíz de una sequía, quedó gran cantidad de animales muertos que se disecaron a la intemperie. Entre éstos, algunas tortugas, con las fibras tendidas al aire, habrían permitido al hombre arrancar por casualidad el primer sonido. Según otros se debe su creación al arco, en el acto de arrojar la flecha, produciendo la vibración característica que habría llevado al cazador o al guerrero a fabricar uno, no con la intención de arrojar el dardo, sino con la muy espiritual de la música. Lo cierto es que, como instrumento, la guitarra se conoció 3.000 años antes de Cristo. Según Pitágoras, la conocían, con tres cuerdas, los trogloditas asiáticos. Los sirios la tañían 2.000 años antes de nuestra era y llevaron su uso a la Palestina. Bajorrelieves y papiros egipcios nos muestran repetidos ejemplares. Ya en la Edad Media se generalizó en tierras europeas, recibiendo variadísimos nombres. En el siglo XII, difundióse por Italia y España y su nombre de cítara fué evolucionando hasta convertirse en el de guitarra. En el Escorial se conserva un código del año 1047 en el que aparecen guitarristas, y hasta el padre de Galileo ha pasado a la posteridad por un tratado que sobre ella escribió.

Que se duerme mi niño...

Por *Lope de Vega*

La niña a quien dijo el ángel
que estaba de gracia llena,
cuando de ser de Dios madre
le trujo tan altas nuevas,
ya le mira en un pesebre
llorando lágrimas tiernas,
que obligándose a ser hombre
también se obliga a sus penas.
"¿Qué tenéis dulce Jesús?
— le dice la niña bella, —
¿tan presto sentís, mis ojos,
el dolor de mi pobreza?
Yo no tengo otros palacios
en que recibiros pueda,
sino mis brazos y pechos
que os regalan y sustentan.
No puedo más, amor mío,
porque si yo más pudiera,
vos sabéis que vuestros cielos
envidiarían mi riqueza".
El niño recién nacido
no mueve la pura lengua,
aunque es la sabiduría
de su eterno padre inmensa,
mas revelándole el alma
de la Virgen la respuesta,
cubrió de sueño en sus brazos
blandamente sus estrellas.
Ella entonces, desatando
la voz regalada y tierna,
así tuvo a su armonía
la de los cielos suspensa:

Pues andáis en las palmas,
ángeles santos,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.
Palmas de Belén
que mueven airados
los furiosos vientos
que suenan tanto;
no le hagáis ruido,
corred más paso,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.

El niño divino,
que está cansado
de llorar en la tierra
por su descanso,
sosegar quiere un poco
del tierno llanto.
Que se duerme mi niño,
tened los ramos.

Rigurosos yelos
le están cercando;
ya veis que no tengo
con que guardarlo.
Angeles divinos
que vais volando,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.



El CAMINO *hacia* JERUSALEN *en el* SIGLO PRIMERO



EN toda época, los judíos, fuese el que fuese el país donde se hubieran establecido, acudían periódicamente a Jerusalén, guiados por el afán y la esperanza de visitar su "tierra de promisión", aunque muchos morían sin lograr realizar su anhelo. Además, todos procuraban enviar anualmente al Templo su *didrachma* u ofrenda en metálico, y esto dió motivo a que se viajara mucho desde todos los puntos del mundo hacia la ciudad santa. Muy frecuente era el que los viajeros, tanto para evitar los gastos como para eludir los ataques de los ladrones y asaltantes, realizaran sus caminatas como verdaderos pordioseros. Sin embargo, la red de caminos romanos dió facilidades a estos viajes de los judíos lo mismo que más tarde a los primeros predicadores cristianos. Los países de la costa norte de Africa tenían acceso a Alejandría por la calzada existente a lo largo del litoral y desde esta ciudad el paso a la Palestina podía efectuarse fácilmente. Desde la Mesopotamia dos carreteras comunicaban con Antioquía, y a partir de ésta, otro camino que contorneaba la costa siria permitía llegar directamente a Jerusalén. Buenos caminos europeos había hasta Bizancio, la actual Constantinopla y por el mar se llegaba con facilidad a Pérgamo, Efeso y Esmirna. De estas poblaciones se llegaba bien a Jerusalén. La ruta generalmente seguida era desde Bizancio a Palestina por Nicodemia, Ancyra, Tyana, Puertas Cilicienses, Tarsus y Antioquía.

NAVIDAD, AÑO NUEVO Y REYES

el OBSEQUIO más distinguido, útil y PRACTICO

es una buena LAPICERA-FUENTE

ARTCRAFT

Nº 22, en 5 colores, c/u. . . .	$ 6.90
El juego	„ 9.70
Transparente	„ 7.90
Artcraft, c/u.	„ 25.—
El juego	„ 35.—
Artcraft, especial, c/u.	„ 35.—
El juego	„ 45.—

WATERMAN

Negras labradas, largas y cortas, cada una	$ 14.50
Negras o marrón veteado Nº 55	„ 23.—
Negras o marrón veteado Nº 56, cada una	„ 28.—
Enchapadas en oro	„ 48.—
El juego	„ 66.—
Transparente en colores	„ 30.—
Patrician Lady en colores . . .	„ 25.—
Patrician Senior en colores . .	„ 45.—

PARKER

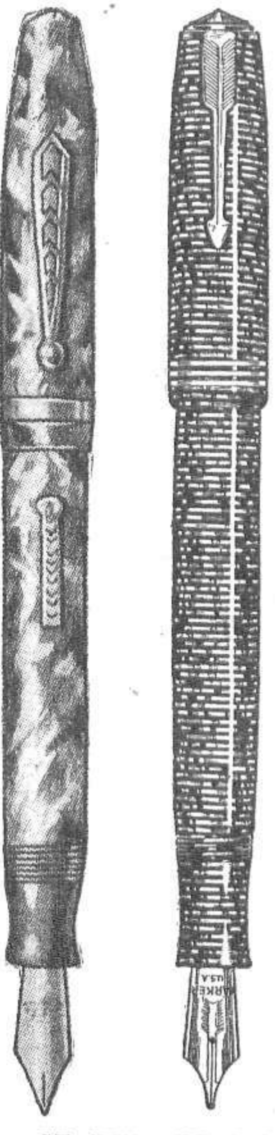
Vacumatic Transparente en Colores:

Juniors,	$ 23.—	El juego . .	$ 35.—
Standard,	„ 34.—	El juego . .	„ 48.—
Senior,	„ 45.—	El juego . .	„ 59.—

PLUMA DE ORO Y PUNTA DE IRIDIO

Es el alma de una lapicera fuente. Garantizamos que nuestras plumas son todas de oro y punta de iridio.
GASTE, PERO GASTE UNA SOLA VEZ

ARTCRAFT PARKER WATERMAN





LAS PLUMAS QUE CALIFICAN DE ORO DOUBLE O REFORZADO, NO ES ORO

TAMBURINI Ltda.

Soc. Anónima
Avda. DE MAYO 666
Buenos Aires
ROSARIO — CORDOBA
Casa especialista en plumas FUENTE.

COMPOSTURAS EN GENERAL GARANTIZADAS

SE REMITE LIBRE DE FLETE MENCIONANDO ESTE AVISO

De José María
SALAVERRIA



La visita imaginaria del "LINYERA"

ALTO, pálido, de ademán corto y sin pizca de teatralismo, el maestro Arturo Schianca dijo algunas frases preliminares sobre el folklore argentino y se sentó al piano. La sala del "cine" estaba llena de un público variado en esa mañana dominical en que el otoño comenzaba a trenzar sus primeras ventoleras frías. A la misma hora, en el estadio improvisado en las lejanías del suburbio, la espesa muchedumbre política se apretujaba para escuchar el discurso de Azaña. Entre tanto los dedos del maestro empezaron a bordar las melodías populares y campesinas del país del Plata, y a su influjo me puse yo a abandonarme a la seducción de un viaje imaginativo, dichoso de poder errar por la inmensidad de la Pampa y perder de vista las realidades de en torno.

Esto es lo que tiene la música; su poder mágico para la evocación es tan fuerte y repentino, que nada más con cerrar los ojos me vi trasladado al lado de allá de los mares, bajo el cielo de América y recorriendo los parajes que en lejanos tiempos alcancé a contemplar con los ojos materiales. Ahora los veía con la mirada de la imaginación. El recuerdo de mi primer recorrido en ferrocarril por la inmensidad de la llanura argentina se destacó en mi mente cuando el maestro en el piano interpretró la música melancólica de un "triste". Volvía a presenciar el desarrollo infinito de la Pampa, sembrada de rebaños, profunda de silencios, y la aparición de un rancho solitario, único personaje en aquel emocionante escenario de infinidad; el sauce familiar tendía su cabellera amiga sobre la humilde forma de la cabaña pampeana.

Pero en seguida dió un salto la música y aparecieron los graciosos y elegantes compases del "pericón". Y entonces, conservando bien cerrados los ojos, asistí a una fiesta de arrabal campesino con sus actores de bombacha, pañuelo al cuello y fieltros de ala corta sobre las varoniles cabezas, mientras los caballos se amontonan en la tranquera y se abre al fondo el misterio supersticioso de la noche profunda. Los hombres arrastran los pies calzados de enormes espuelas al ritmo de la música antigua haciendo bellos trenzados alrededor de las "chinas", que ondulan en un balanceo entre tímido y voluptuoso. Hasta que suena la vigorosa voz de ¡aura!, y la danza adquiere un ímpetu de singular ardor que se ciñe,

sin embargo, a un compás y una regla inviolables. Música y danza del "pericón" castizo, uno quisiera precisar su acento y conocer sus orígenes; a veces suena a cosa española, pero no se sabe a qué provincia de España atribuirla; a veces recuerda tonadas viejas, como salvadas por milagro del fondo de la cultura colonial; pero es mejor aceptar el "pericón" en su realidad sencilla, gracioso y elegante a la vez, medio cortesano y campesino, a un mismo tiempo sentimental y alegre, y de honda expresión americana.

Cesó el piano de sonar y se pobló la pantalla del "cine" de imágenes pamperas. Comenzaba a rodarse la película "El linyera", extraída del hermoso drama de don Enrique Larreta. En un palco, el propio autor asistía a la representación de su obra, apenas regresado del Congreso de Americanistas de Sevilla. Toda la acción del film giraba dentro y alrededor de un rancho perdido en la inmensidad de la llanura, y los viejos gauchos barbudos, conservando aún el castizo chiripá, prestaban a la escena un aire de simpática autenticidad criolla. Pero allí el eje de la acción era un extraño, un intruso, un innominado; el hombre sin origen ni arraigo, espectral transeúnte que no se sabe de dónde viene ni adónde va, taciturno vagabundo por los caminos imprecisables del océano de la Pampa. El "linyera" de morral al hombro y garrote en mano, que se anuncia en las cabañas solitarias por el furioso ladrar de los perros vigilantes, y que llama a la puerta del rancho, en efecto, y se presenta en el umbral como un verdadero fantasma.

Todo cuadro necesita sus partes de sombra para que mejor se valoricen las porciones que se quiere ponderar. La riqueza del campo argentino cuenta con muchos personajes que la enaltecen; el colono de paciente labor cuotidiana, el comerciante de obstinado trabajo, el ingeniero que va tendiendo sobre la estepa los rieles del ferrocarril, el empresario que funda pueblos y levanta estaciones en la soledad. Pero la obra no se ha realizado siguiendo siempre la línea del éxito; la grandeza argentina cuenta también con manchas de sombra, con obscuros episodios de dolor, con vidas rotas y fracasadas. Junto a los dichosos protagonistas de la prosperidad que conquistaron la fortuna y pusieron en marcha briosa la nación, se rebullen en la sombra los otros personajes que sólo han conseguido tomar de la gran aventura los gajes de la miseria. El "linyera" es uno de esos personajes que en el esplendor argentino ocupan el lado obscuro. Denunciado por los ladridos de los perros, expulsado de las poblaciones, perseguido y expoliado por los comisarios rurales, caminando por la vía del ferrocarril, durmiendo a campo raso bajo el guiño de las estrellas, contratándose en trabajos impermanentes, errante y sin sostén, como una hoja con la que juega el azar del desierto, el "linyera" volvió a presentarse ante mis ojos traído por la acción de la película criolla, y al verlo sentí que se despertaban en repentina bandada todos mis recuerdos de mis años en el Plata.

Al escribir *Vida de Martín Fierro*, puse especial interés en dibujar la figura de aquel pobre gringo que en el poema de José Hernández aparece como una sombra fugitiva, tan breve en su exposición como conmovedora en su hondo patetismo. Es aquel extranjero de ojos azules que los feroces indios hacen ahogar en una laguna, y que al morir únicamente pronunciaba una palabra: barco. El barco que le condujo a América lleno de ilusiones; el barco en el que soñaba regresar a su patria perdida para esconder su fracaso americanista. Era el "linyera" típico, vagabundo de un ideal en quiebra, aporreado por todas las derrotas, náufrago sin remisión en la inmensidad de un mundo que lo rechaza con la impasible crueldad con que la naturaleza expulsa a los inadaptados... Y ahora, evocado por el genio perspicaz de Enrique Larreta, he ahí que volvía a encontrarme a mi antiguo conocido. Salí del salón del "cine" y me azotó en la calle el soplo de la otoñal ventolera madrileña. Bruscamente se dispersó el sortilegio de las canciones y las escenas pamperas que me habían permitido vivir la vida de los recuerdos en el Plata. El tráfico callejero me volvió a la realidad. La gente venía de oír el discurso político de Azaña, y en alguna esquina, los hombres acalorados iniciaban ya sus primeras y gesticulantes discusiones.

José Mª Salaverría

Madrid, 1936.

Los SERVIOS *y sus* COMPLICADAS COSTUMBRES *de* NAVIDAD

En ningún país del mundo el viejo ritual pagano del leño de Noel se conserva con tanta fidelidad como en Servia. La víspera, desde temprano, cada familia, a dos de sus hombres más vigorosos, les encomienda la tarea de abatir una encina. Estos, antes de voltear el árbol, arrójanle un puñado de trigo invocando el nombre de Noel. La encina debe caer indefectiblemente hacia oriente, en el instante preciso en que el disco del sol aparece en el horizonte. De lo contrario será el más trágico de los presagios, lo mismo si el árbol, al desplomarse, lo hace arrastrando el ramaje de otro vecino. El tronco se corta en dos o tres pedazos y una mujer rompe contra la corteza del más largo una torta hecha con harina de trigo sin levadura. Los leños, luego, se colocan al lado de la puerta de la casa.

Mientras, los niños recorren el vecindario entonando canciones a Colleda, una vieja divinidad pagana. El día transcurre entre los preparativos de la fiesta nocturna. Las mujeres preparan pasteles y los hombres se encargan de los cerdos que, asados, constituirán el principal plato de la cena de Noel.

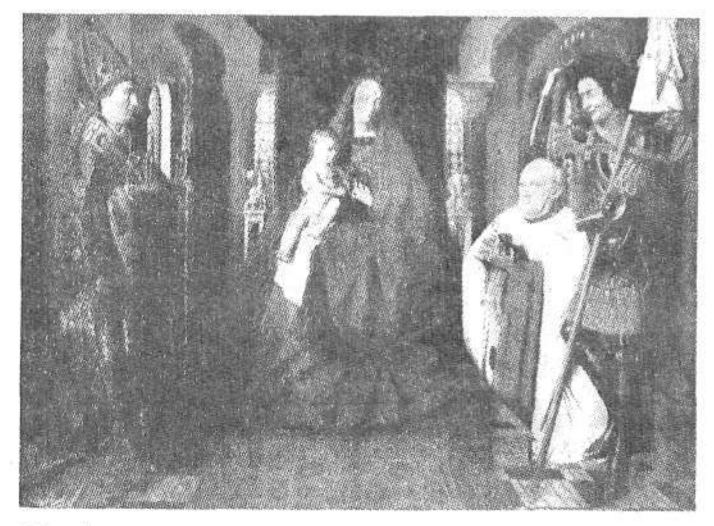


Madera de Wladislaw Skoczlas

Al ponerse el sol, la más anciana de las mujeres de la familia calza unos guantes e introduce el tronco de encina. El tronco recibe el contenido de un vaso de vino tinto, que le arroja el jefe de la familia y luego entre el abuelo y el más joven de los nietos, lo colocan en el fuego. Mientras, la madre seguida por los niños recorren varias veces la casa arrojando al suelo el contenido de varios sacos de paja e imitando el cacarear de la gallina. En un rincón enciéndese una vela de cera amarilla a la vez que se implora a Dios salud y felicidad, riqueza y fecundidad en los campos y establos.

Se cena inmediatamente; todo el mundo en cuclillas, pues está vedado utilizar sillas en estas circunstancias. No se duerme en toda la noche y se cuida que el fuego de los troncos no se extinga. Al amanecer, el padre sale a la calle y descarga su fusil o su revólver. La población parece envuelta por la guerra. De inmediato, la única preocupación radica en preparar el asado de cerdo así como una torta especial, en el interior de la cual se echa una moneda de oro y de la que se reservan trozos para los familiares ausentes.

Toda la familia, en torno del hogar, aguarda la llegada del visitante de Noel, al que se le da el nombre de "Polaznik". Por lo general es un joven de la vecindad. Ninguna otra persona, ni siquiera el sacerdote o el alcalde, puede entrar a la casa antes que este simbólico personaje. Llega muy temprano y arroja un puñado de trigo en cuanto le abren la puerta, saludando a la familia con las palabras: "¡Cristo nació!" El visitante empuña una pala y golpea el tronco de encina haciendo saltar una nube de chispas y a la vez anuncia que la familia tendrá cuantos bienes y felicidades anhela. Cambia abrazos con el amo de la casa, coloca su pie sobre el tronco y luego acepta la invitación de sentarse cerca del hogar; mas, sin que de ello se percate, alguien saca el asiento y el "Polaznik" cae al suelo. Con este golpe asienta y confirma todos sus vaticinios. Y la ceremonia concluye con la alegría general, mientras el visitante da su postrera bendición al tronco de encina casi del todo consumido.



Una de las más famosas imágenes de la Virgen y el Niño, debida al pincel maestro de Juan van Dyck, que se conserva en el Museo de Brujas.

El origen *de la* MISA *de* GALLO

En España y, por consiguiente, en nuestra América, desde época remota se ha denominado Misa de Gallo a la que se realiza en la noche que va del 24 al 25 de diciembre. La tradición quiere que, precisamente, en Nochebuena los animales domésticos conquistaran el don de la palabra y a las muchas versiones existentes habría que conceder preferente lugar a esta del gallo. El primero en anunciar el nacimiento del niño sería el gallo quien, con su canto, vendría a decir, como en la primera noche del cristianismo, allá en el portal de Belén: *Christus natus est!* Es decir: "¡Cristo nació"! Al punto, con un mugido, el buey habría preguntado dónde: *Ubi?* La pécora y la cabra habrían respuesto: *Betleem.* El cuervo habría preguntado: *Quando?* y la respuesta de la corneja debió ser: *Hac nocte.* El asno habría sido el que dió término al coloquio poniendo en marcha a toda la comitiva: *Eamus!*

El mazapán

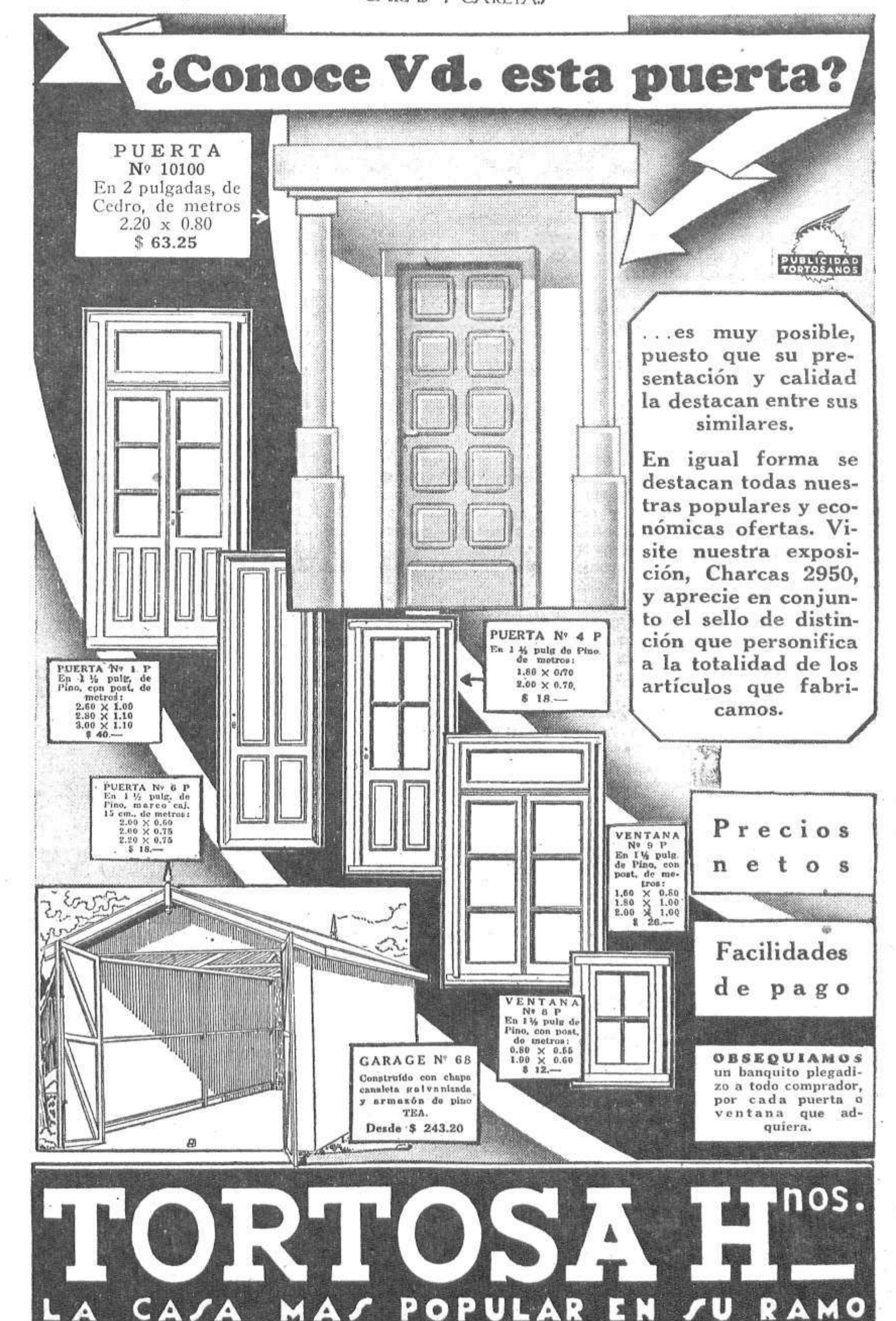
Dos especies de cosas inimitables produce la imperial Toledo: las espadas y los mazapanes. Aunque al lector no le gusten las espadas ni los mazapanes, reconocerá que unas y otras son productos de alta calidad. Una espada serpentina, flexible, amenazadora; una caja de mazapán, dentro de la que un dulce supo adoptar serpentesca conformación, resultan dos armas ofensivas, de extraordinario poder.

Ambas amenazan el vientre humano, ambas le producen satisfacciones. El esgrimista es un "gourmet", un goloso perito de las fintas y estocadas; el goloso de mazapán, un duelista que se juega el estómago en la pedana o en el terreno del honor confiteril. Y no pregunte el leyente acerca del parecido que la espada y el mazapán tienen con la sal inglesa o el aceite de ricino.

Para apreciar las maravillas golosas del mazapán hay que ser niño, muy niño; para deleitarse con el gusto de la espada se necesita hombría, muchísima hombría.

Llega la redonda caja — tan redonda como la Mesa Redonda de aquellos pares, caballerosos y espadachines; — los pibes la rodean y quieren abrirla con los ojos. El padre o la madre rompen la envoltura, quitan la tapa, y aparece la serpiente tentadora, hecha de almendras, miel y muchas cosas dulces y gratas, rodeada de frutas secas, peladillas, bombones... un poema, una delicia para el paladar. Y el cuchillo — que siempre debería ser de Toledo, — corta en pedazos el reptil dulcísimo. Los chiquilines los devoran, y, como decía el célebre aviso: "los niños piden más".

La espada toledana y el mazapán toledano recibieron su firme temple de las aguas del Tajo. Espadas y mazapanes son instrumentos ofensivos, que deben ser empleados cautelosamente. "No me saques sin razón, ni me envaines sin honor", es el lema de las espadas y debería ser el de los mazapanes.


¿Conoce Vd. esta puerta?
PUERTA
Nº 10100
En 2 pulgadas, de
Cedro, de metros
2.20 x 0.80
$ 63.25
PUBLICIDAD TORTOSANOS
...es muy posible, puesto que su presentación y calidad la destacan entre sus similares.
En igual forma se destacan todas nuestras populares y económicas ofertas. Visite nuestra exposición, Charcas 2950, y aprecie en conjunto el sello de distinción que personifica a la totalidad de los artículos que fabricamos.
PUERTA Nº 1 P
En 1 ½ pulg. de Pino, con post. de metros:
2.60 × 1.00
2.80 × 1.10
3.00 × 1.10
$ 40.—
PUERTA Nº 4 P
En 1 ½ pulg de Pino, de metros:
1.80 × 0.70
2.00 × 0.70.
$ 18.—
PUERTA Nº 6 P
En 1 ½ pulg. de Pino, marco caj. 15 cm., de metros:
2.00 × 0.60
2.00 × 0.75
2.20 × 0.75
$ 18.—
VENTANA Nº 9 P
En 1½ pulg. de Pino, con post. de metros:
1.60 × 0.80
1.80 × 1.00
2.00 × 1.00
$ 26.—
Precios netos
Facilidades de pago
VENTANA Nº 8 P
En 1½ pulg de Pino, con post, de metros:
0.80 × 0.55
1.00 × 0.60
$ 12.—
GARAGE Nº 68
Construído con chapa canaleta galvanizada y armazón de pino TEA.
Desde $ 243.20
OBSEQUIAMOS un banquito plegadizo a todo comprador, por cada puerta o ventana que adquiera.
TORTOSA Hnos.
LA CASA MAS POPULAR EN SU RAMO
Administración y Talleres:
CHICLANA, 3341.
BUENOS AIRES
Exposición y Ventas:
CHARCAS, 2950.

El HOMBRE que TODO lo TENIA

Por E. M. S. DANERO

Me parece verlo aún como estaba en aquel instante en que abrí la puerta de su habitación. Una estancia bien modesta, por cierto. El lecho de madera, el lavabo, el ropero, un espejo desvaído, la butaca y la infaltable mesita con la carpeta tanto o más raída que el trozo de camino que hacía las veces de alfombra e iba hasta la ventana. Eso sí: una amplia ventana, encortinada con una "galería" de esas que se estilaban hace cincuenta años, y desde ella, la calle, los enormes edificios de la vecindad y, todo a lo alto, una franja de cielo azul.

Era un tipo no tan raro como misterioso. Comía con una rapidez vertiginosa, no hablaba más que las cuatro palabras necesarias, deseaba a todos una buena digestión y retornaba a su habitación. En ella permanecía casi todo el día. Salía muy de vez en vez y esto, al caer la tarde o, mejor, después de la cena, tomando por las calles más solitarias y obscuras.

No tenía oficio conocido. No recibía correspondencia alguna. No alteraba aquella marcha monótona de su existencia por nada del mundo. Llevaba más de un año en la casa de pensión aquella. Siempre igual, siempre inmutable, siempre silencioso.

Su edad no debía pasar de los cuarenta y cinco años. El rostro rasurado y fresco. La calvicie definitivamente avanzada. La indumentaria, impecable, mas sin elegancia, estandarizada, grisácea. Lo más correcto dentro de la vulgaridad.

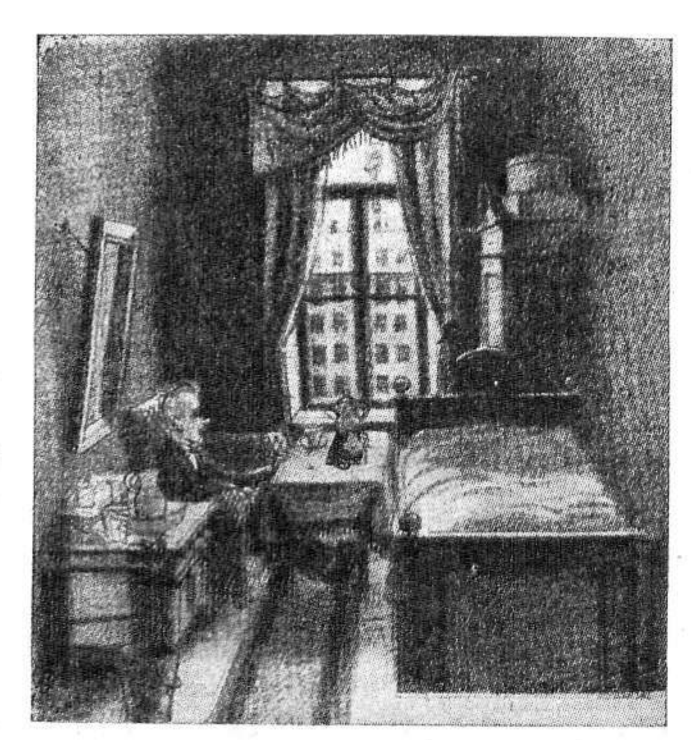
Estábamos todos intrigados por aquel personaje que ni hablaba, ni trabajaba, ni escribía, ni leía siquiera un periódico. Como se trataba de una pensión en la cual abundaba la gente de teatro, fué la comidilla de hombres y mujeres. Primeramente se llegó a hacer algunas bromas a su costa. Luego, las habladurías, las suspicacias y los chistes casi siempre de segunda mano acalláronse, cediendo el lugar a una especie de tácito y general respeto por aquel extraño compañero de morada.

Llegó la víspera de Navidad y, por encomienda general, fuí designado para invitar al extraño personaje a la cena más o menos familiar con que nos regalaríamos a medianoche. El deseo de todos, más que de tenerlo al personaje en cuestión como comensal, fué el de saber qué respondería, qué actitud adoptaría.

Y así llegué hasta la puerta de su reducida estancia. Llamé y entré sin esperar a que me hiciera pasar. Estaba así, como ahora me parece verlo. Sentado en la butaca, al costado de la ventana, apoyada la mano izquierda sobre la mesa, tranquilo, perdida la mirada en el espejo del ropero. No había en su rostro la menor huella de tristeza, ni de impaciencia, ni de angustia. Era un rostro sereno, la expresión de un espíritu del cual hubieran desaparecido todas las tempestades, acalládose todos los apetitos, ahogádose todas las concupiscencias. Había una rara tranquilidad en aquella actitud; un envidiable sosiego; una inimitable placidez. Aquel hombre no tenía nada, no debía poseer nada más que los cuatro trastos encerrados en el ropero; carecía sin duda de familia, de afectos, de vínculos; era él y sólo él en este mundo... Y, no obstante, se me antojó el hombre más feliz que he conocido. A las claras se veía que poseía el inefable tesoro del recuerdo y la casi divina potencia de evocar el pasado sin violencias, sin enconos, sin sobresaltos, sin vehemencias. Era un hombre, perfecta y definitivamente feliz. Tenía todo lo que nos faltaba a los hombres y mujeres de la pensión.

Así, murmurando una disculpa, salí de la estancia, y cuando mis camaradas me preguntaron si cenaría con nosotros, me limité a responderles:

—No. Hay que dejarlo. Está muy bien con su soledad y su silencio. Su presencia en la fiesta lo molestaría y, sobre todo, nos violentaría a nosotros.



Las felicitaciones de Navidad y Nuevo Año

ANTES era cosa común saludar a las amistades por carta o tarjeta para Navidad y Año Nuevo; esta moda está absolutamente dejada hoy, y sólo se envían saludos en estas fechas a personas que se hallan en el extranjero, pues se considera que a tan larga distancia recibirán con agrado una tarjeta de la amiga o amigo ausente. Aquello de "fulano o fulana desea a Vd. feliz Año Nuevo, o felices Pascuas", ha quedado para los carteros mensajeros y comerciantes exclusivamente. Ahora, lo elegante es mandar un obsequio cualquiera y preferentemente un ramo de flores o una caja de bombones. Las costumbres y las modas cambian, y me apresuro a dar cuenta de esto a mis lectores para que no vayan a mandar tarjeta de felicitación, sino la consabida caja de bombones. Ahora, para felicitar, como decía antes, a una amiga o amigo que se encuentra en el extranjero, bastará con decir que "a la distancia se ahondan los afectos y que las fechas que antes se pasaron en mutua compañía, deberán transcurrir hoy estando lejos los unos de los otros"... — *R.*



EL BUEN MUÉRDAGO

Había soplado largo tiempo un recio vendaval, de suerte que al amanecer, los caminos de los bosques estaban llenos de ramas secas, y a trechos, también de briznas de muérdago arrancadas a esas abultadas bolas de verdor que aparecen en otoño en la copa de los árboles sin hojas, semejantes a nidos de urraca.

Dos mujeres estaban en el bosque; vieja la una, tan vieja, que la piel resquebrajada de su rostro y de sus manos parecía tan áspera como una corteza; la otra, joven y bella, que en aquella estación nada podía dar una idea de semejante belleza, puesto que en la hierba marchita no había ya ni azucenas, cuya blancura pudiera compararse a la de su tez, ni pervincas del color de sus ojos.

La vieja hacía un haz de ramaje para su cabaña y guisar su comida.

La joven, por vía de distracción, recogía y ataba con una cinta el muérdago que había en el suelo.

Sucedió, pues, que la una entreteniéndose y la otra trabajando se encontraron en medio de la encrucijada de las Ermitas, junto a la gran piedra de arenisca y en medio de la cual se ve hoy, en el sitio de una cruz caída, un hoyo lleno siempre de agua donde los pájaros van a beber.

—¡Vaya un muérdago hermoso! —dijo la vieja.—¿Qué va usted a hacer con tanto?

La joven vaciló en contestar; porque la vieja de la leña, con sus harapos y su mirada maligna, le había parecido al pronto una bruja. Pero aquellos harapos estaban tan limpios y a aquella malicia iba visiblemente unida tanta bondad, que cobrando confianza contestó:

—Diré a usted lo que es. Yo soy Guillermina, la hija de maese Guillermo, que tiene su granja allá abajo, pasado el puente que conduce al pueblo, en el sitio en que el camino hace un recodo...

—Sí, ya sé; casa rica y bendita; todos los pobres la conocen, pues hace mucho tiempo que allí se les socorre.

—Pues bien, oiga usted, buena anciana, y puesto que se presenta la ocasión, no me niegue usted un consejo... Hay un joven a quien quiero y que me ha dado palabra de matrimonio. El me quiere también, pero veo que no tiene prisa por casarse. Por eso esta mañana al ver tanto hermoso muérdago abandonado en la hierba y en el musgo, se me ha ocurrido hacer con él un manojo, y colgarlo de nuestra puerta la noche de Navidad sin decírselo a nadie. Como mi novio debe ser de la fiesta y acompañarme a la misa del Gallo, pasaremos los dos por debajo del muédago, y ya sabe usted que cuando se pasa por debajo de él, el amor se duplica y el casamiento de

los novios se verifica dentro del año siguiente.

— Sí, ya lo sé— decía la vieja; — pero aún no estamos en Navidad, y todavía faltan más de dos meses.

— No le hace; tendré hecha mi provisión. El muérdago se conserva muchos años, y de aquí a dos meses no se marchitará.

La vieja se echó a reír.

— Sí, ese muérdago es muy hermoso, muy florido y poblado, la hoja gruesa, roja como el oro... Sólo que me parece algo joven. Sus semillas están todavía verdes... No hay que arrancar el muérdago demasiado pronto, ni coger el que el viento rompe... Para que sea bueno y dé suerte a los enamorados, debe haber pasado el invierno, soportado fríos y hielos y estar tan agarrado al árbol que al arrancarlo siga detrás la corteza... Los jóvenes no lo creen, y han de saber que hay muérdago de muérdago, como amor de amor.

Guillermina se marchó; pero la anciana seguía repitiendo, mientras se echaba a cuestas su haz de ramaje:

— El muérdago es muy hermoso; pero no importa, hay muérdago de muérdago.

Al año siguiente, la anciana leñadora y Guilermina se volvieron a encontrar en el mismo sitio, junto a la cruz caída de la encrucijada de las Ermitas, pero no en otoño, como la otra vez, sino la misma víspera de Navidad.

La hierba helada crujía bajo los pies, de los árboles pendían carámbanos de hielo, a orillas de los caminos, en los sitios donde no daba el sol, había grandes montones de nieve.

La vieja no había recogido ramaje seco aquel día, sin duda a causa de la nieve. Con su segur en la mano llevaba, no sin trabajo, un gran haz de muérdago fresco. Conoció en seguida a Guillermina y echó de ver que estaba llorando.

— ¡Vamos, hija mía, no llore más, enjugue usted esas lágrimas! Sería lástima abrasar con ellas esos hermosos ojos.

— ¡Ay, mi buena anciana! Voy a contar a usted mi pena, aunque me sirva de poco este desahogo. Recordará usted quizás que el año pasado colgué el muérdago de nuestra puerta para que al pasar por debajo de él con mi novio, su amor aumentara y se decidiera a casarse conmigo. Al pronto, todo pareció salir bien. Apenas puso el pie en el umbral, vió el muérdago y me abrazó; luego, cuando oímos la misa del Gallo y antes de sentarnos a la mesa, llamó a mi padre aparte y le pidió mi mano.

— ¿Y qué más?

— Iban a correrse las amonestaciones y estaban ya avisados los músicos para la boda. ¡Pero era demasiada suerte! Una noche desbordóse el río anegando los sembrados y las praderas, arrasando casi en totalidad nuestra granja y dejándonos arruinados y desesperados.

— ¿Y entonces?...

— Entonces, prosiguió Guillermina, enjugándose el copioso llanto con el delantal, entonces al verme pobre, mi novio no volvió, y aunque le hemos buscado por todas partes, ninguna noticia hemos tenido de él.

— Ya se lo dije a usted, niña. No hay que fiarse del muérdago reciente. ¡Y además los hombres son tan traidores!... ¿De suerte que sigue usted amándole?

— No, no.

— ¿No, y está usted llorando?

— Lloro por mi afrenta, pero no se ama a quien no nos ama.

— En ese caso — dijo la vieja riendo, — desconfiemos, Guillermina. Yo conozco cierta personita...

— ¿Cierta persona?

— Sí, aunque soy muy vieja, todavía tengo buena vista. Pues conozco cierta personita que hace ya mucho tiempo que la ama a usted, aunque jamás se ha dignado usted fijar la atención en ella, y que sigue amándola sin importarle que la riada se haya llevado su dote. El hijo del vecino — por qué se pone usted colorada? — ¿no debe asistir esta noche a la fiesta de Nochebuena en casa de usted? Pues bien: para conocer si ese corazoncito le dice a usted algo en su favor, procure usted que sea él el galán que la acompañe cuando vayan a la misa del Gallo.

— En ese caso — replicó Guillermina, — por si el corazón me dijera algo, quizás haría usted bien en venderme una ramita o dos de ese muérdago.

— Tómelas usted; son rubias como el oro, con granos a modo de rosario más claros y más blancos que perlas finas; hermoso muérdago bien limpio, bien franco, que no engaña; porque ha pasado el invierno, ha soportado fríos y heladas, y no ha caído al primer viento fuerte... Guárdese usted su dinero, Guillermina; hoy no vendo mi muérdago; pertenece al hijo del vecino, que me lo ha pedido desde ayer.

Y en tono de broma, la buena vieja murmuraba, mientras separaba dos ramitas escogidas:

— Ya se lo dije a usted, Guillermina: hay muérdago de muérdago, como hay amor de amor.

P. ARENE

DIBUJO DE ALVAREZ

La NAVIDAD *de los* POBRES

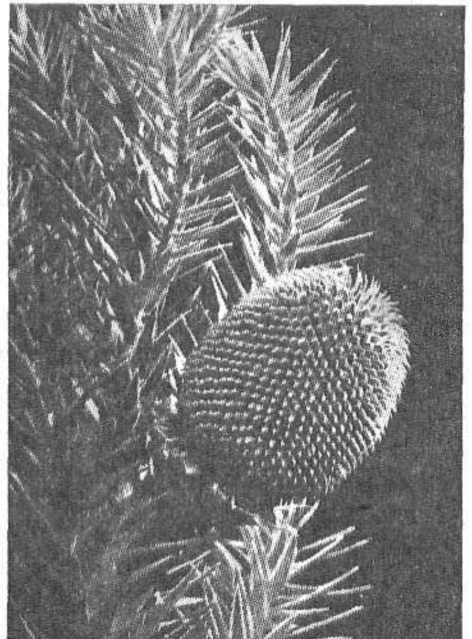
Millares suman los niños que, como el Hijo de Dios, abrieron sus ojos a la luz en la mayor pobreza, ¡y cuántos hay que ni siquiera conocen el significado augusto de la Navidad!

Pero la generosidad humana llega hasta ellos mitigando el dolor de la miseria, con la alegría de la dádiva, con la maravilla del espectáculo que significa para ellos el árbol prodigioso. Es en los asilos maternales, en los hospitales de niños, en el "solarium" de las playas aristocráticas, donde los pichoncitos desvalidos y enfermizos ven llegar hasta su lado esas madres bienhechoras como las hadas con que soñó su fantasía. La caricia del ademán, la ternura de la palabra, acompañan el regalo tan ambicionado, y los niños sin calor de hogar reciben en Navidad el destello de la luz divina, creadora de ilusión, de alegría, de conformidad...

En algunas quintas solariegas, camino de San Fernando, se mantiene la tradición, siguiendo el ejemplo de la noble abuela, que engalanara el árbol centenario con sus manos de patricia, y los pobres de muchas chacras y casuchas a la redonda, se reúnen en el parque para recibir junto a la aristocrática familia la bella lección de confraternidad humana, que la ley divina nos impone.

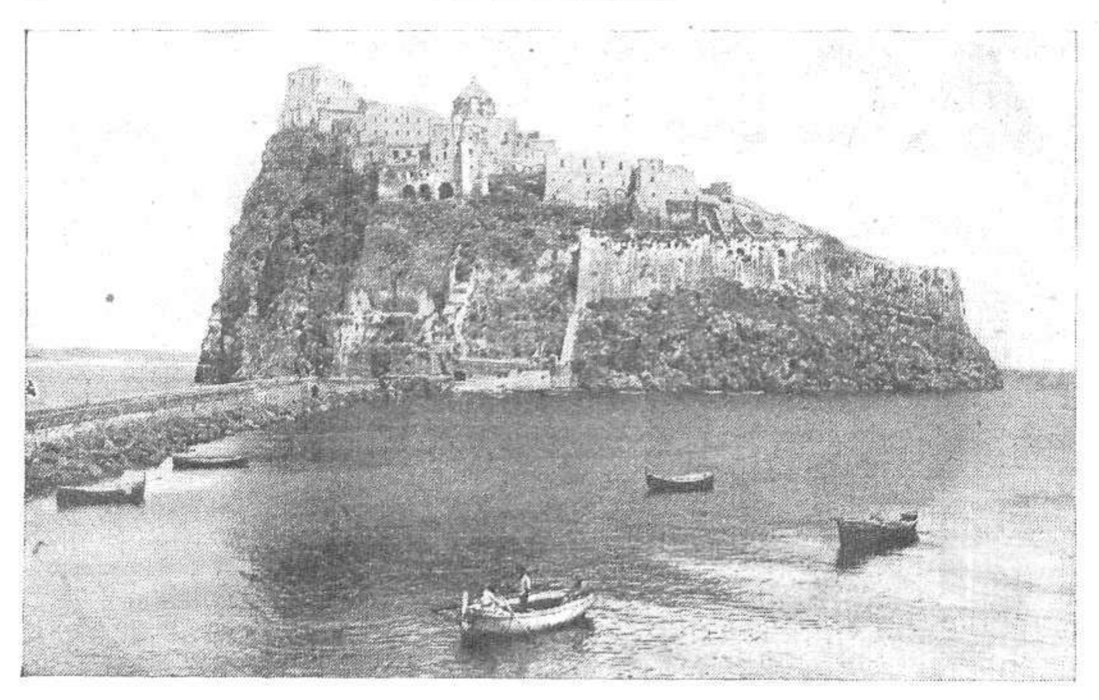
¡Benditos sean los que "saben" cumplir en esta vida el sublime mandato del Redentor del Mundo!

Para que dentro de mil años se conozcan nuestras plantas



El estróbilo del Pino de Misiones, (Araucaria brasiliana) en su primer año, según la obra de Lise von Rentzell.

Se habla frecuentemente de la longevidad de los hombres, de los animales, de las plantas... Menos se sabe de ciertas semillas susceptibles de conservar su poder germinativo durante muchos siglos. Muy poco se ha hablado, por ejemplo, de los granos de trigo encontrados en las tumbas de los faraones y que, sembrados en condiciones favorables, han podido dar origen a algunas plantas. El profesor Becquerel, del Museo de Historia Natural de París, se dedica a efectuar experimentos con semillas antiquísimas. Ha logrado demostrar que la longevidad de las semillas de mimosa es de 220 años; la de las de Leucoena, de 125 años, y de 120 la de las de Dioclea. Según este eminente investigador, la causa de la longevidad de ciertos granos reside en la deshidratación de albumen y de la plántula, así como a su permanencia en el interior de una envoltura impermeable al agua y al aire, envoltura que impide todo cambio gaseoso con la atmósfera. La prueba: si, después de haber perforado la envoltura y extraído todo rastro de agua y de gas, se conservan las semillas en el vacío seco y a la obscuridad, así como a baja temperatura, no sólo se puede acrecentar la longevidad, sino que se llega a prolongar su fuerza germinativa por muchos cientos de años. En el futuro, pues, conocerán y tendrán ejemplares vegetales de nuestra época.



ISQUIA

ISLA DEL MAL ENCANTADO

Por Arturo Lagorio

Puerto de Isquia: Los marineros desembarcan presurosos para confesar sus pecados — alambicados en los Cinco Continentes — a la Virgen de Portosalvo. Los veleros con sus trajes de contrabandistas y los velámenes historiados con símbolos sacros, entran sigilosamente en las vinerías, sedientos del líquido que en vano buscaron en otros mundos. Y aunque en el espejo del golfo parecen imposibles los ventarrones y los oleajes son mansos, los navíos mecen la conquistada ebriedad.

Pinar de Isquia: Las lavas han interrumpido el ritmo vegetal, aparecen acurrucadas como arrepentidas. Al dormirse han trasoñado el pinar.

Los pinos se empinan para ver el prodigio de las retamas floridas y el rubor de los frutos. El sol, también, es un fruto maduro.

Alambres invisibles equilibran mi primera estrella vesperal. Y estrangulan las viejas angustias.

Solo, ya respiro con bronquios de pinos, ¿mas cómo haré cuando el sol los incendie en las fogatas del crepúsculo?

Casamicciola: Olvidando la propia condición perecedera todos nos sentimos bandoleros de los bienes que la claridad forja. Cada cual cree conseguir el hilo de agua que se aleja y la nube pasajera y el picacho de la montaña. Pero resultan inasequibles como la joyería agónica del fondo marino.

Los caseríos destruídos claman estragos, a pesar de los musgos de olvido que arrebujan de compasión los cimientos. ¿No los quitan porque las columnas los defienden con sus brazos mancos? ¿O los dejan para escarmiento de cuantos quisieron ser nuevos ladrones de la luz?

Termas Arita: Los reumáticos cumplen estaciones de calvario en las estufas sulfúreas. Y en terrazas donde guiñan constelaciones de uvas pintonas juegan interminables partidos de naipes. Esos juegos intentan adormecer lo temporal: así cuando las uvas maduren cartas y achaques serán apenas un recuerdo.

Plaza de los baños: En la hondonada que resume las surgentes portentosas del Monte Epomeo, las arboledas, con desolaciones absurdas, enmudecen las sonajas de sus hojas. Entre la soledad de la siesta un herrero martilla el yunque. Su repiqueteo ritma sobre el pedal entrañable de las aguas minerales. Cuando calla, mi corazón, vacío de silencio, retumba — luciérnaga olvidada en un rincón del día.

Laco Ameno: Un regista al irse de vacaciones olvidó dar la orden de demoler este enorme "studio". Nadie desarmará este pueblito construído de contrabando con su único frente de sorpresas. Desde la marina parece

verdadero: tan real que los crepúsculos seducidos por su línea artificiosa, le regalan los colores más finos de su tintorería.

Forío: Todas las callejas conducen al Santuario del Socorro: proa cándida que busca el mar.

La felicidad del partir inminente sería absoluta para los isleños de no mediar el crucifijo traído por las olas. Sin duda para salvar a estas gentes del paganismo que sugiere este mundo báquico ha venido la imagen que habla de renunciamientos en cada parte de su cuerpo lívido. Inútilmente, confiando atenuar su visión ascética, recubren al crucificado con ex votos y flores frescas: los ojos vencidos, el semblante macerado y las extremidades sangrantes recuerdan, a estos hombres de las campiñas felices, que en otras regiones del mundo hay campos resecos y montañas peladas.

Puerto Sant'Angelo: Dos veleros resécanse al viento. Sus hombres, que son los más audaces nautas de la isla, emigraron para medirse con mares hostiles: en Mar del Plata también se llevan la palma, en nuevas odiseas incontables.

Viñedos de Isquia: El sol sabe llorar. Lo ven las vides que guardan el secreto inextinguible. Ni aún lo revelan cuando las prensas torturan los racimos hasta los lagrimones del mosto.

Ahora, entre las telarañas de los pámpanos, me espeluzno como una hoja. Ya comprendo, al fin, que los plantadores de estas viñas también en Mendoza y San Juan repiten la bíblica multiplicación en ditirambos de odres repletas; para brindar a los trabajadores dè Italia, místicos de las más bellas fatigas.

Serrara - Fontana: Desde los pueblitos gemelos a ratos se atisba el monte Epomeo, pretidigitador del cono verde. Pero para apreciar sus pruebas hay que ingerir la serie de vinos de sus diferentes laderas. Espichado de las bordalesas enclaustradas alienta a hombres y mujeres. Así, cargados como hormigas, opiados de luz, repechan las colinas, cantando.

Panza: Si en el resto de la isla verde, solamente antes del mediodía se razona, aquí, donde se produce el vino Montecorvo de 15 grados, para estar a tono es conveniente entregarse a la ebriedad colectiva. Y nos sentiremos golondrinas. O, por lo menos, una de esas cigarras que estremecen los torsos de los álamos con sus cantinelas.

Testacio: Con su caserío barroco, en vilo sobre la línea clásica de la playa Maronti, el pueblito ya tiene ahora su poeta, Ungaretti, quien cantará con palabras inéditas el idilio de la roca oscura y el mar reverberante: matrimonio al fin con sus trifulcas.

Barano: El camino hasta el mar se desliza entre canales verdeantes. Los ojos dan al paladar amarguras de mentas selváticas, pero los caseríos resultan terrones de azúcar.

Ya hace tiempo que la montaña fastidiada por la tristeza del cementerio, no suficientemente bello como los otros de la isla, mandó un aluvión que lo arrasara. Los aldeanos, no atreviéndose a rehacerlo en otros sitios — ya ocupados por viñedos y olivares, pretextando que esa tierra ya estaba bendecida lo reconstruyeron. Fué una formalidad: todos saben que es provisorio, ningún cementerio de Isquis puede ser triste.

Castillo: Los historiadores aseveran que Miguel Angel solamente se hizo presente aquí con el genio de sus cartas platónicas a Victoria Colonna. En vez, mirando la arquitectura de sus rocas pienso que el artista en una de sus noches de insomnio puso manos titánicas elevando el castillo de sus sueños imposibles. En algunas resquebrajaduras de las piedras dijérase que hay coágulos de su sangre cristalizada (yo la sentí húmeda una noche que, deslizándome por la escalera de los reyes caía al mar, salvándome en un banco de fosforescencias).

Monte Epomeo: Los hombres capaces de quebrar el misticismo de la mismísima Cartuja de Asís, desarman su incredulidad en esta capillita robada a la roca adusta. Ni siquiera el falso monje conserje, que sin esperar la Misa escancia un vino divino, con sus historias de viajes por las costas del Atlántico consigue retrotraernos a la realidad.

Los cuatro puntos cardinales al atardecer crucifican la realidad del día. Alucinado de alturas veo pasar los navíos que van a Oriente cargados de occidentalismos.

Un macho cabrío persigue por la cresta de la montaña la luna llena, hasta que le devora un pedazo. Desde lo alto el Castillo parece un caracol que huyendo de las islas como de seres antediluvianos aferra su concha en la tierra firme.

Forío ahora es una enorme mariposa con sus articulaciones de lámparas eléctricas. Casamiciola quema archipiélagos de fuegos artificiales. Ya no se sabe cuales son las luces del cielo y las de los pescadores. En la playa presentida el mar adormece los ojos del sol en colchones de sombras. Y las Sirenas aumentan las tinieblas, aguardando el bajel mítico. Confían vencer, finalmente, al navegante iluso. No lo conseguirán: Isquia es la isla del maleficio encantado.

Arturo Lagorio



ORACION de NOCHEBUENA

En esta noche de campanas de cristal y misales azules, enguirnaldada de esperanzas nuevas; en esta noche de misterio y presagios de dicha; en esta noche blanca como vellón de corderas; en esta noche bendita para los que esperan, ¡Jesús Niño!, pon tu mano sobre los labios de aquellos que olvidaron la sonrisa.

En esta noche, en la que el mar se duerme, los bosques despiertan y la brisa trae divinos fervores; en esta noche de diluvio de estrellas y ríos de luna, en la que se escuchan coro de serafines y hosannas de Caldea, noche que se vuelve jardín de floraciones de oro; en esta Nochebuena en la que los niños se transforman en ángeles, y éstos en niños, pon Jesús, tus ojos sobre el corazón de aquellos en los que la duda ha hecho presa.

En esta noche en que los luceros escriben en el cielo la palabra divina; en esta hora mágica en la que ha de realizarse la maravilla del mundo; en este instante en que los romeros florecidos perfuman en honor de la Virgen Madre, ¡Niño Jesús!, ¡Niño de los niños!, presta tu gracia a las mujeres de seno estéril.

En esta noche, de sencillos pastores; en esta noche en que los recuerdos de la infancia despiertan, ¡Aleluya! ¡Aleluya!, que Dios hecho hombre ha bajado a la tierra.

¡Oh! ¡Jesús!: Que en esta Nochebuena, los niños desamparados y huérfanos tengan a tu Madre, por madre. Así sea.

por MARIA CELINA NEYRA DE SOLA



Un hijo de Herodes habría perecido entre los Inocentes

Este famoso cuadro de Pedro Breughel, el Viejo, nos muestra la masacre de los Inocentes en un escenario que está muy lejos de ser el que la tradición cristiana recuerda. Es en invierno y bajo un espeso manto de nieve. Empero, descartado este anacronismo, tan frecuente entre los pintores de la época, la dramática escena debió ser muy parecida a la que para el emperador Rodolfo II pintó el maestro flamenco. Según San Juan Crisóstomo, la estrella se presentó ante los maravillados ojos de los Reyes Magos un año antes del nacimiento de Jesús y el cruel Herodes, que había permanecido un año en Roma, considerando que el signo anunciador se presentó cuando el Hijo de Dios ya había nacido, no anduvo muy errado en sus cálculos al decretar la muerte de todos los niños menores de un año que en Belén había. Macrobio y otro cronista, a su vez, manifiestan que el propio rey fué castigado por su perversidad, pues los soldados dieron muerte a uno de sus hijos que se hallaba en casa de su nodriza, también en Belén. Bien que tal desgracia no debió contristar mucho a quien se dedicaba de continuo a terminar con la vida de sus semejantes en general y con la de sus familiares en particular...



La zoología *de los* Evangelios

San Juan

El genial poeta del águila, inventor de bestias apocalípticas, de caballos apocalípticos y cien cosas ininteligibles, es, en cambio, muy parco en asuntos de zoología terrena. La serpiente de Moisés, los ganados de Jacob, los cinco panes del milagro (que eran de cebada) y los dos peces, las ovejas, ("Mas el que entra por la puerta, pastor es de las ovejas"); el lobo... Aquí entremezclemos el episodio de la entrada en Jerusalén: "Y halló Jesús un jumentillo, y se sentó sobre él, como está escrito: No temas, hija de Sión; he aquí tu rey, que viene sentado sobre un pollino de una asna". Al fin de la Cena: "Simón Pedro le dijo: "Señor ¿a dónde vas? Respondió Jesús: A donde yo voy no me puedes ahora seguir; mas me seguirás después. Pedro le dice: ¿Por qué no te puedo seguir ahora? Mi alma pondré por ti. Jesús le respondió: ¿Tu alma pondrás por mí? En verdad, en verdad te digo: Que no cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces." Muerto el Señor, se aparece a los once apóstoles y, sin darse a conocer les manda que tiren las redes. Ciento cincuenta y tres trajo Simón Pedro, y luego reconoció al Maestro. "Y cuando hubieron comido, dice Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Le responde: Sí, Señor; Tú sabes que te amo. Le dice: apacienta mis corderos." Le hizo otras dos veces más la misma pregunta. A la tercera e invariable contestación, le dijo: "Apacienta mis ovejas". Como se ve, San Juan pierde poco tiempo con las bestias: el Cordero Divino embarga casi toda aquella narración poética. San Juan era al mismo tiempo apóstol, y fué quien mayores testimonios dió de divinidad. "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por El, y nada de lo que fué hecho se hizo sin El. En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres". Estas palabras constituyen un firme cimiento del dogma de la Trinidad. En esto de la zoología evangélica hay sitio para las golondrinas que aliviaron de espinas la cabeza de Jesús.



La cuna de Jesús

BELEN

BELÉN está a diez kilómetros de Jaffa. Hay un buen camino asfaltado que llega hasta el lugar donde, según los eruditos, estuvo la gruta del Nacimiento. San Jerónimo, San Eusebio y San Justino dicen que era ésta una cavidad artificial en la roca, donde se guardaban los camellos y caballerías de la posada en que se detuvo José con la Virgen. En ella no había lugar libre, y por eso los santos viajeros debieron guarecerse en el establo, donde nació Jesús.

En uno de los muros ciclópeos de la plaza de Belén ábrese la estrecha y baja entrada a la Basílica del Nacimiento, que se encuentran entre los muros de tres conventos: uno católico, otro griego y un armenio. Sus reducidas proporciones han sido impuestas por el temor a los asaltos de los musulmanes. Del interior del templo, sólo una pequeña parte pertenece a los cristianos. Empinadas escaleras conducen a las grutas del Nacimiento, que están iluminadas por decenas de lámparas de oro y plata cuyas luces se reflejan en los muros cubiertos de mármol y selenita. Hay en el suelo una estrella escarlata rodeada por esta inscripción: *"Hic de Virgene Maria Jesus Christus natus est"*. En la gruta más pequeña estuvo el pesebre, que fué enviado a Roma en el siglo XII. Desde tiempos remotos, estas grutas de Belén son teatro de riñas y ataques sangrientos. Los monjes griegos no hacen más que intrigar, discutir y hasta fomentar asaltos que han costado la pérdida y destrucción de obras de arte valiosas. En el presente, lo mismo que antes hicieron los turcos, las autoridades inglesas tienen montada una guardia especial en aquellos santos lugares.


CINZANO
Vermouth



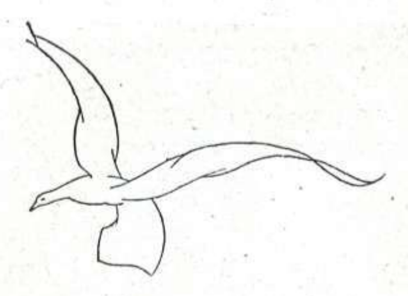
AÑO XXXVIII 21. DE DICIEMBRE DE 1935 NUM. 1942

La Navidad *del* niño pobre *que* sueña *con* juguetes imposibles



Carita de éxtasis donde asoma, tempranamente, una ilusión lejana, un sueño de posesión que [illegible] primera amargura.

La Navidad a bordo



HORA en que el sol busca su lecho en el horizonte. Las aguas tranquilas del puerto tienen reflejos de metal. Una canción hiende el aire quieto. Y sobre cubierta, los hombres que desafían los mares festejan humildemente la más grande de las fiestas cristianas, mientras la imagen del Salvador, como promesa de protección, brilla en la mente sencilla de cada uno de los héroes del mar . . .

—¿Qué pasa, que noto algo raro en los rostros, en las calles, en las vidrieras? ¡Ah! ¡Hoy es 24 de diciembre! Esta noche es Nochebuena, la fiesta familiar por excelencia, la más familiar de todas las fiestas del año. Preparémonos a celebrarla dignamente...

—Por lo pronto, ya he comprado el árbol, que es lo más importante. Una Navidad sin árbol es tan inconcebible como una empanada sin relleno. No es muy grande que digamos, pero debo darme por bien servido. Acá, en Buenos Aires, encontrar un árbol en pie, aunque sea de Navidad, es un verdadero milagro. Se ve que por esta calle no ha pasado ninguna cuadrilla municipal...

La Navidad del HOMBRE

—... al restaurante donde almuerzo y como diariamente, desde que no tengo familia. Soy un hombre solo, uno de los tantos miles de hombres que viven solos en Buenos Aires. ¿Cuántos, igual que yo, comerán esta noche en el restaurante? ¿Cuántos, igual que yo, comerán esta noche solitarios y silenciosos, escuchando el bullicio que llega de las casas vecinas? Pero no nos pongamos tristes y hagamos lo que se puede...

—Mucha gente sentirá envidia al verme cruzar las calles. "¡He ahí un hombre feliz!", dirán. "Cargado de juguetes, de dulces y de alegría se dirige a su casa, a celebrar la Navidad con los suyos". Pero yo no me dirijo a mi casa. Me dirijo...



—*Pensemos ahora en los comestibles. La Nochebuena es noche buena para todos, menos para el estómago. Pregúntese a cualquier médico, y contestará que las mejores pulmonías se pescan en agosto y las mejores indigestiones el 24 de diciembre. Pero en Navidad es obligatorio indigestarse. Entremos aquí a buscar con qué.*

—El pan dulce me lo están envolviendo. La botella de sidra ya la tengo en la mano. Esta torta no vendría mal. Ni otra botella tampoco, de esas que veo en el estante. Total, un día de vida es vida...

NAVIDAD SOLO

—*Mozo, sirva otra copa... He comido demasiado y hay que ayudar la digestión. El pavo estuvo excelente. En cuanto al pan dulce, me resultó un pan dulce de sorpresa: tiene más pasas de lo que yo esperaba. Pero, ¿qué hace usted? ¿Por qué sirve tan poco? No, hombre: llene la copa. Llene la copa y vaya abriendo la segunda botella. Esta noche es Nochebuena y mañana es Navidad...*



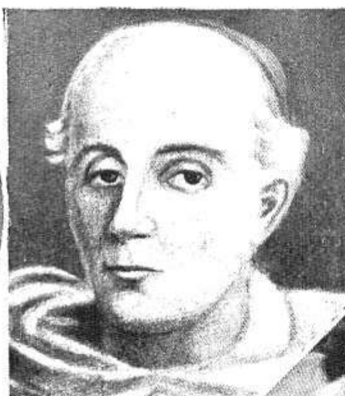
—Ahora encendamos las clásicas luces de Bengala y recorramos la habitación haciéndoles describir amplios círculos, como hacíamos cuando éramos chicos, en la vereda. Después... ¡a la cama! Esto es, para los hombres solos, lo más triste de la Nochebuena: no tener quién nos dé las buenas noches...

Los sermones *de* Navidad tuvieron grandes predicadores

Mamerto Esquiú.



Cayetano José Rodríguez.



Justo Santa María de Oro.



Félix Elortondo y Palacios.

Marcolino Benavente.





Federico Aneiros.

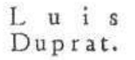


Domingo César.

José A. Luque.



Modesto Beco.



Luis Duprat.

Antonio Rasore.



La MISA *del* GALLO *de* ANTAÑO



Una misa del gallo en tiempos de Rosas. El sacerdote celebra los oficios divinos mientras a un costado del altar se exhibe un retrato del tirano.

(Oleo del pintor argentino Martín Boneo, ejecutado en la época, que se conserva en el Museo Histórico Nacional).

Un rincón de la Catedral durante la misa del gallo. Las damas porteñas acudían a la iglesia acompañadas de su chinita, y como no solían usarse bancos, se llevaban cojines y alfombras para sentarse en el suelo.

(Dibujo del pintor Palliere. Año 1860).



Una verdadera obra de arte. Nacimiento donado al Museo de Luján por doña Sara Berraondo de Ogando Pirán.

"El misterio", antiguo Nacimiento colonial que se conserva en el altar de San Martín de Tours, en la Catedral metropolitana.

Pesebre instalado en la catedral de Río Cuarto, Córdoba.

El divino pesebre que se exhibe en la parroquia de San José, en Gualeguaychú.

El clásico Nacimiento en la Argentina



El nacimiento que se presenta todos los años en la iglesia del Azul.

Un detalle del Nacimiento de Ogando Pirán, en el Museo de Luján, considerado el más grande del mundo, y que se exhibe durante todo el año.

Pesebre que se conserva en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, en Santa Fe.

Detalle del Nacimiento que se ofrece desde años atrás en la iglesia de la ciudad de Rufino.

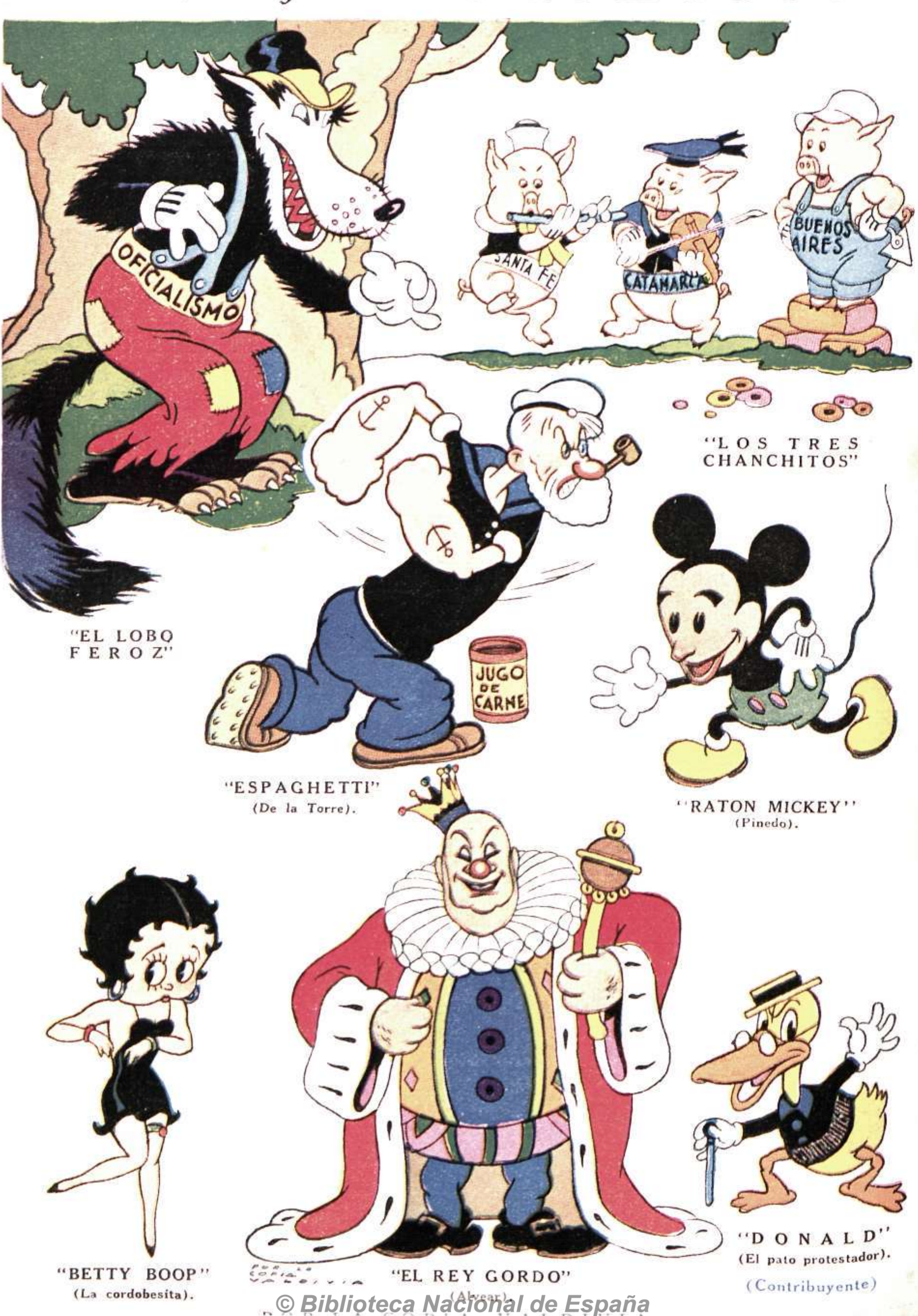

Una tradición porteña:
las castañas de Navidad
Una tradición profundamente arraigada en nuestro pueblo es la de las clásicas comilonas de castañas asadas, a la que se rinde gran culto con la llegada de las festividades de Navidad, Año Nuevo y Reyes. Sea cual fuere el motivo de su preferencia, es el caso que en nuestro país, y especialmente en Buenos Aires, en el término de un mes y medio se consume la fantástica cantidad de un millón quinientos mil kilogramos de castañas.



La NAVIDAD del NIÑO RICO en el HOGAR FELIZ

Juguetes nuevos, relucientes de color, que brillan en las manitos puras que aun no saben de las amarguras de la vida.

Dibujos animados



"EL LOBO FEROZ"

"LOS TRES CHANCHITOS"

"ESPAGHETTI" (De la Torre).

"RATON MICKEY" (Pinedo).

"BETTY BOOP" (La cordobesita).

"EL REY GORDO" (Alvear).

"DONALD" (El pato protestador). (Contribuyente)



—¿Te acuer
viejita, de nue
tiempos mozos?
—¡Fuímos fel
—Y lo somos;
que el tiempo n
podido hurtarno
una migaja de nu
vieja felicidad.

—¿Me lo juras?
—Te lo juro. Nada ni nadie podrá trans-

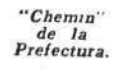
—¡Feliz Navidad, Cachito!
—¡Que los Reyes Magos te tra
la muñeca que te gusta!





El ajuste de la administración actual no perdona detalle: hoy, ni los juguetes de Papá Noel se libran de pagar derechos...

—¿Fallará el padrón?... ¿Me estarán metiendo la mula?



"Chemin" de la Prefectura.

AVENTURAS de NOEL en la ARGENTINA

REPORTAJE EN DOS ESCENAS

ESCENA 1ª

—¡Hola!... ¿Quién habla?

— Papá Noel.

—¡Qué cuenta, amigo!

—Que me han metido preso.

—¿Por?

—Por la patente del auto. Dicen que es de mula.

—¿Quiere que lo "pidamos"?

—No; quiero que me hagan un reportaje.

—¡Súbito!

—Gudbay.

....

ESCENA 2ª

—Comenzaré por decirte que... ¡que aquí no vuelvo ni atado!

—¿...?

—¡Hay que ver las que me han hecho! De entrada, no más, me allanaron el bote y me exigieron no sé qué papeles. Protesté.

"—¿Qué papeles, si yo no garpo derechos?

"—¡Ah! ¿No pagás derechos? Está bien. Acompañame.

"El jefe de la oficina adonde me condujo, me trató como a perro.

"—¡Hay que pagar, amigo! Pagar o ir en cana.

"—Pero si nunca me han cobrado nada. ¡Si esto lo traigo para regalar!

"—No nos interesa: garpe y apele.

"Garpé, ¿qué más remedio? Garpé pesos 241.114.50 de derechos, que, como las golondrinas ¡ay! no volverán.

"Arreglado este lío, me largué a recorrer la Provincia. Allí me sorprendieron las elecciones del 6 de noviembre. En un pueblo del oeste fuí detenido a la entrada y llevado a la comisaría en "averiguación de antecedentes".

"—¿Qué sos vos?... ¿Demócrata o radicha?

"—Apolítico.

"—¡Macanudo! Pasá la libreta.

"—No tengo. Soy extranjero.

"—¡Ah! ¿Habías sido gringo? ¿Cómo te llamás?

"—Noel.

"—¡Ah; entonces podés vo-

tar!... ¡Cabo de guardia!... A ver, rápido: una libreta de Martín Noel para este ciudadano.

"El mismo cabo de guardia me acompañó hasta la urna, y en ella deposité el sobre que me habían entregado en la comisaría poco antes de salir.

"Con semejante ejemplo no tiene nada de raro que, al finalizar el reparto de juguetes en Mercedes, me encontrase con que me faltaban 50 regalos o me sobraban 50 chicos. ¡Misterios de los padrones criollos!

"Y para que nada me faltara, ayer, en Avellaneda, tres muchachos jóvenes, revólver en mano, me asaltaron, dejándome con lo puesto y la catramina. Lo puesto lo conservo. En cuanto a la catramina..."

El viejo Noel no pudo terminar la frase. Un agente acababa de notificarle que por andar disfrazado sin permiso le correspondía un mes de arresto, a cumplir en Villa Devoto. Y allá fué, el pobre, acompañado por su excomúnica. ¡Como para que piense en volver!...

GERUNDIO CUELLO



Sufragio libre, voto secreto y cuarto oscuro...

—¡Arriba las manos! Semos de la Coperadora polesial.



NAVIDAD DE AYER Y DE HOY

OTRA EPOCA, OTRO RITMO

En las PILETAS *de la* ofensiva contra NATACION comienza *el* calor *del* verano

La proximidad del verano tiene la virtud de dar una vida extraordinaria a las piletas de natación. Los cuerpos, abrumados por la canícula, hallan en las frescas aguas un seguro remedio contra el enemigo común: el calor.



Esta elocuente foto, tomada al borde de una pileta, podría servir de símbolo moderno del calor. Mallas ajustadas ciñendo formas juveniles, grandes sombreros protectores y sonrisas optimistas en todos los rostros: he aquí la síntesis de una pileta de hoy.

Bajo los ardientes rayos del sol implacable es una gloria contemplar el agua clara y pensar que una rápida zambullida soluciona el asunto, aunque sea por el momento. Así discurre esta rubia ondina del traje a cuadros.

Dónde Nochebuena



Los grandes hoteles se ven invadidos por una multitud elegante. Una mesa bien servida, vinos exquisitos, champaña obligatorio. Jazz. Baile. Risas, alegría, bullicio . . .

La pequeña burguesía busca las mesitas instaladas, al fresco, en las veredas de la avenida de Mayo. Helados, refrescos con pajita, rubia cerveza o solitario café . . .

Para los que no pueden darse el lujo de un paseo en auto se han inventado las "bañaderas", especie de "alfombra maravillosa", a un peso por barba y con derecho a mirar para todos los lados . . .

En el patio, lleno de plantas y enredaderas, el "pater familias" reúne a los suyos alrededor de la mesa tendida con más aparato que de costumbre. ¡Nochebuena completamente familiar!

celebran la los porteños



La clientela habitual de los cabarets tiene que soportar, a la llegada de Navidad, la invasión de los "calaveras una vez por año", que dejan, sin embargo, sus buenos pesos a los "cabareteros".

Y llegamos a una de las más modestas maneras de combatir la canícula de Nochebuena: la plaza, la democrática plaza, que es un espacio donde los ladrillos no pueden "sentar plaza".

Tener un auto propio y sacar a pasear la familia es un modo de saber cómo se divierten los demás durante la noche clásica, haciendo "estaciones" en diversos sitios de esparcimiento.

Frente al inmenso Plata los porteños hemos llevado la avenida de Mayo, con sus mesitas y sus confiterias. ¡Tanta agua gratis como tenemos, y preferimos la cerveza y la sidra en Nochebuena!

Breve historia de un

"Cada comarca en la tierra
tiene un rasgo prominente".

Si el cronista fuese payador, agregaría:

"Y cada fiesta importante,
sus héroes correspondientes".

Y no lo diría forzado por la rima, sino porque es exacto. La fiesta de Navidad, por ejemplo, tiene una punta de personajes de carne y hueso que durante todo el año viven en la más prosaica de las mediocridades y que, al acercarse el 24 de diciembre, pasan a primer plano. Tal, por ejemplo, el panadero, que es el que vende nada menos que el pan dulce. Y el almacenero, que es el que vende la sidra. Y el juguetero, que es el que vende el árbol y las velitas. ¡Ah! Y el rotisero, que es el que vende los pavos al horno.

— ¿Cuántos panes dulces vendió esta Navidad? — preguntan los periodistas al panadero. Y el panadero responde después de pensar un rato, consciente de que está dando una de las cifras estadísticas más importantes del momento:

— He vendido quinientos ochenta y nueve panes dulces a la milanesa y doscientos veintitrés a la genovesa.

El rotisero, a su vez, sale fotografiado.

— Creo que la crisis está en declinación — opina. — Este año vendí catorce pavos al horno más que la Navidad pasada.

Catorce pavos más en esta rotisería. Ocho en aquella otra. Veinte en ese hotel de lujo. Treinta en aquel restaurante elegante. ¿Cuántos pavos se comen en Navidad, en Buenos Aires? ¿Cuántos en la República? ¿Cuántos en el mundo entero? Miles, cientos de miles... Sin embargo, los que opinan son los panaderos, los confiteros y los rotiseros. Pero a nadie se le ha ocurrido ponerse a pensar qué es lo que opinaría el pavo, a pesar de que el pavo de Navidad es uno de los personajes que tienen más derecho al formular declaraciones sobre el 24 de diciembre.

¿Qué pensarán de la Navidad los pavos de Navidad? Es con esta pregunta dando vueltas en el magín que el cronista se va quedando dormido.

EL PAVO DE NAVIDAD NO MUERE EN DICIEMBRE

Pavos. Pavos cebados. Pavos desplumados. Pavos rellenos. Pavos al horno. Pavos en todas las formas y de todos los tamaños pasan por el sueño del cronista, entrecruzando y superponiendo las alas, los picos, las colas y las pechugas en una alucinante confusión de imágenes simultáneas, como ocurre en las películas policiales cuando el asesino recuerda el crimen. Pavos en todas las formas imaginables, menos vivitos y coleando. ¿Por qué están todos muertos? ¿Por qué no aparece ni uno solo vivo? De pronto, un enorme pavo al horno se desprende de la pesadilla y avanza resueltamente. Llega al primer plano, se detiene y comienza a hablar con voz de ultratumba:

— ¿Por qué es difícil encontrar pavos vivos en esta época? Porque el verano nos sienta mal. Enflaquecemos mucho con el calor. Ahora no hay un solo pavo gordo. En invierno, en cambio, llegamos a pesar diez y doce kilos. De ahí que nos maten durante los meses de junio, julio y agosto y nos metan en los frigoríficos, en espera de las fiestas de fin de año. Este detalle no lo conoce la gente

1

Manos delicadas, alimento especial, atentos cuidados. A los pavos de Navidad comienzan a cebarlos en junio. ¡Seis meses de buena vida, hasta diciembre!, pensará el lector. No es así. A los pavos de Navidad los matan en invierno, que es cuando están más gordos, después de cebarlos durante tres o cuatro semanas.

2

Limpios, bien peladitos, mostrando la piel sonrosada que escondían bajo las plumas recias, los pavos van a parar a las cámaras frigoríficas, en espera de las fiestas de fin de año.

Pavo de Navidad



¡Listo el pavo! En el comedor de la casa de familia o en la vidriera de los comercios, la inevitable presencia del pavo bastaría para recordarnos que estamos en Navidad, si no bastara con la presencia — mucho más inevitable, todavía — del pan dulce. Pero esto no quiere decir que el pan dulce sea más popular. Téngase en cuenta la crisis, compárense los precios de ambos artículos, y se convendrá en que el pavo gana por puntos.

SEMEJANZA ENTRE EL PAVO Y EL AUTOMOVIL

— Se habrán dado buena vida durante los últimos meses.

— ¿Se refiere usted a las famosas castañas y pasas que dan de comer a los pavos de Navidad? ¡No me haga reír! Eso únicamente les pasa a los pavos de los cuentos y de las casas de familia. A nosotros, los pavos "comerciales", nos ceban aumentándonos la ración de maíz durante las tres o cuatro últimas semanas. Total, no importa tanto que tengamos buen gusto como que pesemos mucho. Y acá permítame una observación. Entre nosotros y los automóviles existe una gran semejanza. ¿Sabe cuál es? A ellos y a nosotros nos venden enteros y por repuestos. Porque yo considero que vender un ala de pavo es lo mismo que vender un guardabarro de automóvil. Ahora bien: si usted decidiera armar un auto comprando las piezas por separado, le saldría tres veces más caro. Lo mismo pasa con nosotros. Sin embargo, hay gente que comete la pavada de comprar pavos por piezas, en lugar de juntarse entre varios y comprar uno entero. ¡Ah, los hombres!

— ¿Qué opina usted de ellos?

Después de tres, cuatro y hasta cinco meses de permanencia en las cámaras herméticas, a varios grados bajo cero, los pavos son sometidos a un violento cambio de temperatura: de la cámara frigorífica pasan al horno. ¡Después nos quejamos de que el clima de Buenos Aires es inestable!

LOS HOMBRES SON MEJORES CUANDO SON PEORES

— Que son mejores cuando son peores. ¿Le sorprende? Es muy sencillo: en los primeros tiempos de mi vida yo observé que los hombres comían abundantemente, sin ocuparse de nosotros. Casi se puede decir que teníamos que arreglarnos solos. Ni siquiera nos miraban. Unicamente se ocupaban de ellos. Aquel brutal egoísmo me impresionó mucho y pensé que los hombres eran malos. Pero un día noté con sorpresa que comenzaban a tratarme con cariño y a darme de comer abundantemente. Las lágrimas del agradecimiento asomaron a mis ojos y me avergoncé de haber pensado mal de ellos. ¡Pavo de mí! Resulta que me estaban cebando. ¡Me estaban cebando para matarme y venderme por kilos! Que es lo que generalmente ocurre cada vez que el hombre se pone amable. Por eso digo que son mejores cuando son peores. Y no solamente con los pavos, sino también entre ellos mismos. Malo es cuando el hombre es malo, en efecto. Pero es mucho peor cuando se muestra bondadoso. Entonces es casi seguro que está cebando a alguien.

Y la visión desapareció a tiempo que en los oídos del cronista quedaba el eco de este versito:

Si a alguien engañar ansia,
en gastos no se desmande.
Cuando la ración es grande
hasta el pavo desconfía.

DIEGO ESQUINA

COPLA DE NAVIDAD

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va,
y no volveremos más.



—La Nochebuena se viene, pero nosotros vinimos

Caricatura de





UNA SEGURIDAD MAS

para los SEÑORES HACENDADOS

Confirmando la prédica en la que desde hace tantos años estamos empeñados, el Ministerio de Agricultura se ha expedido respecto a la VACUNA PAUL en la forma satisfactoria, como Ud. puede observar por el facsímil que reproducimos.

También aquí se reproducen sólo algunas cartas con valiosas opiniones sobre la VACUNA PAUL contra el carbunclo, emitidas por importantes estancieros del país que la emplean hace muchos años, con el mejor resultado para sus haciendas; pero Ud. verá cuántos cientos de establecimientos la usan con la mayor eficacia, en un folleto que tenemos a su disposición. Solicítelo.

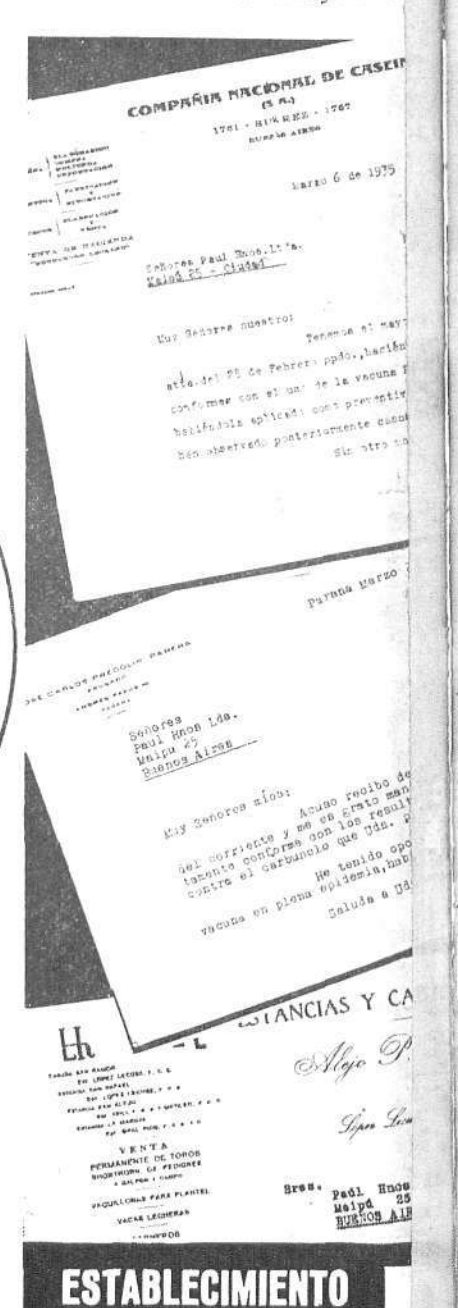
Lo que demuestra un fragmento del informe de la Dirección de Ganadería del Ministerio de Agricultura respecto a la Vacuna Paul.



jos, los cuales se retiran sin novedad a los 12 días, en que se da por terminada la experiencia. De lo cual resulta que la vacuna única "Paul" para bovinos, de la serie 829, en este nuevo control facultativo ha demostrado ser pura, poseer virulencia para lauchas y cobayos en la proporción de 100 y 70 %, respectivamente, y ser inocua para conejos...

Vacuna "Paul" (única lanares):

se deduce que la muestra de vacuna "Paul" única lanares, de la serie 94, en esta medición de actividad demostró ser virulenta en 100 % en lauchas blancas e inocua para cobayos y conejos... De estas pruebas se desprende que las muestras de ambos tipos de vacuna controlados, han respondido en forma satisfactoria en lo que atañe a pureza y virulencia de animales de laboratorio...



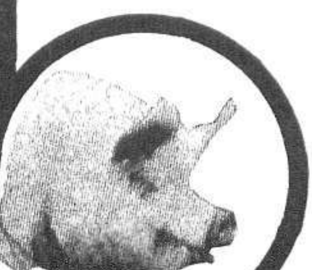
IMPORTANTE

CONTRA LA MANCHA (Carbunclo Sintomático) EMPLEE LA VACUNA PAUL, UNA SOLA APLICACION CONFIERE INMUNIZACION INMEDIATA Y DEFINITIVA.

La dosis. . . . . $ 0.10

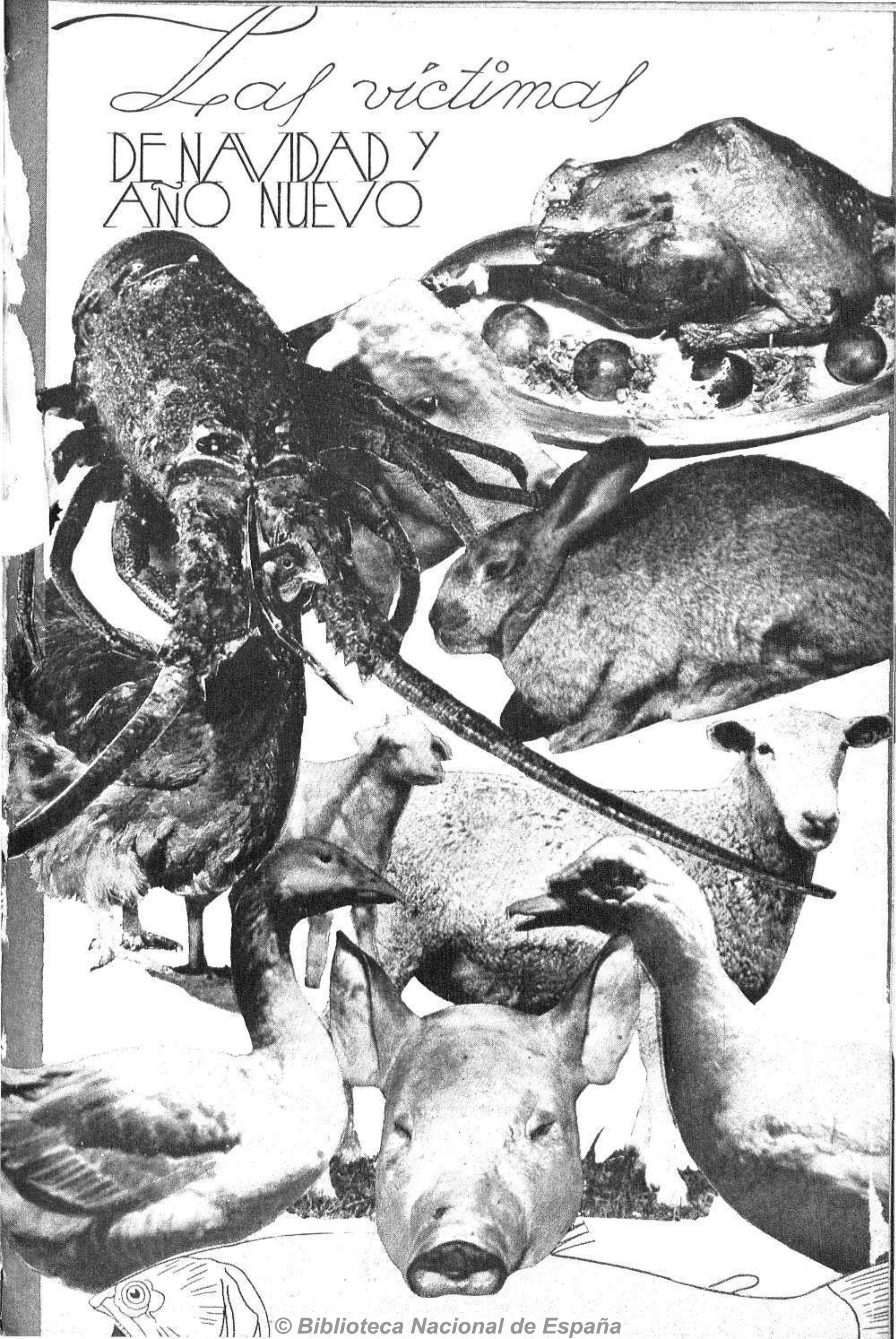
Seguimos enviando GRATIS

La Vacuna Paul, única contra el carbunclo, cobrando tan sólo los gastos de envases, embalajes, fletes, etc., estimados en $ 3.- para cada 100 dosis, que remitimos en seguida o cuando Ud. lo indique.

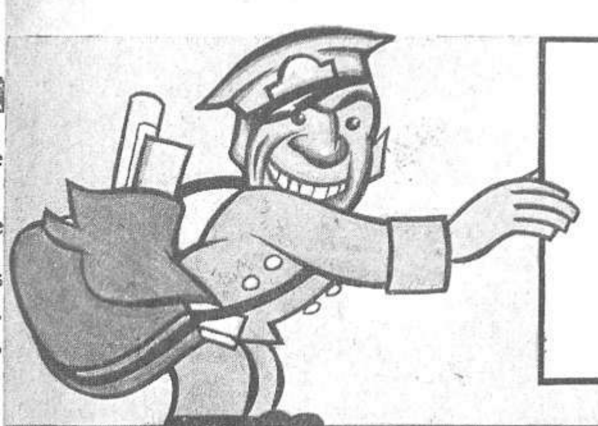


ESTABLECIMIENTO VETERINARIO PAUL HERMANOS LDTA.

MAIPU 25 · U.T. 38-0083 · BS. AIRES ·


Las víctimas
DE NAVIDAD Y
AÑO NUEVO

El AÑO VIEJO CUBRE *su*



Con todo el corazón le vaticino
un año de ventura y de bonanza,
y no porque me crea un adivino
voy a "tirar las cartas", ¡qué esperanza!

EL CARTERO



Buenos augurios le ofrezco,
y una propina merezco
sin rezongos ni desaires,
pues lo dejo a usted más "fresco"
que un voto de Buenos Aires.

EL HIELERO



Le deseo en este día
felicidad y alegría,
y, aunque esté negro, recuerde
que soy un negro que "pierde"
más que un negro de Etiopía.

EL CARBONERO



Que el año que se avecina
le dé a usted ventura y paz,
y también que gane más
(pa ligar mejor propina).

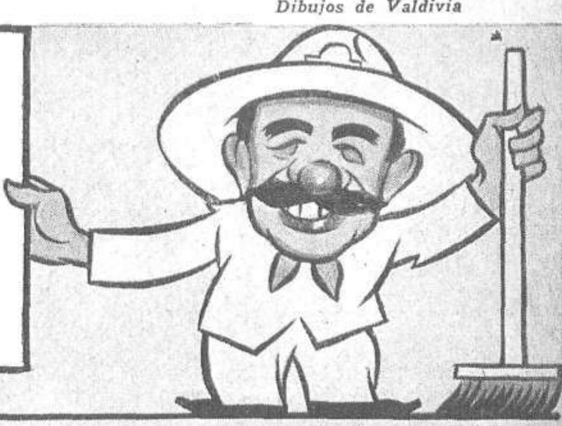
EL MENSAJERO

RETIRADA *a* "SABLAZOS"

Dibujos de Valdivia

Si al adoquin saco brillo
y a limpiar todo me atrevo,
permita que en Año Nuevo
le limpie un poco el bolsillo.

EL BARRENDERO



Le auguro felicidad,
y mi intención no es mezquina,
pues soy puntual de verdad
y gasto amabilidad
igual que la gente fina...
cuando llega Navidad
y palpito la propina.

EL EMPLEADO DE LA LIMPIEZA
(Por mal nombre, Basurero)



Con mi augurio, sin tardar,
esta vez lo reverencio,
y si se llega a portar,
le juro que he de guardar
un minuto de silencio.

EL PELUQUERO



Como te admiro y te quiero,
te vengo a felicitar,
y no te pido dinero
porque no pienso pechar...
hasta el año venidero.

EL PECHADOR
31 de diciembre de 1935.





Fiebre de Compras

En los días últimos del año, las calles porteñas adquieren una fisonomía característica: todo el mundo lleva sus paquetes conteniendo las compras para las fiestas, realizadas con febrilidad.

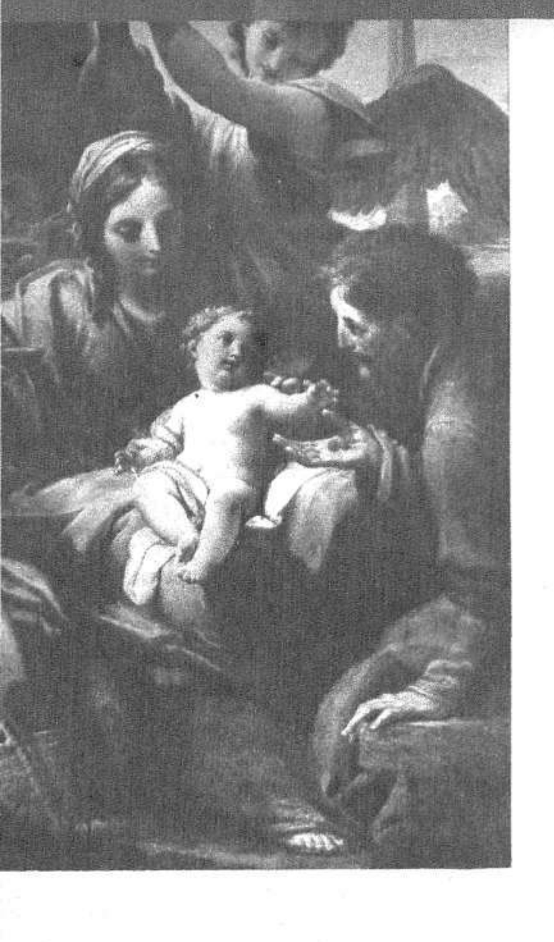
Romance de Navidad



En el amplio patio de la casona familiar, bajo la mirada de los padres, los novios cruzan las primeras frases baladíes.

Discretamente, los ancianos dejan su sitio a la juventud, porque la noche que se *aproxima se presta* para la "soledad de dos en compañía"...

Efluvios mágicos de luna, rumores de la fronda vecina. frases ardientes. apasionadas. y la promesa inmortal de un amor eterno...





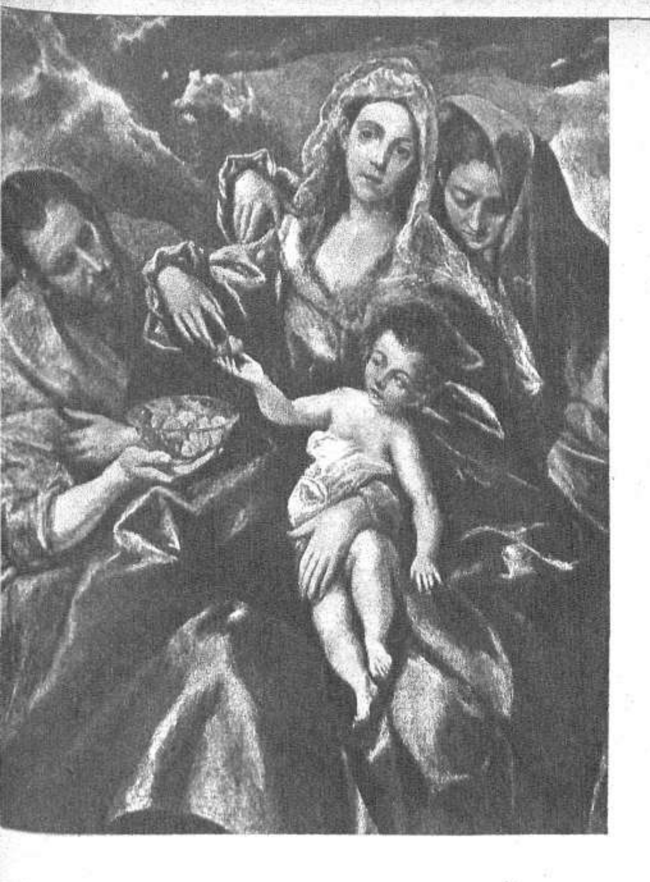
"La Sagrada Familia", poı Carlos Maratta Pinacoteca del Vaticano.

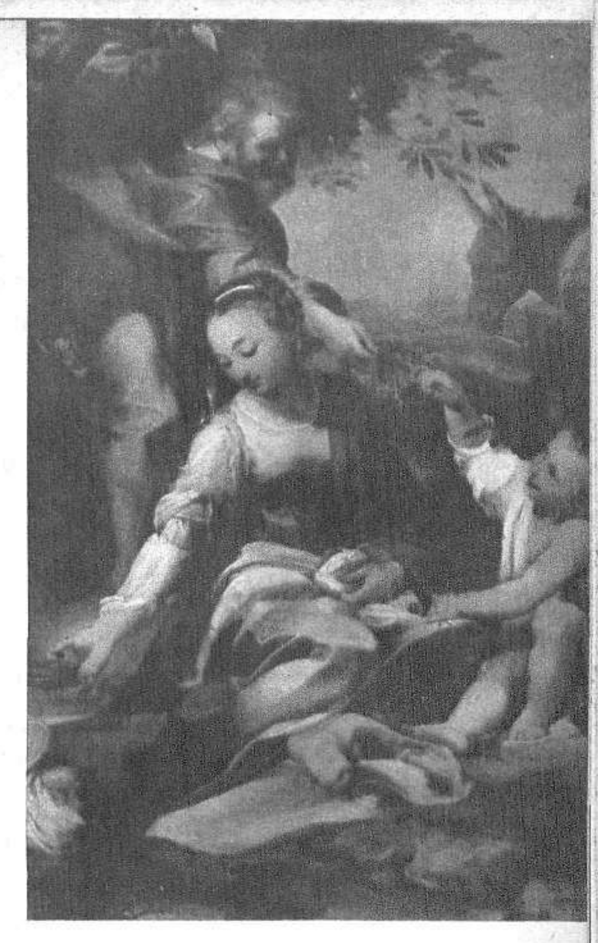
"Jesús y San Juan Bautista", por Fray Bartolomeo Della Porta. Galería Nacional (Palacio Corsini), Roma.

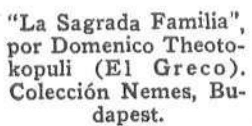
La infancia de *de* cuadros



"Madonna del burgomaestre Meyer", por Hans Holbein. Castillo de Darmstadt.







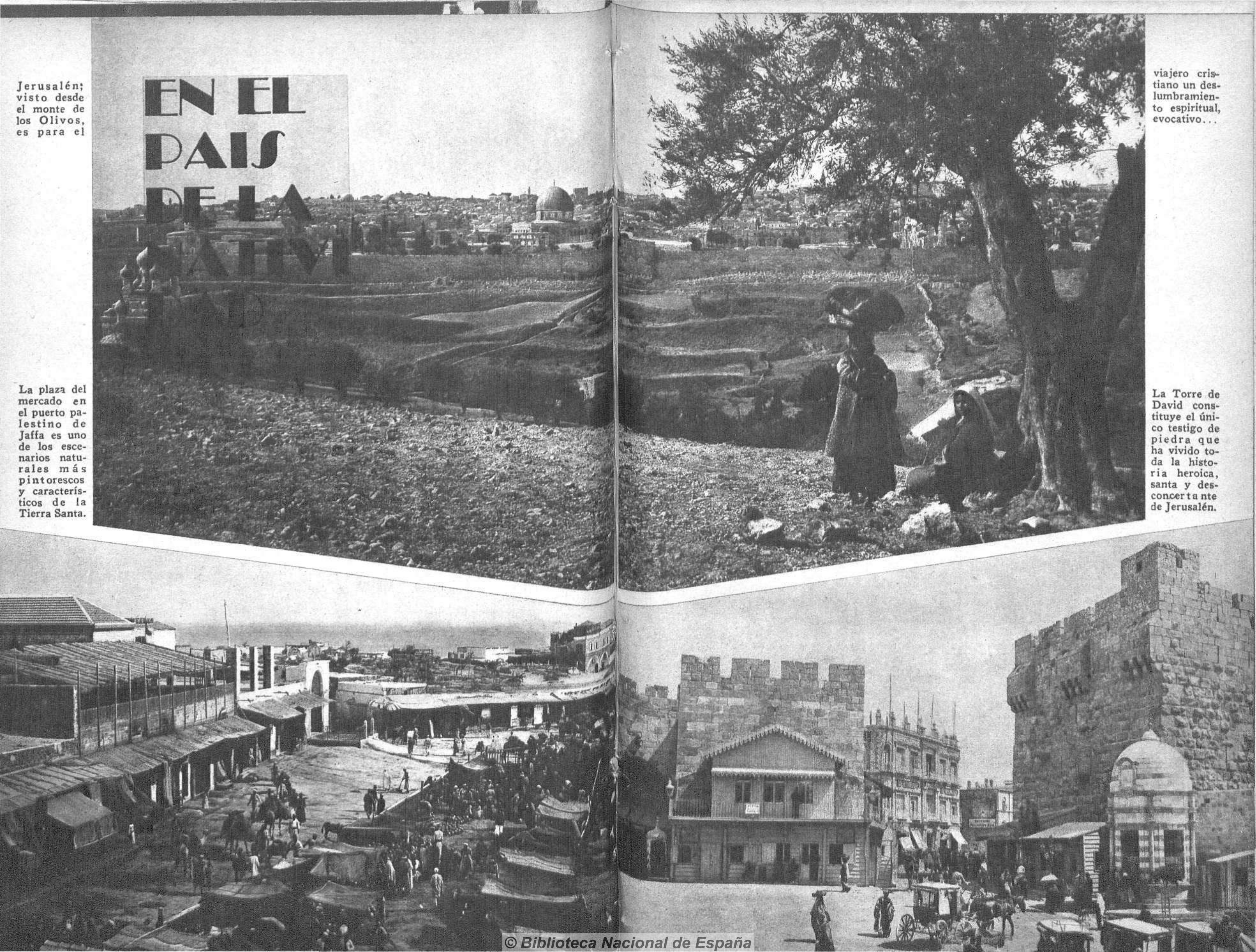
"La Sagrada Familia", por Domenico Theotokopuli (El Greco). Colección Nemes, Budapest.

"La huída a Egipto", por Baroccio. Pinacoteca del Vaticano.

Jesús a través *los* famosos

"La Virgen llamada de Foligno", por Rafael. Pinacoteca del Vaticano.

EN EL PAIS DE LA NATIVIDAD



Jerusalén; visto desde el monte de los Olivos, es para el viajero cristiano un deslumbramiento espiritual, evocativo...

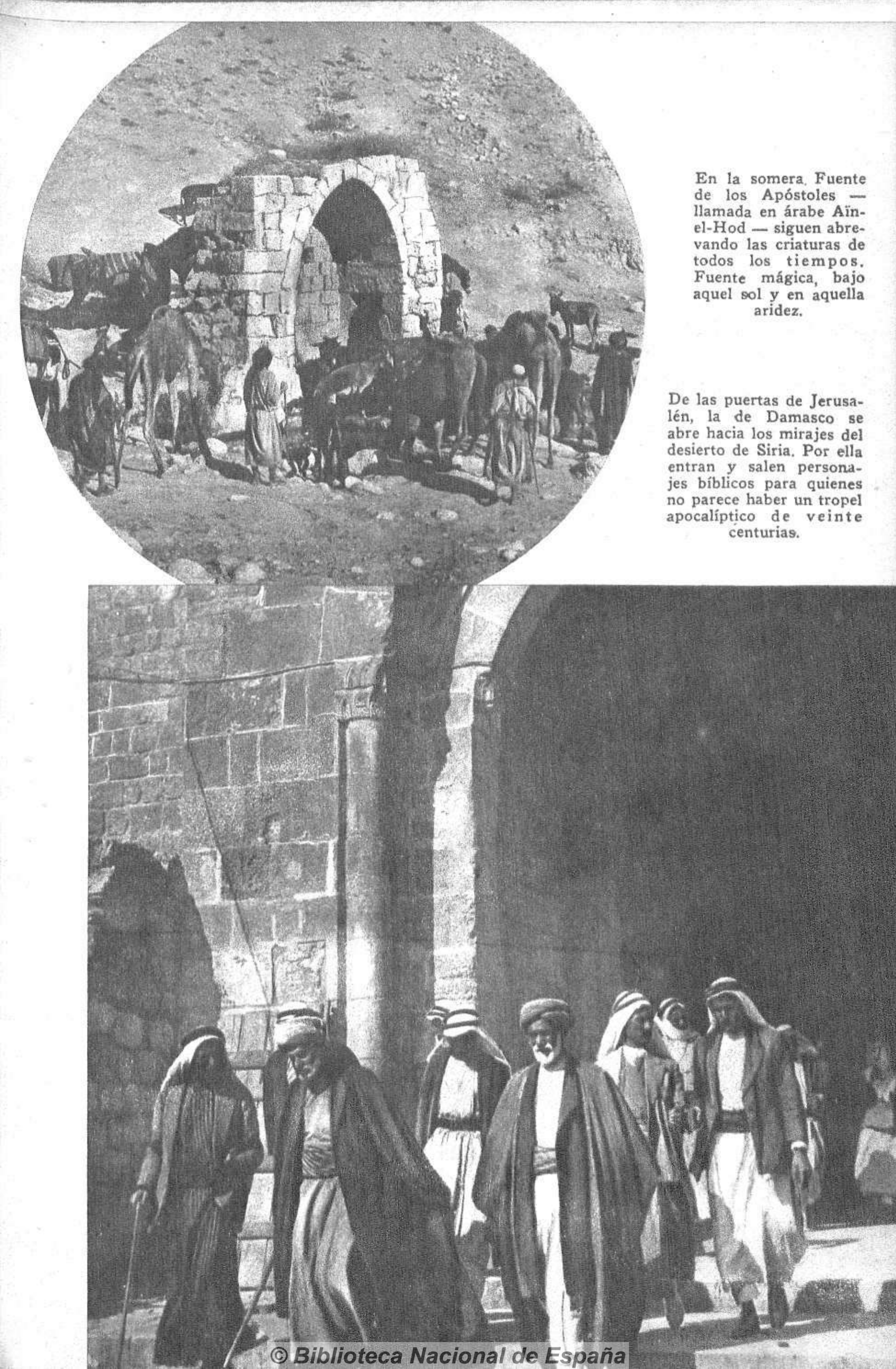
La plaza del mercado en el puerto palestino de Jaffa es uno de los escenarios naturales más pintorescos y característicos de la Tierra Santa.

La Torre de David constituye el único testigo de piedra que ha vivido toda la historia heroica, santa y desconcertante de Jerusalén.

En la Gruta de la Natividad, en el sitio exacto donde nació el Redentor, converge la fe cristiana del mundo, al brillo de las lámparas votivas.



Una familia cristiana argentino árabe descubierta en Siria por nuestro redactor Carrasquilla - Mallarino, siendo cónsul general argentino allí el escritor Alberto Candioti.



En la somera Fuente de los Apóstoles — llamada en árabe Aïn-el-Hod — siguen abrevando las criaturas de todos los tiempos. Fuente mágica, bajo aquel sol y en aquella aridez.

De las puertas de Jerusalén, la de Damasco se abre hacia los mirajes del desierto de Siria. Por ella entran y salen personajes bíblicos para quienes no parece haber un tropel apocalíptico de veinte centurias.

La Navidad de los ricos

ELÉVASE en el jardín de ensueño enorme y hermoso pino, erguido en su altiva belleza. Ha sido elegido como el simbólico abeto de Navidad, porque ese día celebran los ricos el nacimiento de Jesús. Brillan como lagrimas, entrelazados en su tronco, los hilos metalicos; chucherías y golosinas cuelgan de las ramas con el rico colorido de las frutas de los trópicos. Irradia su luz, coronando el arbol, la magnífica estrella, cayendo hasta su base las guirnaldas de foquillos luminosos que parpadean en la noche. Nueces y avellanas de plata y oro; frutas fantásticas como las del árbol de Aladino, engalanan cada rama, y junto a la primorosa muñeca Lenzi, que espera confiada las demostraciones de cariño, un gato de sedoso pelo fija sus pupilas inmóviles de mujer moderna confiando en conquistar los mejores mimos. Soldados orgullosos con todos los pertrechos de la guerra moderna, con sus cascos deslumbradores, enseñarán a los niños ricos las ambiciones de conquista. Sin embargo, la ley de Dios repetirá por los siglos de los siglos el "No matarás". Grandes y chicos celebran en gozosa armonía la fiesta legendaria, mientras las parejas se unen a los acordes de la orquesta. El hilillo luminoso de la ilusión y del cariño acerca los corazones. Piececitos diminutos se empinan afanosamente para conquistar el juguete que deslumbra sus pupilas, mientras los brazos amorosos de la madre alcanzan el trompo multicolor, la canastilla colmada de golosinas... ¡Así celebran los ricos el nacimiento de Jesús! En muchos hogares se interpreta cristianamente la jubilosa tradición, haciendo llegar esa alegría aromada de ternura hasta los que no supieron nunca de felicidad ni ventura... y esa alegría intima que desborda de los corazones es como una plegaria que sube a Dios al celebrar la Natividad del Hijo Divino. Que no dejen de celebrarla nunca los favorecidos de la suerte: si florecen vidas nuevas en su hogar, para ellos; y si no alcanzaron esa dicha, prodiguen su generosidad sobre los hijos ajenos, que, privados de esas alegrías, anhelan disfrutar del misterio divino de la Navidad.

¡Benditos sean los que "saben" celebrar el advenimiento gozoso de la Nochebuena!



Para los niños



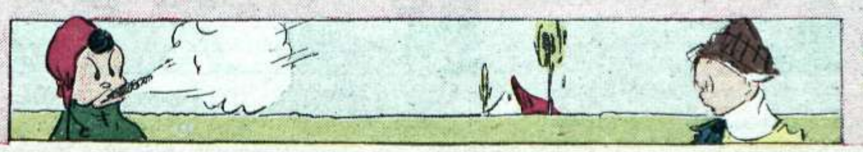
NAVIDAD

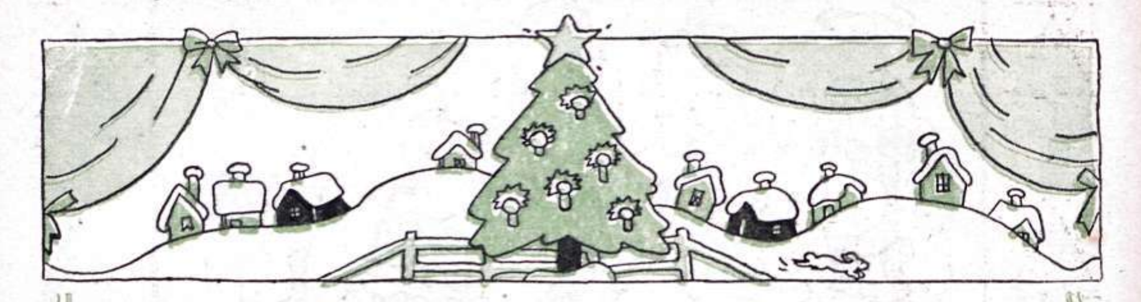
Es la fiesta de la alegría y de la concordia. Nos recuerda el nacimiento del más grande y bueno de los hombres, el que, siendo un Dios todopoderoso, quiso revestirse de mortal ropaje para enseñarles a los hombres a ser bondadosos, caritativos, cordiales y tolerantes. Vino al mundo en un mísero pesebre y fué el más sabio de los mortales. Para El todos los hombres fueron y son iguales; para las faltas de todos siempre hubo en sus labios una palabra de indulgencia. Los que pecaron fueron por El perdonados. Y en los niños tuvo y tiene sus más fieles amigos; los quiso siempre a su lado; eternamente los bendijo con su divina mano.

EN EL DIA DE HOY



Muchacho: procura realizar algún pequeño acto humanitario. Hoy te rodea la felicidad; tienes regalos; disfrutas del cariño de los tuyos. Lo mereces. Disfrútalo. Mas recuerda que también hay otros niños que nada poseen. No los olvides. Santifica, pues, este día de hoy y, a cualquiera de ellos, al que esté más próximo a ti, proporciónale una pequeña satisfacción, regálale algo, alégrale aunque sólo sea con una palabra sincera y cordial.





En la cena de Nochebuena



—¿Cuántos años tienes? — pregunta a Carlitos el señor de visita.

—Cinco.

—¡Caramba! ¡Ya cinco años!

—¡Vaya! Antes tenía cuatro.

Carlitos, que tiene a su lado a una tía, le pregunta:

—Tía... ¿Cuánto pagarías por mí?

—Mucho, más de un millón de pesos.

—Ya que valgo tanto, ¿no me podrías dar veinte centavos a cuenta?



—¿Cómo, Carlitos, te has podido comer todo el pastel sin pensar en tu hermanita?

—No es verdad. Por el contrario, he estado toda la cena pensando en ella, temeroso de que se presentara antes de que hubiese acabado de comerlo.

Anita rompe a llorar con verdadera desesperación, porque la mamá le ha negado una repetición de los helados. Cinco minutos después se calla y entonces le dice:

—¿Has acabado ya?

—No, mamita... Estoy descansando.

Y vuelve a llorar.

A la hora del chocolate, el pibe se embadurna horriblemente las manos y la cara, y la madre le dice:

—¡Carlitos! ¿Te parece bien lo que has hecho? ¿Qué harías, si yo me pusiera como tú?

—Pues, lo mismo que yo, mamita. Te chuparías los dedos.



La madre le sirve una raja de melón a Carlitos y le recomienda que de ella le dé una parte a Juancito, el hermano menor. Al rato, al ver el plato de su hijo completamente vacío, le pregunta si cumplió el encargo.

—Sí, mamá, le di la mejor parte.

—¿Cuál?

—Las semillas, para que las siembre y tenga muchos melones.



—Oye, papito; yo quiero casarme.

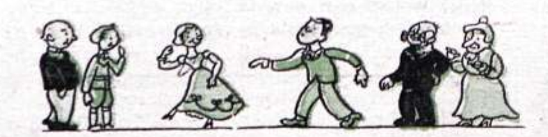
—¿Casarte, Carlitos? ¿Y con quién?

—Con abuelita, que regala siempre cosas lindas.

—¡Pero, muchacho! ¿Cómo quieres casarte con mi madre?

—¿Y, acaso, no te has casado tú con la mía?





El que nació en Belén

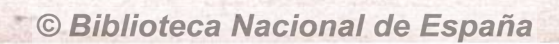
Nació hace mucho tiempo, cerca de dos mil años, en un lugar denominado Belén. José era el nombre de su padre, y María el de su madre. Y como estuviera la población atestada de gentes, José y María no hallaron alojamiento en ninguna posada ni en ninguna casa. Por este motivo debieron albergarse en un establo, y fué allí, precisamente, donde nació el Niño Jesús. Por carecer de cuna, la madre colocó a su precioso hijo en un pesebre. Y en él quedó dormido el Niño Dios.

En lo que duró su sueño, llegaron unos pastores a los cuales un ángel había dicho: "Cerca de aquí, en un portal de Belén, ha nacido un niño que es hijo de Dios. Enseñará a los hombres el verdadero amor; los inducirá a no disputar entre sí; y su nombre será Jesús Cristo". Dicho aquello les ordenó que fueran a adorarlo y así lo hicieron los humildes hombres del campo, ofrendándole, también, modestos pero significativos presentes.

En Jerusalén moraba el rey Herodes, que era cruel y perverso. Hasta las gradas de su trono llegaron tres sabios personajes, conocidos por los Tres Reyes Magos. Aquellos hombres venidos de Oriente, le dijeron: "Una estrella nos ha conducido hasta aquí anunciándonos que ha nacido un niño al que todos los hombres amarán y que será Rey de los Reyes". Herodes, que era celoso, les preguntó si sabían en qué palacio había nacido aquel rey, a lo cual los Reyes Magos repusieron: "Lo ignoramos. Sólo confiamos en esta estrella, pues siempre ha marchado delante señalándonos la ruta, y ahora ha quedado inmóvil en el cielo." Entonces Herodes les suplicó que vieran hacia dónde iba y que en cuanto hallaran al Niño Dios se lo comunicaran para ir él también a rendirle homenaje.

La estrella tornó a guiar a los Reyes Magos, hasta que se detuvo sobre la humilde choza donde dormía el Niño Dios. Los tres extranjeros penetraron y vieron al Niño en los brazos de María, su madre. Lo adoraron y le ofrendaron innumerables presentes. Después, cumplida su misión, marcháronse, pero cuidándose bien de no indicar el lugar al perverso Herodes cuyas siniestras intenciones presto barruntaron.

Y no debían hallarse muy distantes los Tres Reyes Magos cuando un ángel se apareció a José y María, ordenándoles que inmediatamente se pusieran en marcha hacia Egipto, pues Herodes, furioso al no poder dar con la cuna del Niño Dios, había ordenado la muerte de todos los que hubieran nacido en aquellos días. Fueron éstos los Santos Inocentes, sacrificados a la saña del perverso rey. Mientras, María, José y el Niño Jesús, camino a Egipto y guiados por el ángel, obedecían las palabras de Dios.

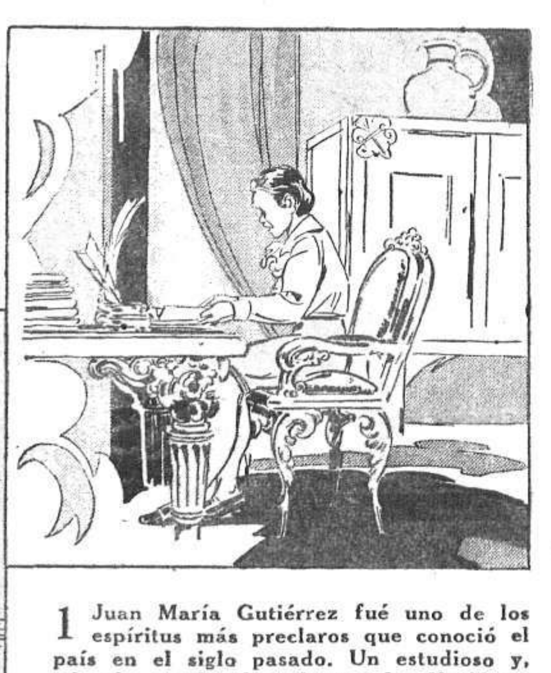


DE OTROS TIEMPOS

Por **BATLLE**



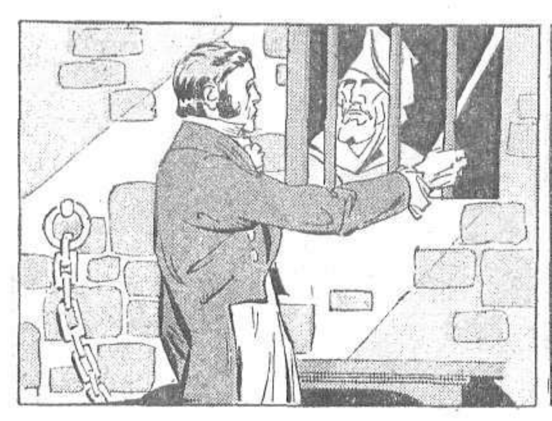




1 Juan María Gutiérrez fué uno de los espíritus más preclaros que conoció el país en el siglo pasado. Un estudioso y, además, un hombre de estado. Nació en Buenos Aires el 6 de mayo de 1809.

2 A temprana edad se contrajo al estudio de las letras y las ciencias. En el año 1837, conjuntamente con Alberdi, Vicente Fidel López, Echeverría y otros, fundó la Asociación de Mayo, de la que fué vice-presidente.

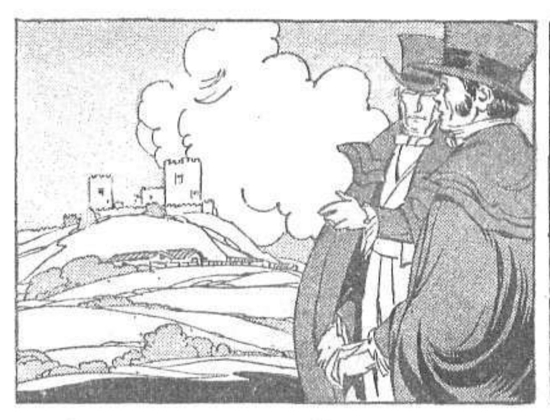




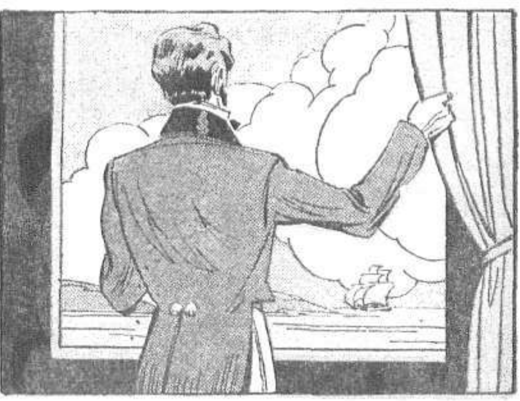
3 Durante la época de Rosas no se toleraba la libre expresión de las ideas y, como tantos otros, debió sufrir prisión, hasta que logró huir con rumbo a Montevideo.



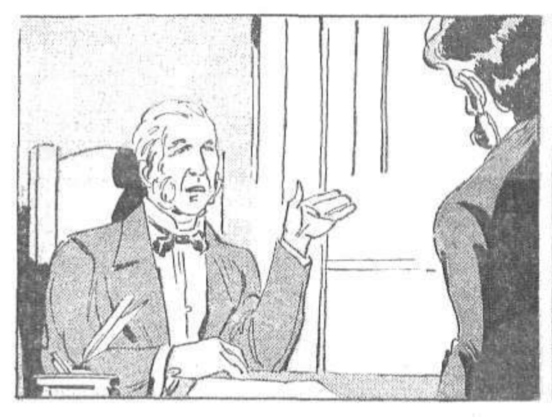
4 En la ciudad uruguaya actuó en el periodismo liberal y en 1841 fué también laureado en un brillante certamen poético realizado entre los expatriados.



5 Acompañado por su dilecto amigo Alberdi, en abril de 1843, realizó un viaje a Europa. Italia, Francia, España. El culto escritor saturó su espíritu de belleza y de emoción en la visita a los lugares históricos del viejo mundo.



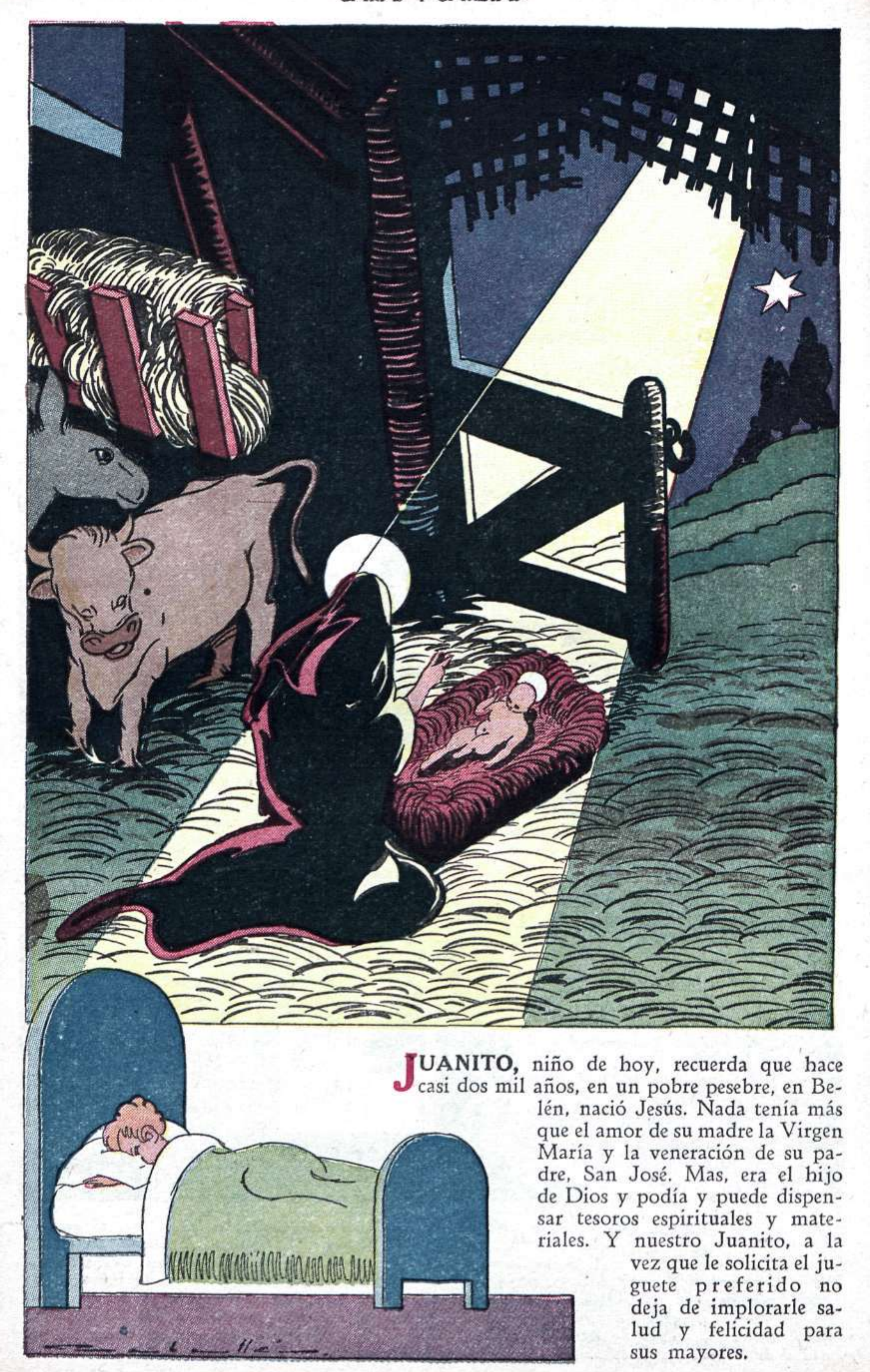
6 De regreso a las tierras de América, detúvose cierto tiempo en la costa del Pacífico. En Lima y Guayaquil, según propia confesión, pasó los mejores días de su existencia. Escribió hermosas páginas y estrechó amistad con las figuras más prestigiosas.



7 En Chile, segunda patria de los argentinos arrojados por la tiranía rosista, en 1852, se enteró de la noticia de Caseros. Presto regresó a Buenos Aires, participando activamente en la política. Fué ministro de López en el 1852 y, dos años después, ocupó la cartera de Relaciones Exteriores de la Confederación.



8 Luego se dedicó a las letras, al periodismo, a la ciencia... Ocupó en 1861 el rectorado de la Universidad. Organizó la instrucción pública. Y el 26 de febrero de 1878, a raíz de las emociones sufridas en las ceremonias patrióticas del Centenario de San Martín, falleció este argentino ejemplar.



JUANITO, niño de hoy, recuerda que hace casi dos mil años, en un pobre pesebre, en Belén, nació Jesús. Nada tenía más que el amor de su madre la Virgen María y la veneración de su padre, San José. Mas, era el hijo de Dios y podía y puede dispensar tesoros espirituales y materiales. Y nuestro Juanito, a la vez que le solicita el juguete preferido no deja de implorarle salud y felicidad para sus mayores.

DE TODO

LA VIEJA NOCHEBUENA PORTEÑA

Antaño, mientras los padres seguían la tradicional misa de Gallo, los niños porteños divertíanse con los Nacimientos. En cada templo había uno y la rivalidad entre unos y otros era grande. Desde mucho antes de los festejos de fin año, los muchachos seguían las alternativas de su formación y sabian cuáles eran los que presentarían novedades y figuras más impresionantes. En las casas también se preparaban Nacimientos y junto a ellos se disponían los regalos para los niños, pues la costumbre de los árboles de Navidad es muy posterior y de procedencia extranjera.

En el barrio del "Mondongo", o sea en las parroquias de Montserrat y de la Concepción, los negros hacían solemnes procesiones, acompañando las imágenes con cirios y candombes. No faltaban los soldados y, naturalmente, las grescas formidables por rivalidades de cofradía.

Así como los ingleses tienen su "plum pudinng", los porteños tenían sus tortas de Navidad.

Después de mediados del siglo pasado, las mejores fiestas se realizaban en el Pabellón Argentino y en el Parque Lezama. Eran las famosas quermeses porteñas, que luego se han transformado en una cosa que poco hubiera agradado a nuestros abuelos. Había tómbolas y, sobre todo, fuegos artificiales. Otras veces, particularmente en la vieja quinta de Lezama, al pie de las barrancas, los bomberos efectuaban espectaculares simulacros de incendio.

Y el día de Navidad amanecía, sin que por ello, algunos, aun un poco alegres, pasaran por las solitarias calles porteñas, cantando aquello de "Esta noche es Nochebuena... Y mañana Navidad..."

EL NACIMIENTO DE LUJAN

En el Museo Colonial Histórico de Luján se conserva el famoso Nacimiento que perteneció a la familia Pirán. Es uno de los más notables y completos; por su tamaño no tiene igual en el mundo. Aparece en él la ciudad de Jerusalén, con centenares de casas, murallas y edificios históricos. El palacio de Herodes y el Templo, fuentes y fortificaciones. Hay más de seiscientas figuras y son tallas de elevado mérito artístico, muchas de ellas fueron ejecutadas por Mateo Alonso. El costo de este Nacimiento asciende a setenta mil pesos. Es una obra de arte y paciencia digna de ser conocida.



Pese a que en el país existe una industria organizada, las cifras que corresponden a la importación de juguetes extranjeros son elevadas. Así, en 1934, entraron 13.114 muñecas de celuloide; 120.798 de biscuit y otras materias; 361.192 juguetes mecánicos, trenes y demás, por valor de $ 548.493. Juguetes varios, de goma y celuloide se importaron más de setenta mil piezas por valor de 280.000 pesos aproximadamente. Pero, como decimos, la industria argentina los produce en cantidad y lo que se importa no sería más que una ínfima parte de lo que nuestros pibes "consumen".

EL PIRATA ROJO

1 Ocho días llevaban Gertrudis y la señora Wyllys en "El Delfín"... Este barco, que no era otro que el del Pirata Rojo, habíalas recogido conjuntamente con Wilder, después del naufragio del "Real Carolina", en el que salieran de Rodheisland, en el mes de diciembre de 1759. Allí, muy cerca, en el puente, lo tenían a Wilder, segundo del barco y que se había enamorado perdidamente de la joven, olvidando un poco el compromiso contraído con el Pirata Rojo desde que éste le ofreciera un puesto conjuntamente con sus amigos Fid y Escipión. Las damas ignoraban la categoría de nave en que habían echado pie. Creían hallarse en una del rey de Inglaterra... Mientras, sobre la cubierta, bien armados, los piratas montaban guardia. Los oficiales aparecían de vez en cuando y dando muestras de muy singular respeto, se aproximaban al jefe, de cuya cintura pendía un soberbio yatagán, además de las amartilladas pistolas y un estilete.



2 Gertrudis hizo una seña a Wilder y éste, aunque aparentando frialdad, se aproximó a ellas. Había hablado muy poco con ellas desde su llegada a la nave pirata.

3 —Señor teniente — díjole la señora Wyllys, —ya veo que estamos preparados para la fiesta... No podía esperarse otra cosa, tratándose de una nave como ésta.

de James Fenimore Cooper. POR LINAGE



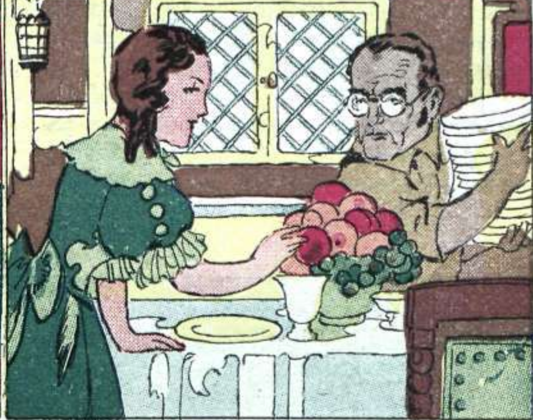
4 — ¿Qué fiesta, señora? — murmuró, pero, recordando al punto, exclamó: — ¡Ah, sí! La Navidad... Siempre la celebramos con toda alegría y ya lo verán ustedes pronto.



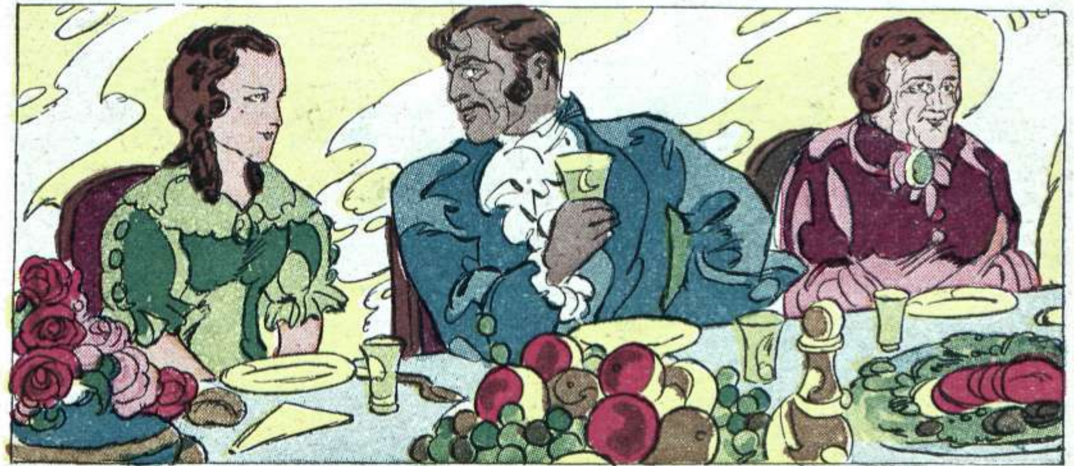
5 — La celebraremos ruidosamente — agregó el Pirata Rojo, sonriendo, luego de acercarse al grupo. — Teniente Wilder, recuerde que tenemos que agasajar a estas damas.



6 Media hora después, el puente fué cubierto y engalanado con hermosos tapices y bélicos trofeos. Se preparó un gran banquete en medio de la alegría de todos.



7 Gertrudis ayudó a Homespún a arreglar la mesa y el charlatán sastre, por milagro, no comenzó a hablar enterándola de la clase de barco en que se hallaban.



8 Como en la más fiel de las naves del rey, el banquete fué presidido por el Pirata. A su diestra estaban Gertrudis y Wilder. A la izquierda, la señora Wyllys y el médico. Sirvieron sabrosos manjares y mejores vinos. Los tripulantes, mientras, armaba gran algazara y al final comenzaron a gritar cosas que inquietaron al jefe... Decididamente, desde hacía unos días, algo no marchaba bien en "El Delfín". Parecía cundir el descontento y era evidente cierta indisciplina.

LA NAVIDAD EN EL VIEJO MUNDO

La más poética de todas las fiestas cristianas, tanto por su origen como por la manera que tiene el pueblo de celebrarla, es la de Navidad. Es la fiesta de los niños por excelencia. Parece como si en ese día soplase sobre el mundo un viento de bondad; hasta los más duros sienten que su corazón se entreabre y se inclinan hacia los humildes y los que sufren para procurarles un poco de alegría sana y sencilla.

Suenan la campanas, y los cánticos elévanse hacia el cielo como una acción de gracias: ¡Es Nochebuena!

¡Nochebuena! Un nombre poético que todo lo dice. Nochebuena para todos, pobres y ricos, que reúne a las familias alrededor de las mesas. Nochebuena para los niños, que se duermen soñando con los regalos que el Niño Jesús o los Reyes Magos dejarán en sus puerta o dejarán caer por la chimenea. Noche de milagros, de leyendas y de alegrías que desde la Edad Media conmemórase con igual encanto.

Verdad es que en nuestros países de América no podemos conocer con toda su poesía esta fiesta formada por sublimes tradiciones. Aquí el 25 de diciembre, cae en pleno verano y esto quita a la fiesta toda la clásica poesía que le dan la nieve, el viento y el silencio. Por esto es que en Alemania, Holanda, Inglaterra, Francia y Bélgica, esta conmemoración es más brillante que en los pueblos meridionales.





En Europa los habitantes conceden gran importancia a la Nochebuena. Desde muchas semanas antes, los padres se preocupan de ella y reúnen sus economías para poder llenar de juguetes los zapatos de los niños y para que nada falte en la gran cena.

Cuando llega la víspera, se decora la sala con guirnaldas y flores de papel pintado, así como ramas de acebo y muérdago, que cruzan la estancia de rincón a rincón. Las bayas rojas y blancas, y las hojas lustrosas reflejan las luces de las velas, brillando como estrellas. Luego de la cena se reúne la familia: allí están los abuelos sentados cerca de la chimenea; los padres, los yernos, los hijos, los nietos. Meditan un poco, conteniendo un tanto la alegría, y, luego, sentándose en medio del círculo familiar, alguno comienza el relato de uno de esos cuentos de Navidad que son siempre admirables leyendas.

Fuera, sopla el viento y la nieve cae; y se siente con mayor intensidad la deliciosa sensación de hallarse allí, bien abrigados ante el espléndido fuego.

Suenan las once. El cuento termina; y en la serenidad de la noche las campanas de la iglesia anuncian la misa de gallo.

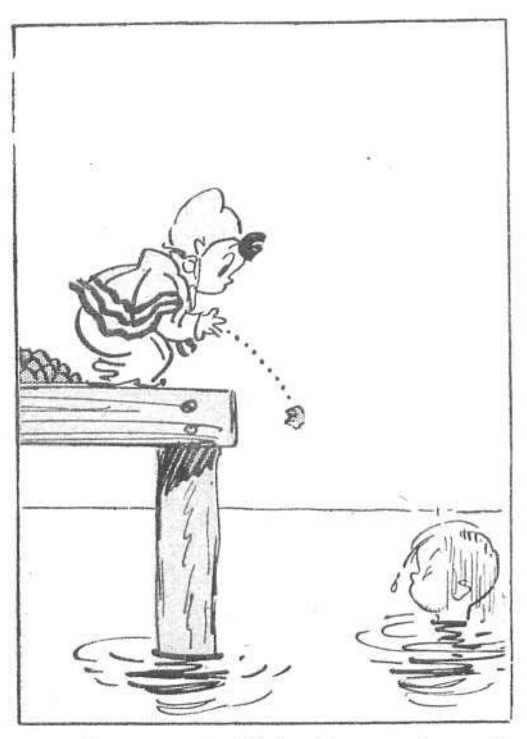
De repente, se abre la puerta y entra el viejo, el legendario San Nicolás, con sus barbas blancas y su enorme bolsa atiborrada de regalos. Los niños corren alegres y lloran los más pequeños asustados. Mientras San Nicolás siembra el suelo de monedas y bombones. Los niños todo lo vuelven y revuelven para recoger aquellas golosinas.

La noche ha terminado para ellos. En sus camitas, muy calientes, van a dormir soñando con Navidad, con los regalos que recibirán y con ese Niño Jesús, misterioso y bueno, que los protege.

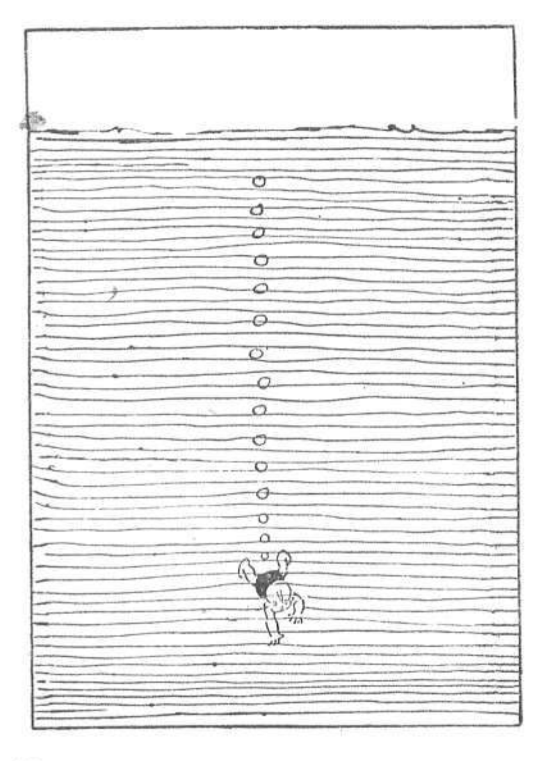
Y mientras, los padres, envueltos en gruesos abrigos, salen de la casa y cruzando las nevadas calles, dirígense hacia la pequeña iglesia cuya campana los llama alegremente, con la voz metálica y pura del bronce.

Las aventuras

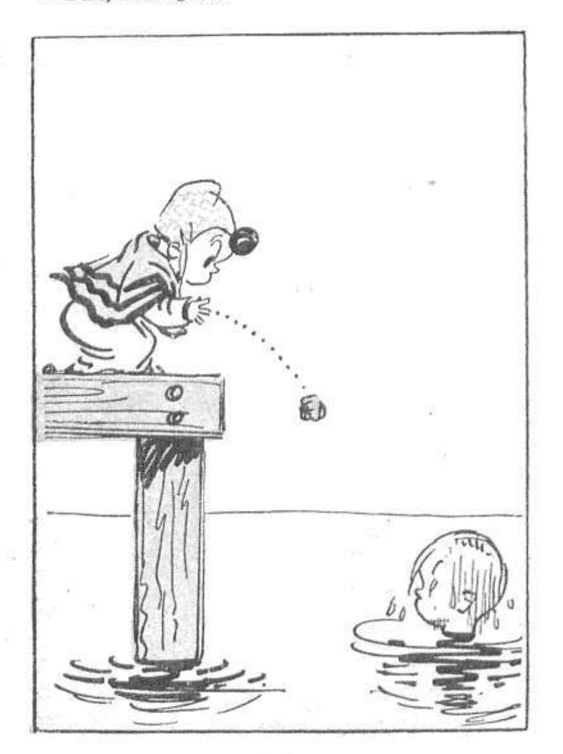
E L L A G O S I N



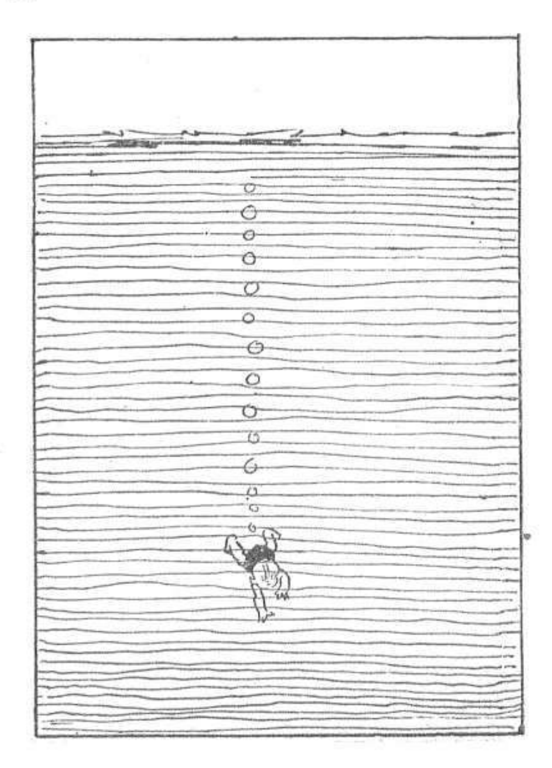
1 —Vos que sos tan Tiraboschi: a ver si agarrás esta piedra.
—Dale, Lechuga...



2 —Glu, glu, glu...



5 —¡Ahí va la segunda!
—Venga de allí...

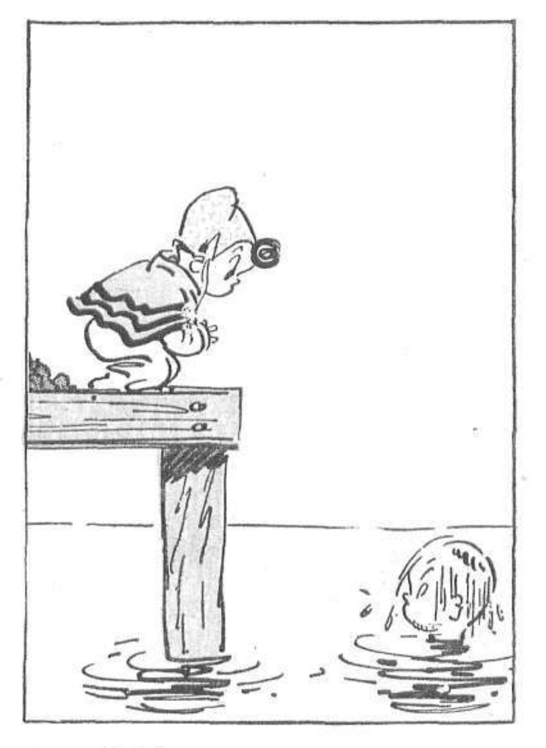


6 —Glu, glu, glu...

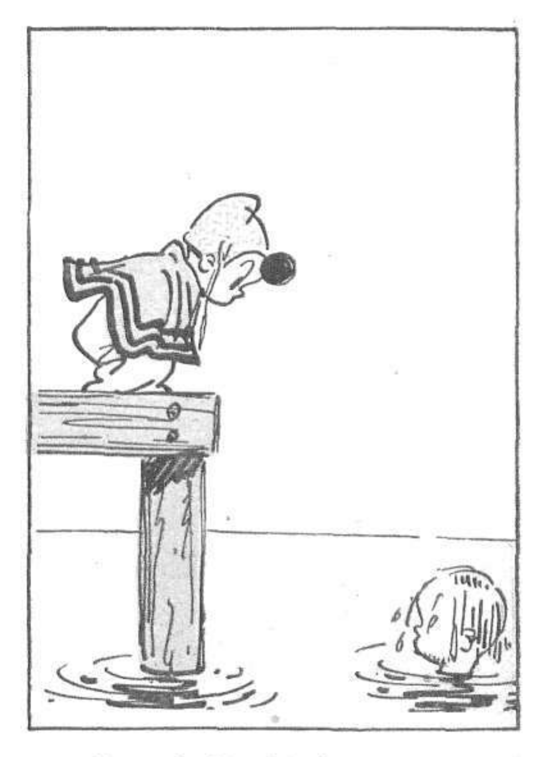
Chingolo

Por PERCY L. CROSBY

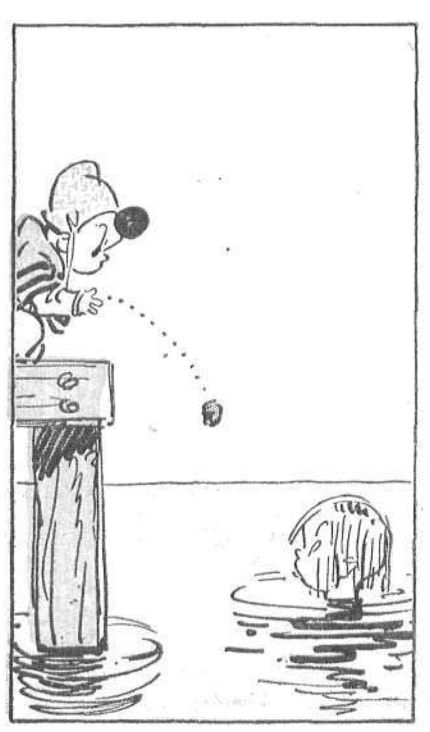
FONDO NI ZAGUAN



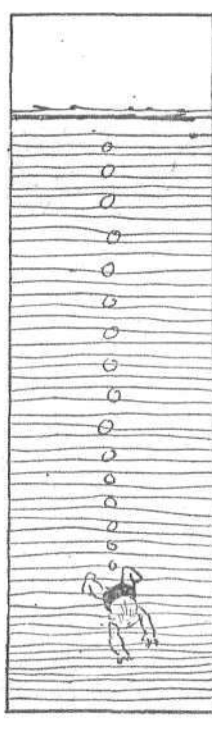
3 —¿Nada?
—Nada.



4 —Sos un chambón, Chingolo.
—Callate y tirá otra...



7 —La tercera es la vencida, Chingolo.
—Eso digo y lo redigo.



8 —Glu, glu, glu...



9 —Cero, Lechuga.
—¿Pero no sabés, Chingolo, que este lago no tiene ni zaguán ni fondo?

Pedrito tiene buen corazón





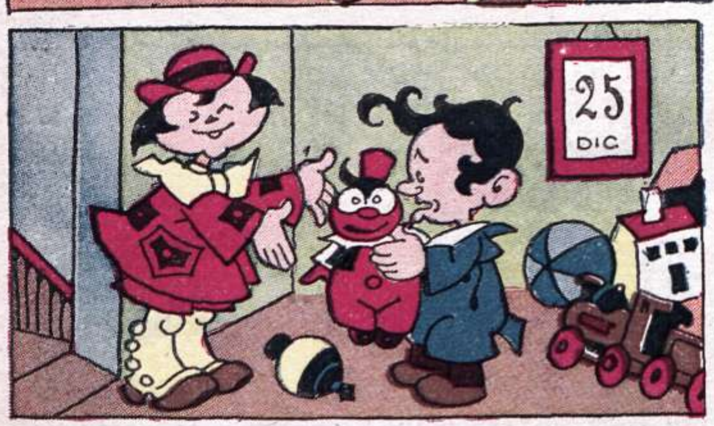
PEDRITO poseía tantos juguetes que, en realidad, cuando pasaba por la juguetería nada deseaba. "¿Sabes? — decíale a su amigo Juanito. — Lo que yo más quisiera no está aquí ni en ninguna parte. Desearía una sorpresa, algo nuevo, una cosa que despertara mi curiosidad. Algunas veces es una desgracia tenerlo todo, poder alcanzar todo."





Llegó Pedrito a su casa y con el primero que tropezó fué con el tío Ramón, quien, sonriéndole, le mostró un paquete. "¿A que no adivinas lo que aquí te traigo?" — le dijo. Pedrito sonrió. Su sueño habíase realizado. Alguien había escuchado sus deseos. Allí tenía un motivo de curiosidad, algo que interesaría a su imaginación de niño afortunado.





Se sintió tan contento que quiso hacer partícipe de su dicha al hijo de un vecino que, pobre y enfermo, nada había podido regalarle para Navidad. "¿Qué deseas? ¿Un muñeco?... ¡Tómalo! ¿Un trompo?... ¿Un tren?... ¡Tómalos!" Y como el chico nada tenía y todo lo deseaba, Pedrito, encantado, le entregó buena parte de sus lindos juguetes.





Llegó la hora de la cena. La familia, alegremente, festejó la Navidad. Alguien le pidió a Pedrito que abriera el paquete con el obsequio del tío Ramón; pero, poniéndose Pedrito de pie y brindando, dijo así: "¡Nunca lo abriré! Prefiero ignorar siempre lo que contiene. Para mí no ha habido regalo mejor. Me ha incitado a hacer la felicidad de un niño que mucho la necesitaba".



I

La Virgen, con el Niño Jesús, huía del rey Herodes. Encontró una paloma y ésta le preguntó:

—¿Dónde vas, María?

—Huímos de la furia de Herodes — repuso la Virgen. Pero, como en aquel instante se escuchara el ruido de los soldados que en pos de ella seguían, he aquí que la paloma voló asustada.

Siguió la Virgen su camino. Tropezó con una codorniz, quien le hizo idéntica pregunta y que, al igual de la paloma, al enterarse del peligro, echó a volar.

Finalmente, la Virgen encontró una alondra y ésta, en cuanto se enteró del peligro que corría, la ocultó detrás de unas matas.

II

Los soldados de Herodes encontraron a la paloma y por ella se enteraron del camino que llevaba la Virgen. Un poco después, la codorniz, como le hicieran la misma pregunta, no vaciló en señalarles la huella de los pasos de la Virgen.

III

Al fin, los perseguidores, dieron con la alondra.

—¿Han visto pasar a la Virgen y al Niño Dios?

—Sí — apresuróse a decirles la alondra y, señalando un rumbo falso, agregó: — Tomó por este camino...

Y así alejó de la Virgen y de Jesús a sus perseguidores.

IV

Dios castigó a la paloma y a la codorniz. Desde entonces, el canto de la primera es como un eterno lamento y, en cuanto a la segunda, hizo que su vuelo fuera tan bajo que se convirtió para siempre en la presa fácil para los cazadores.

Y la alondra, en premio, fué la anunciadora del sol por la mañana.



La leyenda de los tres pájaros del REY HERODES

ENTRETENIMIENTOS INFANTILES

Dibujo para colorear de acuerdo con el modelo de la parte superior.

Plantas argentinas

Indicaciones terapéuticas populares

Dorstenia Tenius Bompland

Contrayerba

PLANTA herbácea de raíz tuberculiforme. Habita en Corrientes, San Luis y Santiago del Estero.

Monardes la describe como una raíz aromática muy semejante a la del lirio, pero más pequeña, indicando como su procedencia la provincia de Charcas, en el Perú, donde se le llamaba contrayerba.

En cuanto al nombre tupi "caáopiá", según Maia, derivaría de caá-planta, y opiá-aromática, es decir, planta aromática, la que usaban y usan aún los indígenas para fumar mezclada al tabaco, no solamente en el Brasil, sino también en el Paraguay y Misiones.

La contrayerba figura entre las plantas medicinales misioneras que se describen en los tan mentados herbarios de las plantas medicinales de las Misiones, manuscritos cuya paternidad se atribuyen los PP Montenegro, Guevara y Asperger; pero los originales fueron confeccionados por el jesuíta argentino P. Ventura Suárez, los que hasta mediados del siglo pasado constituyeron la única fuente de información sobre las plantas medicinales de la zona guaranítica.

El valor asignado a esta planta por los aborígenes como poderoso alexifármaco llamó necesariamente la atención de los primeros conquistadores y no tardó, por el ambiente supersticioso de la época, en que se le extendiera al campo de sus virtudes incorporándosela a la larga lista de plantas curativas o preservativas del daño (gualicho) y de las artes de hechicería, compartiendo este punto de vista en la región rioplatense y guaranítica (argentino - paraguaya - brasileña) con el pipi (Petiveria), el capí-catí (Kyllingia) y el cipó milhomens (Aristolochia), etc., el título de payé (talismán) de que aun disfruta, capaz, al que lo lleva consigo, no sólo de preservarlo del daño y aun curarlo, sino más: el de conferirle el poder de dominar voluntades.

Los yerberos (herbolarios), siempre que les es posible, no dejan de proveerse de planta de tan segura y remunerativa venta, siempre reclamada por sus singulares virtudes, aunque parezca, fuerza es decirlo, que, *siendo la superstición* planta de tan fácil arraigo en todos los ambientes, su uso no es hoy exclusivo de las lejanas regiones misioneras. (Materia Médica Argentina, doctor J. A. Domínguez).

LEA USTED LAS PAGINAS 8 Y 9 PUEDEN INTERESARLE

LA NOCHEBUENA DE LOS CIEGOS

(Continuación de la página 3)

—¡No te aflijas! Sin duda, te resfriaste al venir.

Ni una palmada cariñosa, ni un cordial apretón de manos como antes. En cambio, al triunfador — pensaba Agustín — hasta lo abrazaría...

En un coche tranviario regresaron al instituto. Eran las 2 de la madrugada. Diéronles té con leche y bizcochos y, en seguida, la orden de acostarse. Con la tenue brisa, entraba por las celosías el perfume sensual de las magnolias. Fatigado, enfebrecido, Agustín soñó. Soñó que René le robaba "su maestrita". El sueño fué áspero y agitado. Al despertarse, notó en la boca un gusto extraño, como de sangre.

Trémulo, ya en un delirio, escapóse del lecho para dar muerte al rival... Pero al sentir el frío contacto de otra cama, espantado por su propia audacia, cayó de rodillas implorando:

—¡Perdón, señorita Perla!... ¡Perdón, señorita Perla!...

Y lo llevaron al manicomio.

Vicente A. Salaverri

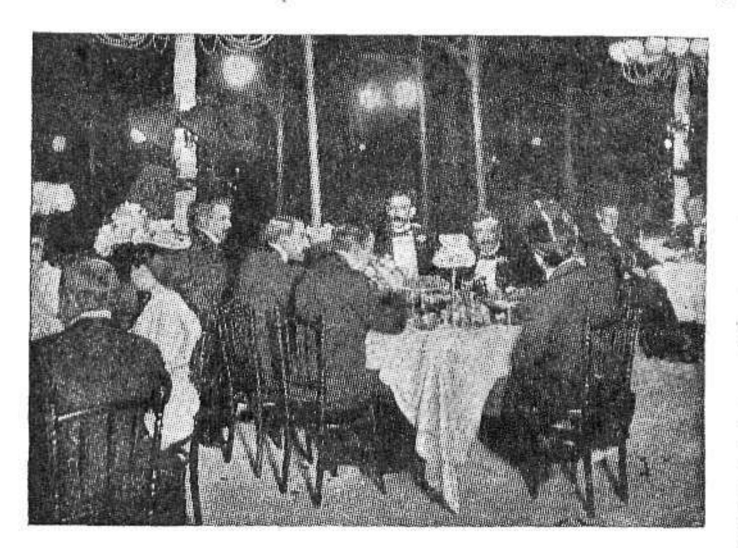
UNA VIEJA LEYENDA DE NAVIDAD

Antiguamente, entre los paisanos de los Vosgos y otras regiones cercanas, circulaba la leyenda de que los animales, en el establo, la víspera de Navidad, adquirían el uso de la palabra y conversaban entre ellos cual si fueran cristianos. La conversación no dejaba de ser interesante, ya que el porvenir no les reservaba secretos. Raros, empero, eran los que lograban escuchar estas conversaciones de las bestias. Las gentes sensatas sólo se cuidaban de disponer una abundante cantidad de forraje en los pesebres, trancaban las puertas y dejaban a los animales que rumiaran y conversaran en paz. Pero, ni en la vida ni en las leyendas deja de aparecer de vez en cuando el curioso. Y fué así cómo en cierta oportunidad un paisano logró ocultarse en un rincón de su establo para sorprender los edificantes coloquios de sus bestias. Fué para su mal. Al poco rato de estar allí oculto escuchó al viejo buey que decía a otro más joven: "¿Qué haremos mañana?" Y el otro le respondió: "Tendremos que conducir a nuestro amo al cementerio". Y, naturalmente, según la leyenda, el paisano falleció aquella noche misma y fué enterrado al día siguiente.

NAVIDAD hace 35 años

En la actualidad una plaza más. El abandono es notorio y hasta un afán injustificadamente reformista, lo ha despojado de la hermosa verja y, ahora último, de la arcada que daba entrada al Museo Histórico. Pero, en los comienzos de este siglo, el Parque de Lezama, con sus bien cuidados jardines, sus glorietas, terrazas y anfiteatros era, posiblemente, el mejor de cuantos poseía la capital.

Situada en la extremidad de la llamada barranca del Paraná, la vieja quinta de Mackinlay, fué vendida al municipio en el año 1888. Desde entonces y por largos años fué el lugar predilecto de una buena parte de la población porteña.





En las noches de verano realizábanse en el parque animadas reuniones, "kermeses" bulliciosas, conciertos y hasta exhibiciones del cuerpo de Bomberos de la ciudad. Con este fin, en los terrenos de la parte baja del barrancón del Paseo de Julio, levantábanse algunas construcciones de madera, las que eran convertidas en imponentes hogueras para que los valientes bomberos demostraran su preparación y su disciplina, que no el valor, pues siempre y en todas cuantas oportunidades se presentaron, supieron demostrarlo. El público distinguido ocupaba la parte alta de las barrancas del parque, luego de haber adquirido las entradas correspondientes, que siempre eran a beneficio de alguna institución de caridad. En la parte baja, sobre la amplia avenida, la multitud contemplaba las proezas de los hombres de Calaza para extinguir el fuego y, desde luego, lamentando que lo hicieran con tanta rapidez que no fuera posible regocijarse con el imponente espectáculo de las llamas elevándose y enrojeciendo la placidez del cielo veraniego.

Estas exhibiciones preferentemente tenían lugar los días de Navidad, Año Nuevo y Reyes, en que las quermeses del Parque atraían enorme concurrencia. El árbol legendario levantábase sobre la meseta y de él los niños arrancaban todo género de juguetes y golosinas. Por los senderos iluminados con aquellos inolvidables farolitos japoneses de nuestra niñez, con impetuosidad de meteoro, corría el tren liliputiense. Todo era animación y bullicio.

Las reuniones *en el* Parque *de* Lezama

Por
EDUARDO MARIO

Las personas mayores cenaban en el comedor del hotel. Enormes y emplumados sombreros competían con las relucientes chisteras, muchas de las cuales, pese al calor, no abandonaban las próceres cabezas. Las columnas sostenían racimos de mecheros de gas a los que resguardaban las redondas y lechosas tulipas. Y el champaña corría de verdad y a elevadísimos precios, porque todo era a beneficio del Patronato de la Infancia.

Según los cronistas de la época, aquellas noches del 24 y 25 de diciembre de 1900, "hubo vistas de biógrafo que se representaron con toda perfección." Comenzaba el siglo...



ACOTACIONES de VIAJERO

Por HECTOR OLIVERA LAVIE

EL ESPEJISMO DE MADRID

CUANDO el viajero llegó a Barcelona y se internó en sus calles y avenidas, en su Rambla pintoresca festoneada por macetas de flores rojas y macizos verdes, comenzó a filosofar.

La filosofía es recreo y seducción de solitario. Cuando se siente uno aislado, desplazado, ignorado, se agarra uno desesperadamente a la filosofía. Es el afán y la necesidad de compensación, característica de animal racional...

Claro es que existen tantas filosofías como filosofantes. De ahí su seducción. Ya no el sistema y el vocabulario filosófico de intrincada interpretación, sino ese fácil discurrir, ese monólogo oscuro que resuena amortiguado en el fondo de la conciencia y que a veces, como una sombra, enturbia la rica vertiente del corazón...

El paseante solitario no es sólo el Juan Jacobo huraño; lo es también el observador ári-

do, el voltijero caminante que de pronto se sorprende enmudecido por la fanfarria de una ciudad nueva para él, desconocida, indiferente.

Todo le extraña y todo, a la vez, es al mismo tiempo viejo y repetido. Pero hay algo que flota en el espacio, que envuelve, que atrae y confunde los planos y las perspectivas. Algo que no es nada y lo es todo, ¿acaso la atmósfera del país? ¿Acaso el magnetismo formal que emana de su tradición y de su historia? ¡Vaya uno a saberlo! Se ha desembarcado a mala hora, se ha discutido con el maletero y con el "chofer", se ha tratado con el hotelero rapaz y ya vencido por unos y otros se echa a caminar las calles sin gran entusiasmo y a la buena de Dios.

Una muchedumbre va y viene. Se oyen pregones. Se ven ciegos implorantes que eternizan su amarga súplica; se oye un idioma o un dialecto extraño y abstruso que golpea los oídos. Al rato se está en el café, compartiendo la larga mesa con desconocidos que miran distraídos a la gente que pasa, que charlan con terrible voracidad o lee un periódico con una atención y un recogimiento que espanta. Y allá, en los oscuros desvanes donde se hilan los juicios, se van acomodando los signos de la negación: "No esto no me gusta. Esto no es para mí."

MADRID... ¿Qué tiene Madrid? Ciudad ahora de corte moderno, de gracia estilizada, ciudad de cafés suntuosos, de "cabarets" policromos, de "boites", de tráfico, de mujeres tocadas de bermellón y de azul, de hombres sin prisa con el chiste listo y la gracia espesa, de mendigos que nos siguen con una copla plañidera en los labios; luces que se encienden el crepúsculo y dejan, sobre la ciudad, un halo en el que tiemblan los colores todos del espectro solar.

¿Qué tiene Madrid que no nos sorprende y sin embargo nos retiene y nos acaricia?

¿Serán, acaso, sus callejas estrechas que corren en zigzag hasta unirse y vaciarse en las magníficas avenidas modernas? ¿Serán sus parques llenos de fragancias? ¿Será esa impresión de holgorio, de ocio, de absoluta despreocupación que se recoge en los cafés y en los corrillos, en las "peñas" y en los vestíbulos? No lo sabe el viajero. Pero es lo cierto que Madrid tiene un espíritu que avasalla y se impone. Y un espíritu que imprime un ritmo, que enseña una dicción, que da carácter a las cosas inertes y a las cosas vivas... Cuando esto sucede en una ciudad tocada por el cosmopolitismo, digamos bien alto que esa ciudad tiene carácter y sabe defenderse...

LA PUERTA DEL SOL

NADA, amigo lector; una gran esquina romboidal donde convergen mil calles... y sin embargo es la Puerta del Sol.

El madrileño la ha impuesto. Es suya, de nadie más. Allí va a seguir las alternativas de la última crisis, a desmenuzar un asunto doméstico, a revisar las carteleras de los teatros, a mirar por centésima vez los escaparates, a escudriñar en los quioscos el título de los periódicos.

Allí está de pie y bajo el sol o bajo la llovizna, entretenido a veces con el sonido de las campanas del reloj de la Gobernación; está allí y no podría estar en otra parte.

En la Puerta del Sol comienzan las faenas del día y en la Puerta del Sol deben terminar.

Alguien pregunta con chunga.

—Oye, niño... ¿que "echan" hoy en "Fontalva"?

Y un paso más allá otros siguen con ansiedad las "consultas" de la última crisis de gabinete, y hablan de Uzcudum, de Zamora, de los hermanos Bienvenida y del "Gallo", que cuando quiere, aún se mata un toro con la elegancia y el clasicismo de otros tiempos...

Y alrededor y en los tranvías y en los estancos, en los cafés y en las esquinas, la consoladora esperanza, la beatífica esperanza reparte su dulce promesa en un grito:

—Aquí está el gordo... a dos y tres pesetas. No me quedan otros... ¡dése usted prisa, señorito!

Reclamo inútil; nadie tiene aquí prisa. Se comprará mañana. Las cosas han de hacerse a su tiempo...

....

Llega el crepúsculo, un largo crepúsculo de primavera en Madrid.

El cielo azul se ha poblado de pequeñas nubecillas. Una cortina como de humo tan fino y sutil que casi no se advierte, llena el espacio y apaga, cauteloso, los resplandores dorados de la tarde.

Luces brillantes se encienden y se apagan; letreros fantásticos, rojos y azules, aparecen y desaparecen en el espacio...

Es noche. La multitud va dejando por un instante desiertos los enormes cafés. Surgen algunos mantelillos blancos sobre las mesas y se ven pasar a los camareros con pequeñas marmitas envueltas en humo, con fuentes con chuletas y guisantes y panecillos blancos y negros...

El peréntesis es breve. Un instante más y se confunde de nuevo la multitud en las calles, y se llenan de clientes los locales y las familias acuden de nuevo a la tertulia del café y aturden las voces, las exclamaciones, las risas, las luces y los ruidos en una ducha gigantesca de extrañas sonoridades...

Vuelve a vibrar Madrid.

El viajero se ha vuelto por una calleja solitaria, rumbo a su cuarto. No se ven luces. Un silencio de muerte parece caer como lluvia fina del cielo sereno... Y el viejo Madrid, el Madrid conspirador y romántico late en esta arteria como un corazón...

Héctor Olivera Lavié

DIBUJO DE VALDIVIA

DE FINAS UÑAS

(*Continuación de la página 7*)

—¿Serán muchas las visitantes?

—Alrededor de treinta, por vez...

Quedó un momento pensativo y dijo:

—¿No podrían ser menos?

—¿Por qué?

—...Por nada, por nada... Es más fácil, digo yo, agruparlas junto a los objetos.

—Eso no depende de mí...

—No importa, no importa...

Y, tras otra pausa, al dirigirnos a recoger en el guardarropa mi abrigo:

—Las concurrentes serán de relación del señor...

—Algunas sí...

—Porque si lo fuesen todas no instalaríamos los aparatos de alarma, junto a las piezas pequeñas que no están en vitrinas... Es algo engorroso, por lo disimulado de los dispositivos...

Y ante mi estupor interrogante, añadió meneando la cabeza:

—Toda una instalación...

—¡Pero se trata de damas distinguidas! — reaccioné indignado.

—Eso mismo, señor, le han dicho muchos veces a don Roger... Por eso me atreví a preguntarle al señor si eran de su relación personal.

Y, en tono confidencial, pero firme:

—Cuesta creerlo, ¿verdad?, pero es así, aquí y en otras casas, en Buenos Aires y en París... En vista de ello, don Roger, que lamenta esas peueñas desapariciones, no por su valor venal sino porque le descompletan los juegos, ha mandado instalar toda una oculta y precisa red de alarma. Apenas se levanta una de las pequeñas piezas tentadoras, suena en la mayordomía la campanilla de alarma y, en el correspondiente tablero, se marca el sitio de la mesa, consola o repisa donde ha ocurrido la "distracción".

—¡Pero vuelvo a decirle que se trata de damas de condición!

—¡Dios me libre de dudarlo!... pero quiere el diablo que, entre ellas, haya casi siempre una de finas uñas...

Atilio Chiáppori



La Navidad en Nueva York

La Navidad, *Christmas,* como le dicen en inglés; el famoso *merry-christmas* de la gran ciudad imperial yanqui, tiene la grata particularidad de convertir en niños a todos sus pobladores. *Christmas* es en Nueva York una verdadera tregua de la vida trepidante y desconcertante de la gran cosmópolis de fierro y de electricidad. No ha perdido poesía con el avance de los años modernistas, materialistas, positivistas. El materialismo, el positivismo, el modernismo, desdeñosos de cuanto tenga que ver con el alma y con los sentimientos, se dan una vacación y dejan en paz a los neoyorquinos durante cerca de veinticuatro horas. Y se celebra la Navidad.

La enorme capital, con sus barrios — Bronx, Brooklyn, Queens, — con sus vecindades, inclusive Jersey City, se echa a las calles alegremente hasta la medianoche; y de la calle se van las gentes luego a sus hogares. Hay casi simpre abundosa nevada, que pone la maravilla de sus copos y la gracia de su blancura en la fiesta purísima. Y las gentes se encantan con la nieve. El frío de las calles, de los parques, de los paseos, se trueca, a la medianoche pasada, en tibieza de nido. Y esa tibieza recalienta los lazos y los sentimientos familiares, y los corazones se hacen buenos, las almas sensibles. Esto dura casi veinticuatro horas. Pero no en todas partes del mundo hay ciudades cuya población se dé una tregua así, tan sincera, tan sencilla, tan infantil, tan cristiana.

La Navidad en Nueva York tiene algo de carnaval y algo de deportivo. No hay nadie que Broadway abajo o Broadway arriba deje de llevar un aparato que haga ruido: pitos, cornetines, matracas, tambores, platillos... Lo importante es que cada habitante contribuya con su ruido al gran bullicio que a eso de la medianoche llega a su colmo.

La caudalosa ciudad cobra un rumor de fragua, de colmenares, de movimiento sin ritmos; un rumor cacofónico que, no obstante, embriaga y distrae, vale decir: alegra.

Nueva York rejuvenece en la Navidad, se hace niño. Así celebra dignamente el asombroso y dulce acontecimiento de Belén.

BERNARDO DE IRAIZOZ



Nochebuena

Caído se le ha un clavel
Hoy a la Aurora del seno;
¡Qué glorioso que está el heno,
Porque ha caído sobre él!
Cuando el silencio tenía
Todas las cosas del suelo,
Y coronada de hielo
Reinaba la noche fría,
En medio la monarquía
De tiniebla tan cruel,
Caído se le ha un clavel.
De un solo clavel ceñida
La Virgen, aurora bella,
Al mundo le dió, y ella
Quedó cual antes florida.
A la púrpura caída
Siempre fué el heno fiel;
Caído se le ha un clavel.
El heno, pues que fué dino,
A pesar de tantas nieves,
De ver en sus brazos leves
Este rosicler divino,
Para su lecho fué lino,
Oro para su dosel;
Caído se le ha un clavel.

Góngora

El Patriarca San José

Los Evangelios y los escritores eclesiásticos dan escasas noticias acerca de este santo. Unicamente consta que era descendiente en línea recta de David, que era un varón justo y piadoso y que su condición era humilde, trabajando en Nazareth en el oficio de carpintero, según unos y aserrador según otros, así como que casó con María cuando ésta tenía pocos años y quedó huérfana. Todo lo demás que se refiere de la vida de este santo fúndase en tradiciones más o menos piadosas, que ante la sana crítica no merecen gran concepto de autenticidad, y se cree que están tomadas de los Evangelios apócrifos. Algunos dicen que era viudo cuando casó con la Virgen María, y que de su primer matrimonio había tenido muchos hijos, entre ellos Santiago el Menor, Simón y los demás que en el Evangelio se llaman hermanos de Jesucristo; pero los autores católicos tienen esta opinión por falsa y contraria a la letra del mismo Evangelio, porque la madre de aquellos parientes de Cristo vivía todavía en tiempo de la Pasión. San Epifanio dice que tenía San José ochenta años cuando se casó con María, pero no parece probable esta opinión. Un ángel del Señor le reveló el misterio, y desde entonces tuvo el Santo Patriarca el mayor cuidado del hijo y de la madre, atendiendo a sus necesidades y defensa. Según la narración de los Evangelistas, el Angel le aconsejó que huyese a Egipto, por la adoración de los Reyes Magos, por los transportes de alegría de Ana y Simeón cuando Jesús fué presentado al templo, y dicen además los católicos que consta en el Evangelio que José acompañaba a Belén a María, que fué testigo del nacimiento de Jesús y de los homenajes que le tributaron los pastores, que huyó con él a Egipto juntamente con la madre, que estuvo presente cuando Jesús fué llevado al templo, que con Jesús y María concurrió a la festividad de la Pascua, que Jesús le dirigió la palabra lo mismo que a su madre cuando le halló en el templo, y que, según la frase textual del Evangelio, "les estaba sumiso". La tradición piadosa de la vara que floreció en su mano entre todos los pretendientes de María, fué referida por San Jerónimo, conservada en la historia del monte Carmelo, pero no se sabe a punto fijo el origen de ella. En los primeros siglos la Iglesia sólo acostumbraba a celebrar la fiesta de los mártires, quizá también porque los primeros cristianos no quisieron dar ocasión de escándalo a los herejes y a los paganos que negaban la divinidad de Jesús, honrando con culto a su padre putativo. Unicamente cuando la iglesia disfrutó de la paz comenzó a tributar culto a San José; pero en la Iglesia griega su fiesta se celebró desde el siglo VI, y los Carmelitas la trajeron a la Iglesia latina, figurando ya su nombre en los martirologios del siglo IX, siendo uno de los que más contribuyeron a extender y propagar esta devoción el canciller Juan Jerson, y posteriormente Santa Teresa de Jesús y San Francisco de Sales. Los Papas Gregorio XV y Urbano VIII mandaron que la fiesta de San José fuese de precepto, con abstinencia de obras serviles, y en los últimos tiempos ha tenido la devoción de este santo un gran desarrollo, hasta que Pío IX le declaró patrono de la Iglesia universal en el año 1870. La iglesia de Perusa se gloria de poseer el anillo de boda, y la de Valencia un trozo de su manto; pero lo que se dice de las reliquias de este santo sólo se funda en la creencia piadosa de los fieles.

El DOMADOR

Por GODOFREDO DAIREAUX



EL domador, con sus piernas arqueadas, sus botas de potro y sus espuelas enormes que, a cada paso, hacían *criss, criss*, en el suelo, hace acordar cuando camina, al pesado cisne; pero también al cisne nadando hace acordar el domador, cuando, pegado en el lomo del potro, resiste, sin esfuerzo aparente, las feroces defensas del animal, y lo deja vencido, sometido, doblegado, admirado de la fuerza humana.

El domador necesita tener, y tiene inconscientemente, un conjunto de cualidades que, menos especializadas, aplicadas a otros objetos y desarrolladas en formas variadas, bastan para colocar al hombre culto que las tiene, en el rango más elevado de la humanidad.

Sin saberlo, por la costumbre nata y casi atávica que de ello tiene, da prueba cotidiana del dote viril por excelencia: el valor sereno, que busca y afronta el peligro y lo domina con sangre fría y energía paciente, secundadas por una fuerza física, una agilidad, una flexibilidad de cuerpo sin rival.

El domador de profesión habla poco, en general, y en la alegre rueda que, alrededor del fogón, hace el personal de la estancia, es un compañero casi mudo. Demasiado afianza con hechos su indiscutible superioridad, para necesitar afirmarla con palabras, y su orgullo ligeramente protector con el gauchaje corriente, fácilmente se vuelve desdén para con el labrador que no doma más que la tierra, víctima mansa que no corcovea.

Profesor de primeras letras para bestias analfabetas, el domador tiene que ser, a la vez, indulgente para terquedades de novicios, inexorable para mañas de resabios. Trata primero de hacer comprender al discípulo lo que de él exige, pero al rebelde se le tiene que imponer por la fuerza.

¡Oh! los modales del domador no son de los más finos, y sus argumentos que, generalmente, rematan en rebencazos, no se pueden citar como modelos pedagógicos; pero es que se trata para él de dejar incólume su fama de jinete impecable, de quien ningún caballo pueda decir que su maestro le ha enseñado a voltearlo, y también, en una sola lección, tiene que enseñarle tantas cosas nuevas y diferentes, que no podría hacer-

las entrar sin una elocuencia contundente.

Todo está listo; el potro, encerrado en el corral con la manada por el peón apadrinador, apenas se acuerda, después de la vida ociosa y libre que ha llevado durante tres años, que ya lo voltearon dos veces, una para quemarle la pierna, otra para infundirle juicio. No le ha quedado más que el temor instintivo al hombre, delante del cual huye despavorido, ya que se le acerca.

De repente, en medio de una disparada, el lazo traicionero, de un pial certero, le ligó las manos y lo volteó brutalmente de cabeza. En un abrir y cerrar de ojos, tiene atadas juntas las dos manos y una pata. Con la que queda libre, cocea desesperadamente; levanta penosamente la cabeza y la deja caer.

Pronto tiene encerrada en el bozal a la fuerza, le abren la boca y le atan el bocado en los asientos.

"¿Te gusta más el pasto, verdad, goloso?" le dice el peón, mientras el domador le pega con las riendas dos o tres tirones bárbaros: ¡pobre boca, pobres dientes! Y con las riendas y el cabestro atados en el pescuezo, prendido de la argolla del bozal un lazo, lo hacen levantar y caminar, con las patas maneadas y salido del corral, tambaleando, tembloroso, furioso y violentamente asustado, se encuentra cara a cara con el hombre. Echa bufidos, se sienta, mira al domador con espanto.

"¿Seré tan feo? — dice éste; — ¡che! no me pises que tengo callos".

Para sosegarlo, el peón apadrinador le acaricia el hocico, la frente acercándole despacio las manos a las orejas, hablándole con ese modo cariñosamente irónico que consuela a la vez que hiere. Cada vez que la mano roza la oreja, son saltos, enojos, miradas relampagueantes, como si la oreja fuera el paladio de su libertad, el rinconcito sagrado, inolvidable, de su persona infamemente manoseada.

Y de repente, se le oprime resueltamente y con toda su fuerza, el peón, colgado de la argolla del bozal, y tapándole el ojo con el brazo. Se rebela el potro contra esa nueva brutalidad; pero, maneado, como está, casi ciego, casi sordo, poco le luce la resistencia. Tiene que sufrir, en su rabia impotente, las caricias del domador que, una por una, le va amontonando en el lomo, sin perdonar una, las innumerables prendas del recado pampeano.

Y empieza el suplicio de la cincha; la cincha que hace crujir las costillas y aplasta en el lomo, el peso del recado. El animal hincha la panza, como para reventar la cincha o reventar él, inútil esfuerzo. Lo han desmaneado, trota, hinchando ahora el lomo, como gato enojado, y desesperado, se deja caer al suelo y trata de revolcarse. "¡No me ensucies las pilchas!" le dice el hombre, y lo hace levantar; y mientras el peón lo vuelve a agarrar de la oreja, en un santiamén, el domador está sentado encima, concentradas todas las fuerzas de su cuerpo y las energías de su voluntad, en las rodillas, pegadas clavadas, atornilladas en el recado. Ese es el momento de la lucha recia, no sólo de las fuerzas físicas, sino también de los dos orgullos en pugna. — Te voltearé. — No me voltearás. En esto se resume el diálogo entre la bestia y el hombre.

El potro, a pesar de los manoseos ya sufridos, algo sorprendido por esa suprema audacia, vacila un rato, y vuelto en sí, se encabrita, se abalanza, se para enterito, bate el aire con las manos, hasta se bolea a veces, o se deja caer pesadamente. El hombre, sereno, o queda en él inconmovible, o lo deja levantarse, desdeñosamente parado y vuelve a montar.

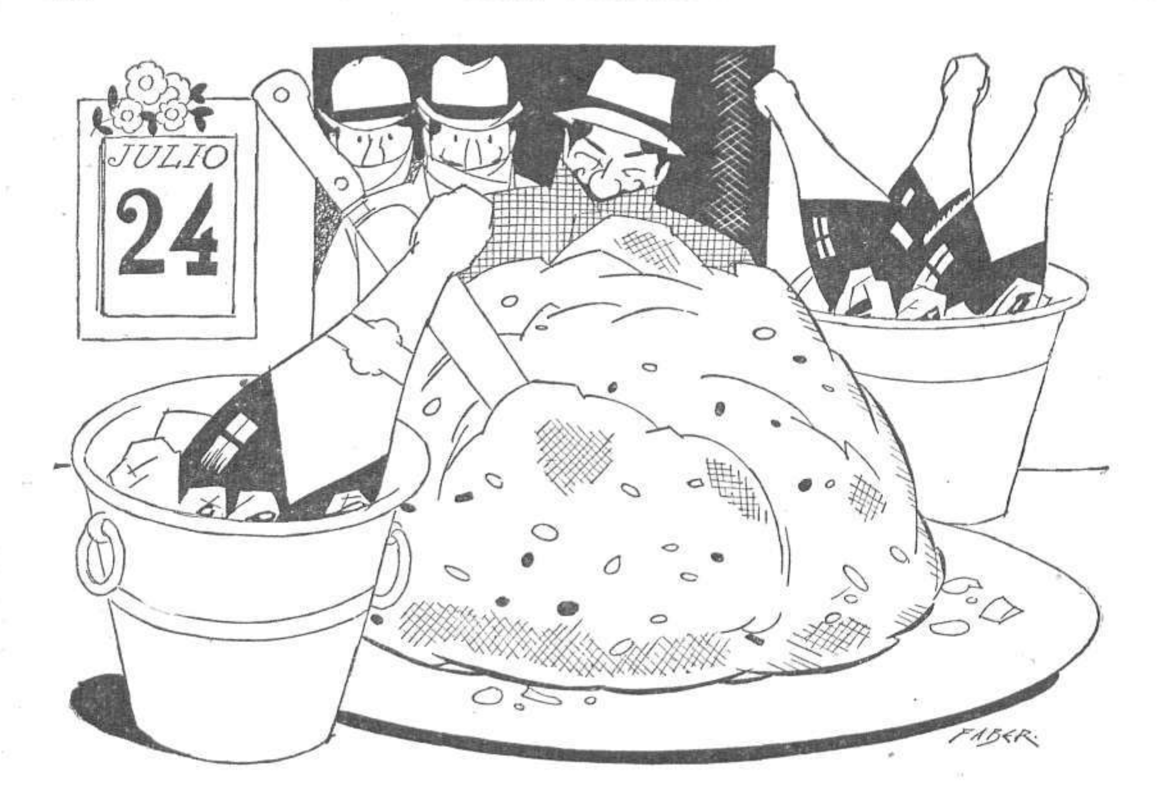
Reculó al animal, volvió adelante, galopó algunos pasos, se paró de golpe y saltó cinco veces seguidas, en las manos tiesas, haciendo un derroche inútil y desesperado de fuerzas, en ese corcoveo rabioso, última y verdadera prueba del jinete. Ya está vencido, llueven en su cuerpo tremendos azotes; le tironean la boca sacudidas; el apadrinador lo empuja con el caballo, hasta que busca en la dispara el supremo recurso, sin pensar que esto es justamente lo que quieren de él, el objeto verdadero de la primera lección.

Y volvieron al corral, si no muy buenos amigos, algo menos distanciados; el potro fatigado, impotente ya para resistir; el domador, si no con la sonrisa radiante del triunfo definitivo, por lo menos con la mueca satisfecha, aunque de labios apretados y de ojos apenas abiertos, gaje de victoria incompleta aún, y penosamente lograda, pero segura ya.

"Tuviste que ceder, zainito; pero peleaste lindo, y vas a ser una gran cosa si te amansan bien".

¿Y no creen ustedes que también podrán ser una gran cosa los descendientes del audaz y enérgico domador, una vez pulidos por la civilización, y agregadas a las dotes heredadas, las que se pueden adquirir por la instrucción? No lo duden; y cuando desde mucho tiempo se habrá dejado de domar a lo pampa, se conocerán todavía claramente los hijos del lazo, de los hijos del arado.

GODOFREDO DAIREAUX



Una Navidad que por iniciativa de un diputado cordobés, festejóse muy anticipadamente

Por FELIX LIMA

EN años idos, años de abundancia y de vacas a punto de matambrear de puro piponas, don Julio Díaz Usandivaras, escriba de la guardia bejarana, solía reunir a gente de letras en cordereadas al horno que tenían por escenario la "pulpería" — clasificación criolla del poeta de referencia — que funcionó en la esquina de las calles Perú y Chile.

Y la tal pulpería no era otra cosa que un edificio colonial con pinta de tapera, derruído, en el cual, Gumersindo Fernández, óptima mano para todo lo que iba al horno culinario, defendíase con un almacencito y fonda y coperío anexos.

Corderadas con sonajería nacional de rango, mucha buena guitarra, y con payadas en las que intervinieron dos ases del pasado: D'Amato y Medecina. El anfitrión daba la señal de atacar costillares, riñones y paletas, en cuantito la "pulpería" quedábase sin parroquianos no invitados, para que todo se hiciera entre gallos y medianoche. E iban apareciendo las asaderas humeantes, rodaban los corchos de los caldos mendocinos embotellados, las zambas se escapaban de las vihuelas, tiempos idos que el sensible oído del escritor González Arrili, comensal de primera fila, registraba el volido de un mosquito en Cafayate, encontrándose él aquí, a la vuelta de su vieja Escuela de Catedral al Norte. Don Luis Pardo presidió y aromatizó con el humo de sus inseparables próceres, tres Rivadavias por 0.05, algunas de aquellas reuniones bravas, en tanto que el dibujante Hohman, desde su "púlpito" cervecero, ametrallaba con la flor, y también con la regadera, de sus chistes germanos, pródigo en ese "metier".

A la reunión de corderos y etc. que tocóle presidir a Coria Peñaloza, autor de la letra de "El Caminito" de Juan de Dios Filiberto, descolgóse un criollo de "lay" a modo de debutante: el diputado nacional teniente Pedro Antonio Moreno, producto parlamentario de las primeras hornadas del voto secreto y obligatorio, cordobés el mozo, quien era de los

que difícilmente se despintan: alto, grueso, buen "caseur" y mejor diente. De ahí que a las primeras costillas que el flamante padre de la patria dejó tan peladas como bochas de conscriptos recién caídos al cuartel, se considerara de la casa, uno más en el rodeo de alegre camaradería.

Ya de madrugada, cuando se inició el desparramo de comensales y bebensales (éstos, a esa hora, primaban sobre aquéllos), el diputado Moreno, saliéndose de la vaina de la gentileza, anunció por lo alto:

—Po io los hei de ievar a sus casas, cada uno en la puerta de su rancho.

—¡Prendidos, mi teniente! (por varios que se consideraban en estado de no poder efectuar el 4 de reglamento antialcohólico).

—¡Superior, po! Vaian saliendo, que io los hei de ievar.

Moreno, enfundado en un gabán de alto precio, detuvo a un taxi con capacidad para un escuadrón de artillería de sitio. Y ordenó militarmente:

—¡Arriba, po! Y no perdamos tiempo, que aurita no más empiezan a cantar los gaios.

Al pasar, de retirada, por frente a "La Prensa", el diputado Moreno inquirió:

—¿Quién es el que vive más lejos de ustedes?

—Yo, mi teniente, en Saavedra, en la esquina Cabildo y Ramallo, su casa... —contestó uno del montón.

—Po io lo hei de ievar hasta aiacito, po. ¡Che, chofer: por Santa Fe, Cabildo, ti plantás en Saavedra!

Noche siberiana. El frío guasqueaba las caras, y el taxi, lanzado a velocidad prohibida, flecha "dell'oro morto". Moreno, que iba a la vera del chofer, ordena en el preciso momento en que bajaban las cortinas metálicas de la vieja y desaparecida confitería de Pellegrini, en Belgrano:

—Frená, che, que vamos a tomar la del estribo, ¿querís?

Entraron los de la corderada "chez" Pellegrini. En una vidriera, dos respetables panes dulces llaman la atención del parlamentario. Luego, sobre tablas, requiere asentimiento, al preguntarles:

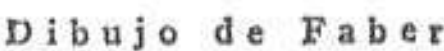
—¿Y por qué no hemos de festejar Navidad?

—Faltan cinco meses, teniente...

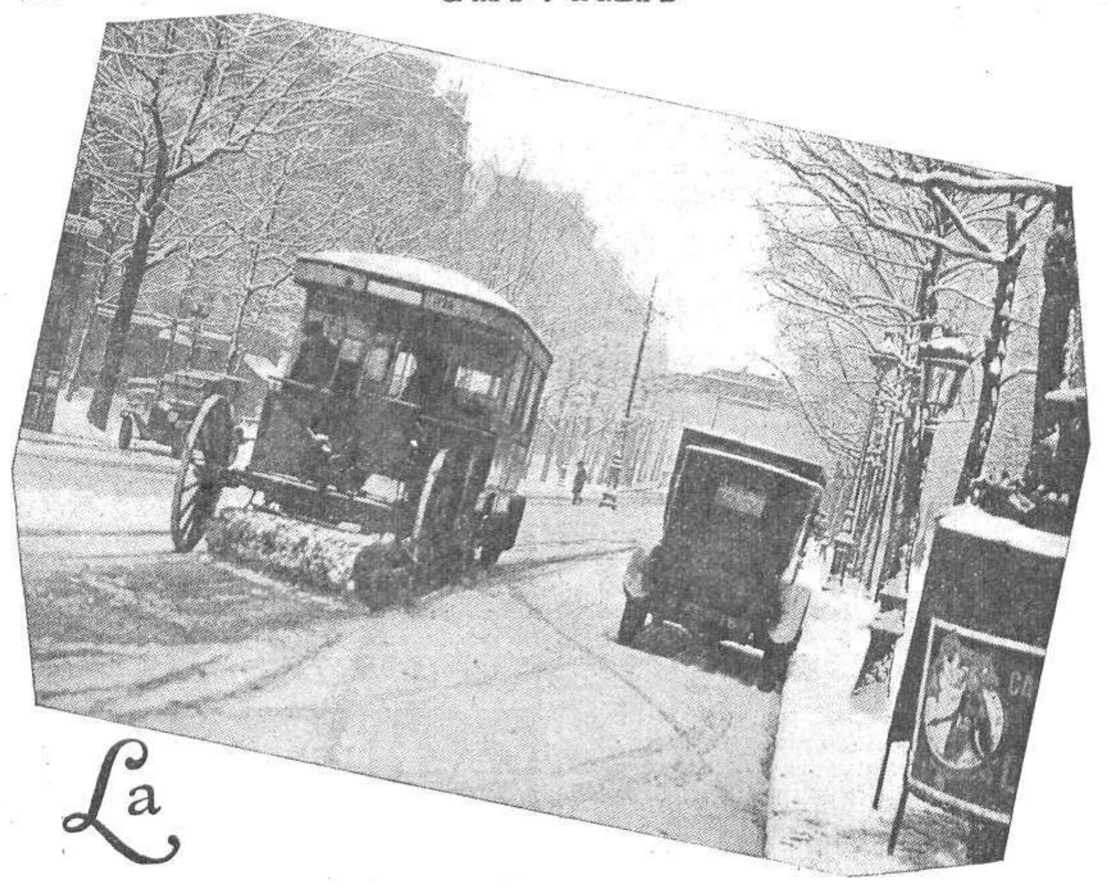
—¡No importa! Veia, patrón: vaia achurando los dos panes dulces y haga poner al hielo y en baldes, una de champaña y tres de sidra para empezar.

Afuera, en aquella madrugada siberiana, se congelaba el agente de policía... parado y de parada.

Félix Lima



Dibujo de Faber



La Navidad en París

LA Navidad en París puede dividirse en dos épocas muy diferentes, como que se trata de las fiestas de fin de año que se celebraban en la capital de la alegría por antonomasia — antes de la Gran Guerra — y de las que se celebran después del enorme conflicto mundial.

Muy manida es la cuestión y muy común el uso de datar todo, comparativamente, *antes* y *después* de la Gran Guerra. Pero ese antes y ese después encierran las únicas expresiones concretas de lo que significa un mundo de cosas... Dos mundos, mejor dicho, ya que las dos épocas difieren poco menos que diametralmente.

Antes de la guerra... Después de la guerra... Son dos facetas del mundo contemporáneo, tan complejo, tan vario, tan incomprensible y tan absurdo en tantos respectos.

La Navidad de París, anterior a 1914, era una fiesta alegre. Ciertamente alegre. Porque no todas las fiestas son alegres — y menos en el tiempo actual, en que se apela a lo que llaman alegría y suele ser únicamente una serie de actitudes y de hechos anacrónicos, disonantes, áridos de frescura del corazón. La Navidad de otro tiempo era en la capital francesa un acontecimiento vastísimo, popular y familiar a la vez. Era la fecha de la gran armonía democrática, cristiana. Las gentes grandes se sentían niños y los niños no habían perdido aún las últimas ilusiones. La inocencia era todavía un perfume celestial que idealizaba el comienzo de la existencia y dejaba en los corazones algo de su gracia para todo el resto de la vida. Era, pues, la Navidad parisiense... de aquellos tiempos, una fiesta sencilla, espontánea, natural. La celebración de la Natividad de Dios Hombre, venido a la tierra por el más prodigioso de los milagros, era una tregua del año trabajador y buen muchacho. Las familias, las sociedades, se unían durante aquellos festejos en una como afirmación del mandamiento divino de: Amaos los unos a los otros.

La Navidad de post-guerra es un acontecimiento eminentemente comercial. Una fiesta de cabaréts *á la carte forcée*. Una noche de ruido y de jazz-band, lo que es igual... Una noche con tan poca poesía, con fe tan limitada, que apenas se parece en el calendario a las del dulce tiempo que se fué.

La Gran Guerra, cuyos gérmenes bullen por todas partes, desilusionó amargamente a la humanidad, de sí misma. Por eso en la Navidad de estos años hay tan poca ilusión.

Eduardo ENCINA



La Natividad, *según el* martirologio romano

EL año cinco mil ciento noventa y nueve de la creación del mundo, cuando en el principio crió Dios el cielo y la tierra; después del diluvio, el año dos mil novecientos cincuenta y siete; del nacimiento de Abraham, el año dos mil quince; de Moisés y de la salida del pueblo de Israel de Egipto, el año mil quinientos diez; desde que David fué ungido rey, el año mil treinta y dos; en la semana sesenta y cinco, según la profecía de Daniel; en la Olimpíada ciento noventa y cuatro; de la fundación de Roma, el año setecientos cincuenta y dos; del Imperio de Octaviano Augusto, el año cuarenta y dos; estando en paz todo el orbe; en la sexta edad del mundo, Jesucristo, Dios eterno, e Hijo del eterno Padre, queriendo consagrar el mundo con su santo advenimiento, concebido del Espíritu Santo, y pasados nueve meses después de su concepción, en Belén, ciudad de Judá, nació de la Virgen María hecho hombre.

El empadronamiento

ACONTECIÓ en aquellos días, que salió un edicto de César Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo. Este primer empadronamiento fué hecho por Cirino, gobernador de la Siria. E iban todos a empadronarse cada uno a su ciudad. Y subió tambiné José de Galilea a la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Bethlehem: porque era de la casa y familia de David, para empadronarse con su esposa María que estaba encinta. Y estando allí aconteció que se cumplieron los días en que había de dar a luz, y parió a su Hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo recostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la mesón. Y había unos pastores en aquella comarca que estaban velando y guardando las velas de la noche sobre su ganado. Y he aquí se puso junto a ellos un ángel del Señor, y la claridad de Dios les cercó de resplandor, y tuvieron grande temor. y les dijo el ángel: "No temáis: porque he aquí os anuncio un " grande gozo, que lo será para todo el pueblo: que hoy os ha nacido " el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David. Y " esto os será la señal: Halláreis al Niño envuelto en pañales y re- " clinado en un pesebre".



HOJA DE EFEMERIDES

SAMUEL CHAMPLAIN, marino, geógrafo y aventurero francés, fué el fundador de la ciudad de Quebec, en el Canadá. Realizó valiosos descubrimientos de tierras en la "Nueva Francia" y sobre ellos escribió algunas obras. Había nacido en el año 1567 y falleció en este día del 1635.



WILLIAM MAKEPEACE THACKERAY, el maestro humorista británico, creador de "Vanity Fair", había nacido en Calcuta el 19 de junio de 1811. Falleció en Londres en la noche de Navidad de 1863. Desde muy joven comenzó a colaborar en las páginas de los más prestigiosos "magazines", llamando pronto la atención de los críticos ingleses. "The book of snobs", "Ballads of policeman X" y "The Newcomes", son sus obras más famosas, además de la citada en primer término.

VASCO DE GAMA, famoso navegante portugués, fué encargado por el rey de Portugal para que encontrara un paso hacia las Indias orientales. El 20 de noviembre de 1497 dobló el llamado Cabo de las Tempestades, o de Buena esperanza. Falleció en este día del año 1525 a la edad de 56 años.

DRAKE, el pirata, en 1578 cayó sobre la indefensa ciudad de Valparaíso, saqueándola e incendiándola.



ENRIQUE AMORIM, autor de "El paisano Aguilar", "La Carreta", "Tangarupa" y otras obras, nació en la ciudad uruguaya del Salto, en el año 1900.

NICOLAS AVELLANEDA, camino de su patria, en alta mar, entra en el período agudo de su enfermedad, para fallecer el día 26 del año 1885.



TAMBIEN EL DIABOLICO FOUCHE

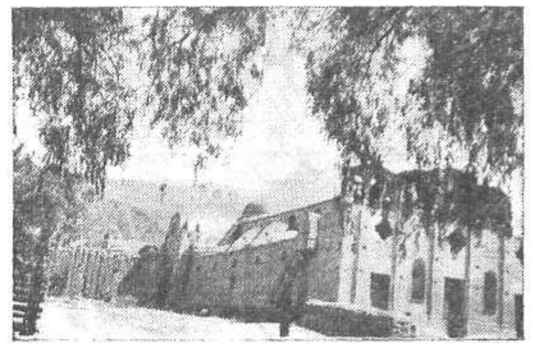
En 1820 falleció el diabólico y siniestro Fouché, duque de Otranto, sacerdote renegado que fuera convencional, terrorista, ardiente y verdadero fanático de la Revolución en Francia. El presidió, precisamente en las Navidades de 1773, las masacres de Lyon y en el golpe de estado del 18 de brumario tuvo importante participación. Ministro de policía, ayudó al primer cónsul, al entonces general Bonaparte, y todavía le fué fiel, defendiéndolo como un mastín en los días brillantes del imperio. Después le fué infiel aunque, para los Cien Días, convertido ya en duque de Otranto (él, el furibundo revolucionario, el que sacrificó a centenares de infelices en Lyon...) todavía pudo efectuar algunas evoluciones e intrigar hasta el punto de no saberse con precisión si era fiel también a los Borbones. Quiere la leyenda que la bota del emperador, en determinado momento, haya marcado su triste humanidad. Y todavía no descansó. Rico, con todo cuanto necesitaba, no dejó de intrigar y hasta complicarse en un conato de regicidio y tuvo que dejar Francia, expatriado, para morir en Trieste. Había nacido en Nantes el 29 de mayo de 1754 y otro como él no ha habido para la intriga.

LA • VILLA

1681 - 20 de di

52 aniversario

Por RAFAEL



Iglesia de Belén.

La actual villa de Belén, cabecera del departamento del mismo nombre, en la provincia de Catamarca, fué fundada por el maestro don Bartolomé Olmos de Aguilera, el día 20 de diciembre de 1681 (1), quien declaró en ese acto "que el paraje elegido comprendía tierras desiertas, despobladas y sin dueño alguno ha más de 30 años".

Olmos de Aguilera hizo abrir calles de 16 pasos de ancho por 196 de largo, formando 13 manzanas, que donó gratuitamente a los pobres, con la única condición: "de que los pobladores abonasen anualmente un tributo de dos pesos por manzana en beneficio de la Virgen de Belén". (2)

Días después se establecieron veinte vecinos, quienes pusieron "iglesia decente, sacado acequia costosa, arboledas, entrado ganado y fabricado casas". Hasta mediados del pasado siglo, por el centro de la plaza de Belén cruzaba el histórico "Camino de Los Cuyanos", única arteria utilizada por los arrieros para conducir tropas de mulas y ganado vacuno a Chile y Perú.

El mayordomo de la Virgen de Belén percibía en dicho sitio un derecho de peaje (2 reales por cabeza), el que anualmente ascendía a varios miles de pesos, a raíz de lo cual los habitantes se jactaban de ser los más ricos de la provincia de Catamarca...

Una tradición lugareña lo confirma, pues cuenta "que cierto día se incendió la iglesia de esta villa y era tanta la plata en objetos de arte depositada en los altares, que el precioso metal corrió hasta la calle"...

Belén, cuya población asciende a 5000 habitantes, está situada sobre ambas márgenes del río de su mismo nombre, y a 87, 85 y 75 kilómetros de distancia, respectivamente, de las estaciones Andalgalá, Cerro Negro y Tinogasta (F. C. C. N. A.)

Durante el gobierno del coronel José S. Daza, se levantó el plano de esta villa, dividiéndola en cuatro distritos, a saber: El Centro, Huaco, El Molino y La Banda.

En su parte céntrica, las calles son bien alineadas, pero sin adoquinarse, y a medida que se alejan, forman caprichosos callejones con quintas de frutales hacia ambos lados, destacándose: olivos, nogales, higueras, perales, manzanos, ciruelos, etc.

En la plaza principal, entre olivos y nogales frondosos, existen dos monumentos que perpetúan la memoria de hijos ilustres: uno dedicado al fundador, maestro don Bartolomé Olmos de Aguilera, y otro al doctor Manuel Antonio Acevedo, diputado por Catamarca al Congreso de Tucumán y signatario del acta de la Independencia Argentina.

Belén es asiento de las autoridades departamentales: comisario de policía, juez de paz, receptor de rentas. El juez de paz desempeña a la vez las funciones de jefe del registro civil, y esta dualidad impide que se lleve un control exacto de los nacimientos y defunciones.

Además, la villa cuenta con la biblioteca popular Obispo Esquiú, oficinas de la Dirección General de Irrigación con un moderno edificio, Municipalidad, Sociedad de Beneficencia, Hospital Regional, sucursal de Correos y Telégrafos (desde el 23 de septiembre de 1875), escuelas, dos farmacias, hotel, casas de comercio, automóviles, etcétera.

El Hospital Regional está atendido por un médico de zona de la Defensa Antipalúdica y las farmacias por personal idóneo.

En su amplia iglesia de material, se venera desde hace varios siglos a la Virgen de Belén, la que cuenta con numerosos devotos. Sus fiestas se realizan en el mes de diciembre y con este motivo acuden a visitarla numerosos "promesantes", unos caminando, otros a caballo o en burros, pero todos guiados por la fe que redime en la adversidad...

Durante el año 1931, el movimiento postal y telegráfico de la sucursal de Correos local fué el siguiente: cartas y tarjetas postales, 11.117; telgramas, 4.323; encomiendas ordinarias, 791, y de granja, 727.

En 1932 funcionaron cuatro escuelas primarias (una provincial, con edificio propio), y tres nacionales, ubicadas en los siguientes puntos.

El Centro. Escuela provincial Fray Mamerto Esquiú: 13 maestros y 223 alumnos.

Huaco. Escuela Nacional Nº 23: 7 maestros y 195 alumnos.

El Molino. Escuela Nacional Nº 63: 4 maestros y 105 alumnos.

La Banda. Escuela Nacional Nº 152: 1 maestro y 48 alumnos.

Con un total de 25 maestros y 571 alumnos.

Es decir, que en relación a la población de la villa, recibe instrucción primaria el 11.4 por ciento.

El alumbrado público y particular es eléctrico;



Emparvando trigo en una finca situada en los alrededores de Belén.

DE • BELEN

ciembre - 1935

de su fundación

C A N O

en cambio se carece de servicio de aguas corrientes, y, para beber, los habitantes extraen agua de pozos con asientos de barro, o de un canal descubierto que recorre 15 kilómetros antes de llegar a la villa.

Uno de los principales factores de progreso lo constituyen las obras construídas por la Dirección General de Irrigación, porque originó la subdivisión de la tierra, como lo demuestra la estadística que transcribo a continuación:

Existen 1146 lotes con una superficie hasta de una hectárea; 376 de 1 a 10 hectáreas; 16 de 10 a 20 hectáreas; 1 de 20 a 30 hectáreas, y 1 de 40 a 50 hectáreas. Total, 1538 lotes, con una superficie de 1665 hectáreas dotadas de riego.

Durante el año 1932, no obstante las heladas, sequía y mangas de langostas, la extensión cultivada alcanzó las cifras siguientes: alfalfa, 500 hectáreas; viñas, 150; maíz, trigo y cebada: 900; naranjos, 6; durazneros, 18; higueras, 4; manzanos, 2; porotos, 5; damascos y ciruelos, 2; nogales y olivos, 10.

El importe de la producción fué apreciado en $ 150.000 moneda nacional.

El belenista se dedica también a la cría de ganado vacuno, lanar, caprino y engorde de asnales y mulares.

Las mujeres son especialistas en la fabricación de mantas, pullus, ponchos, sobrecamas de lana de oveja y vicuña, y desde hace muchos años, en todas las exposiciones que se realizan, obtienen los primeros premios.

Puede afirmarse, sin temor a incurrir en error que para hilar y tejer la lana de vicuña y oveja no tienen rivales.

En verano, el turista que recorre al amanecer las calles de Belén se queda maravillado, porque los nativos duermen en los patios, y sus catres, cubiertos con floridas sobrecamas de variados colores, dan la impresión de exóticos jardines...

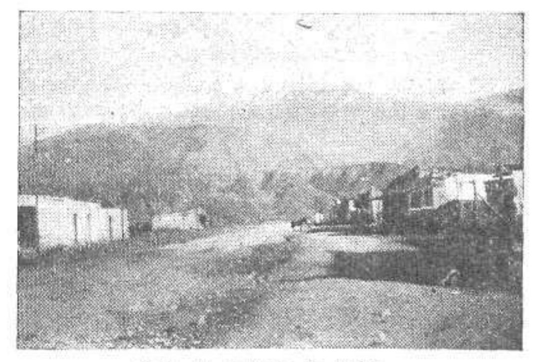
Actualmente la industria telera atraviesa por una intensa crisis, motivada por la falta de demanda y el alto valor de las pieles.

La sociedad belenista es una de las más cultas y antiguas de la provincia de Catamarca, y encuentra particular agrado en agasajar a los turistas.

La mujer del pueblo, hogareña y honesta, también es digna de elogio. Mientras los maridos, hermanos, hijos, se alejan largos períodos de tiempo para trabajar en las tareas de la zafra en Tucumán, Salta y Jujuy, ella cría los hijos pequeños, labra la tierra y permanece largas horas tejiendo en el rústico telar, heredado de sus mayores, y que es su compañero y amigo.

El problema de la desocupación y carestía de la vida ha llegado a un punto serio en Belén, y requiere atención especial de las autoridades.

En efecto: la mayoría de los hombres que salen en busca de trabajo, contraen el paludismo y otras enfermedades infecciosas, que les inutilizan para las faenas agrícolas.



Calle de entrada de Belén.

Tampoco se les puede exigir que permanezcan en la localidad, donde el jornal de un obrero se retribuye con un peso moneda nacional...

Un par de alpargatas, calzado generalizado entre el pueblo, cuesta $ 1.20.

En Belén se conservan todavía, en su prístina pureza, muchas costumbres patriarcales, danzas, cantos, instrumentos musicales, supersticiones, fábulas y tradiciones dignas de estudio.

Al terminar este breve estudio histórico, geográfico y económico de la villa de Belén (3), advierto que omití describir su clima. La falta de una oficina meteorológica en la localidad, me obliga a transcribir un documento del año 1607 que dice así: "El temple de esta ciudad es el mejor que se halla en la Gobernación porque no hace frío ni calor y de noche es menester antes ropa que quitarla". (4)

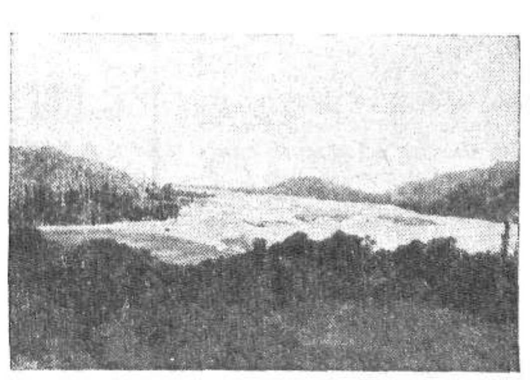
Rafael Cano [firma]

(1) En el mismo paraje, el teniente gobernador de La Rioja, don Gaspar Doncell, fundó la ciudad de San Juan Bautista de La Rivera, el 24 de mayo de 1607, la que fué despoblada 25 años más tarde a raíz del gran alzamiento diaguita.

(2) Las 13 manzanas de tierra, en 1879 eran habitadas por más de 800 personas. El mayordomo de la Virgen seguía cobrando el tributo anual, no obstante haberse destruído la iglesia. A raíz de ello, el gobierno abolió por una ley ese tributo enfitéutico.

(3) Antecedentes tomados del libro "Geografía de Catamarca" por Rafael Cano.

(4) Carta del teniente gobernador de La Rioja, don Gaspar Doncell, dirigida al rey de España.



Paisaje de Belén.

Los provincianos en el volante

Por PEDRO FIORE

FALTA tan sólo una semana para cerrar el balance del año automovilístico de 1935. Se han disputado muchas carreras, y todas ellas las debemos — no hay duda — al Gran Premio Internacional que se disputó a principios de este año sobre una distancia de casi 5.000 kilómetros.

Fuimos barajando los nombres de todos los ases. Nos pareció siempre y quizá nos siga pareciendo así por mucho tiempo, que no puede haber carreras de automóviles sin que los nombres de Riganti, Blanco, Zatuszek, Donzino, Olivari, Mc Carthy o Parmiggiani, nos provea del material para el pronóstico.

Y, sin embargo, vamos llegando al balance del año y observando la planilla de colocación en el Campeonato Argentino de Automovilismo 1935, uno solo de esos nombres figura bien colocado. Ese nombre es el de Osvaldo Parmiggiani. Los otros son Kruuse y Gutiérrez.

El primero, nos asombró por su regularidad y su consecuente triunfo en el Gran Premio Internacional, y su decidida actuación en la carrera de Entre Ríos; el segundo fué la sorpresa que llenó de entusiasmo al país. Es que estos dos volantes provincianos no gozaban del favor del público. El público, nosotros mismos, la cátedra, en una palabra, no podía admitir que Kruuse pretendiera defender sus cien puntos en la clasificación del campeonato, ni podía soñar en un Gutiérrez, poco menos que desconocido en las batallas del motor.

Es menester rendirse. Cualquiera que fuera el resultado, tenemos que inclinarnos y dejar el paso a los provincianos, ya que aun perdiendo Kruuse por un "score" mínimo, ganaría Parmiggiani, de Villa María, un joven corredor que hasta el año pasado — según muchos — no podía pretender aún llamarse un "as del volante".

Es que en el interior del país existe un plantel de corredores que poseen condiciones extraordinarias, un temple de acero, una voluntad inquebrantable.

Bastaría citar el ejemplo de Arturo Kruuse que se viene del Neuquén para defender el cetro, y, no se puede olvidar a Gutiérrez, que va a la lucha en una carrera de 1500 kilómetros sin más precedentes que el de haber corrido una modesta carrera "standard" en Villaguay.

Pedro Fiore

Frente a los ases consagrados, estos dos modestos aficionados, que aun no han podido adquirir o prepararse una máquina especial, suelen estar callados.

Miran a los Riganti, a los Blanco y a los Zatuszek con un poco de asombro en los ojos y luego miran a sus máquinas y las comparan con las que tienen en la mano y que suele ser un coche poco menos que de serie.

El Campeonato de este año habrá demostrado una vez por todas que la fórmula adoptada en este caso es la que habrá que seguir aplicando, con algunas reformas para evitar ingratas sorpresas.

Pero este campeonato nos dice bien claro que convendrá insistir en la organización de grandes carreras de fondo, sobre larga distancia, porque son las que nos proporcionan la satisfacción del deber cumplido para con los provincianos.

Y en ellos debemos ver el futuro de nuestro automovilismo deportivo.

Justo es que consignemos ahora cuáles fueron las carreras que han permitido establecer la clasificación del campeonato. Estas pruebas son: Gran Premio Internacional a Chile; Gran Premio Moto Club Argentino, las 500 millas de Rafaela, las 200 millas de Tucumán, el Gran Premio de Venado Tuerto, el Gran Premio de Entre Ríos, los 400 kilómetros de Tres Arroyos y el Premio Emilio Saint, en Paraná.

Debe tenerse en cuenta que no entraron en los cómputos del campeonato que finalizará dentro de breves días, la carrera de Córdoba y la de Paraná, que se disputaron en abril de este año.

Se calcula que en todas estas pruebas han sido distribuídos más de cien mil pesos de premios en efectivo, además de medallas y trofeos.

Los REGALOS *de* FIN *de* AÑO

Desbordan las vidrieras de artículos de todas especies, que pueden ser empleados como regalos de fin de año... Es realmente un problema, pensar qué puede ser más adecuado para complacer a aquellas personas a quienes deseamos festejar en tan señalada fecha, enviándoles algún recuerdo grato, algo que sea práctico y que llene sobre todo las aspiraciones de la persona a quien se le envía.

Voy a aconsejar a mis lectores, algunos regalos prácticos para la fecha de que hablamos, y que puede ser muy bien que alguna de mis interesantes amiguitas, pensará que ojalá una determinada persona le haga el regalo que aconsejo...

Una echarpe si se dispone de cierto presupuesto y un florero de buen gusto con un manojo de rosas, serán siempre regalos bien recibidos por una señora; una niña joven estará encantada con un frasco de perfume, o una jaula coquetísima con un pajarito de color, aunque sea el más modesto cardenal; un moño de cinta roja pondrá su nota pintoresca en el nimbre de la jaula. Una chicuela será feliz con un libro de hermosas estampas, o con una sombrilla que le dé la ilusión de que es mujer grande, y que se hará las delicias de un bebé, con una colección de muñecos de goma, sin pintar, que podrá morder a su gusto y que no correrá el riesgo de lastimarse con ellos. Y si el regalador o la regaladora pueden hacer un gasto mayor que le compre un catrecito de lona o de cretona, de esos hondos en que los chiquitos pasan horas enteras y dejan descansar a su "nurse" o a su pobre mamá.

Para un señor viejo, si es fumador, cigarros, y si ya no fuma, agua colonia de una buena marca. Para un joven un encendedor automático o una boquilla de fantasía. Para un chicuelo pañuelos de "adorno" con franjas de color, y para un chico juguetes bélicos, como tambor, escopeta, etc., si es de sangre ardiente, y si es enfermizo libros de estampas.

La Anunciación y la fecha del Nacimiento

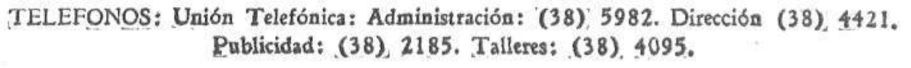
COMIENZA la historia de Jesucristo con la bellísima escena de la Anunciación en Nazaret. Entre la Anunciación y el Nacimiento narran los Evangelistas la visita de la Virgen María a Isabel y las zozobras de San José, que motivan la aparición del ángel que le revela la concepción virginal de Jesús. Un edicto imperial obliga a José a trasladarse con María desde Nazaret a Belén. Allí nació Jesús en una de las cuevas situadas en las afueras de la ciudad, refugio de los forasteros pobres, a falta de albergue más acomodado. El año del nacimiento de Jesucristo, justamente considerado como el hecho más trascendental de la historia humana, ha sido tomado como punto de partida para el cómputo de nuestra era. Por desgracia, Dionisio el Exiguo, erró los cálculos al fijar el nacimiento del Salvador en el año 754 de la fundación de Roma, pues más de cuatro años antes, en la primavera de 750, murió Herodes. Mas como un texto de Aulo Gelio parece suponer que la muerte de Herodes no pudo ser muy posterior a la matanza de los Inocentes, síguese de ahí que el nacimiento de Jesús no pudo preceder en más de dos años a la muerte del tirano. Según esas cuentas. Jesucristo debió de nacer entre los años 748 y 749. Cada una de esas dos fechas tiene sus probalidades y también sus dificultades.

"CARAS Y CARETAS"
en El Salvador (Centro América).
Para subscripciones y ejemplares de "Caras y Caretas", dirigirse al señor Eduardo Humphrey - Cojutepeque - El Salvador.

La zoología de los Evangelios

San Marcos

El evangelista del león, cuyo manuscrito está archivado en Venecia, según afirman los habitantes de la ciudad hermosamente lacustre, confirma el relato de San Mateo: el Bautista vestía con pelos de camello, en su cintura llevaba un ceñidor de piel, y su régimen alimenticio componíase de langostas y miel silvestre. La verdad es una, aunque los narradores sean varios, aunque sean poetas. También nos dice que a San Juan se le apareció el espíritu en figura de paloma, y que lo tentó satanás. San Marcos es menos amante de la zoología. En el versículo 22, del capítulo 2º hay una alusión encubierta: "Y ninguno echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera romperá el vino los odres, y el vino se verterá, y perecerán los odres; más debe echarse el vino nuevo en odres nuevos". Y como los odres nuevos y viejos se construyen con pieles de cabra, de aquí la alusión a los caprinos, que vemos en este pasaje. En la parábola del sembrador se habla de las aves del cielo, y en el capítulo 5º, de la piara de chanchos endemoniados; y en el 6º, dice: "Y al desembarcar vió Jesús una grande multitud, y tuvo compasión de ellos; porque eran como ovejas que no tienen pastor, y comenzó a enseñarles muchas cosas". Y cuando se trató de darles comida a esas ovejas, se realizó el milagro del pan y de los peces. Dos capítulos más adelante, se habla de perros y de perrillos, y pocos versículos después, de pececillos, al repetir el milagro de hartar de pescado a una multitud. Y en tierno episodio de los niños predica el Nazareno: Y todo aquel que escandalizare a uno de estos pequeñitos que creen en mí, más le valdría que se le atase al cuello una piedra de las que mueve un asno, y que se le echara en el mar". Y luego nos habla del gusano, al referirse al infierno: "En donde el gusano de aquellos no muere y el fuego nunca se puede apagar". San Marcos le da ocasión a los traductores para incurrir en el mismo error ya comentado, y es lo de tomar el camello por el cable. La zoología de San Marcos termina al cantar tres veces el lindo animalito de gallinero.



REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
DIRECCION, REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERES
151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES
TELEFONOS: Unión Telefónica: Administración: (38) 5982. Dirección (38) 4421.
Publicidad: (38) 2185. Talleres: (38) 4095.

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

Capital:	Trimetre $ 2.50 m$n.	Semestre $ 5.—	Año $ 9.—
Interior	" $ 3.—	" $ 6.—	" $ 11.—
Exterior	" $ oro 2.—	" $ oro 4.—	Año $ oro 8.—

Número suelto en la capital, 20 centavos. En el interior, 25 centavos.
Número atrasado del corriente año, en la capital, 40 centavos. En el interior, 50 centavos.

Bolivia, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, República Dominicana, Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos de América, Guatemala, Haití, Honduras, Méjico, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela. Año $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.
Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR

SALVADOS POR EL AMOR

El pueblo de Israel, ahogado de lumbre, caminaba sin alegría por la inmensidad de las arenas amarillentas de Raphidim. Sobrecogido seguía la frágil huella que los hombres y las bestias han dejado en el desierto, al capricho de los siglos vigilantes.

El pueblo de Dios va como una balsa que zozobra, y toda su grandeza se aplasta en la extensión. No les mata el hambre, pues el maná del cielo cayó para ellos; pero les devora la sed, y la inmensidad se les hace odiosa. ¡Cómo paladean el recuerdo de los festines pasados en Egipto! ¡Cómo se burlan de las promesas de Moisés, añorando los vinos, con que otrora apagaron la sed... ¡Esta necesidad ansiosa de agua, este deseo ardiente, este anhelo vivo, dióles furiosas ganas de saciarse de bebida. Y así anduvieron como frenéticos.

Comienza a sentirse el chasquear de las flechas y el desembrazar una espesa lluvia de piedras que tupían el aire. El paso tempestuoso de invisibles estremecimientos de hombres, de bestias, y de carros, vino retronando de hacia el Monte.

Una batahola, confusión y bullicio salía de la obscura multitud, y un rugido inmenso corría de sus bocas a los oídos de Moisés... ¡Llovían sobre él las acusaciones...!

A veces, alrededor del Profeta, se abren claros; y de súbito, como si un divino resplandor se encendiera bruscamente sobre su figura, se eleva majestuoso entre su pueblo, inmóvil, solo, sombrío...

Y los gritos callan un instante y en la anchura del desierto sólo se oye el gemir de los vientos...

A lo lejos, los horizontes tiemblan. Arenas por todos lados cubiertas de un gris rosado o amarillento. Pasa la pálida falange, errante caravana, mirando al cielo con mirada torva, silenciosa, sabiendo que la suerte los combate y que ellos morirán; ellos allí, sin socorro para que los soles den cuenta de sus cuerpos y sirvan sus huesos de historia en el futuro. Cuando el espíritu humano sufre sin esperanzas, comienza a dudar de todo, y sorda rabia va envenenándole el corazón, al reconocer su impotencia. Así, aquellos hombres humillados en su miseria, ven pasar sobre sus cabezas una nube errante en el infinito... pero la nube se va, huye, y con ella la inútil esperanza de un instante; ella también es una sombra viajera en el arenal; y a lo lejos, sobre las montañas muertas, se amontona como un cendal inútil, cubriendo no sé qué cosas que no tienen vida. Las arenas ahogan por todas partes los rumores siniestros. Moisés como un titán indómito lleva la frente sombría, la boca espumosa... ¡Moisés, el profeta! sondea con su mirada el azul, siente el peligro y le es duro ser vencido. Ve la canalla incrédula, ingrata ante la protección de su Dios que no hace muchas horas le enviara el maná y las aves para saciarles el hambre; ¡hombres ciegos ante la protección divina!; y siente la pequeñez de su pueblo y la suya propia; pues, palpándose el corazón, comprende que también le crispa el miedo, y sufre la gran tristeza de su impotencia. Y la poesía de la extensión, los pájaros aislados que vuelan a ras del suelo, y todo aquel aire de los yermos, se le sube al corazón en esta hora. ¡Todo calla! Silencio espantoso, como la calma de aquel desierto en cuyas lejanías, clava la mirada en un vértigo de sufrimiento y de dolor. En esta hora, Moisés desea los gritos, los aullidos de la multitud, agitada por la pasión, porque así le evitan a su alma contemplar abismos de silencio que tienen para el un misterioso terror de angustia, tal el que se experimenta al umbral de la muerte. Su corazón ama la vida, como quiera que ella sea, porque siempre hay en el ser un dinamismo interior que nos hace esperar en el mañana un día mejor. La vida es sagrada, y en este momento que ve llegar lo irremediable, mide los años pasados, los días idos para siempre, las horas de quimeras y de amor: Sombras, ensueños, mentiras... Y una sublime fantasmagoría, lo envuelve, le aprisiona, le quema como un fuego artificial, para luego lanzarlo al abismo de su verdad presente, disolviéndole el ensueño, quemándole las alas en lo único real: su conciencia.

Por Rosa Bazán de Cámara



Así, parecía vacilar como bajo el peso de una cruz, demasiado pesada para sus fuerzas. Sus pasos eran lentos, la túnica se apretaba a su cuerpo, y se agitaban trémulos al viento, sus cabellos en desorden. Mas él, *impávido, como un iluminado,* continuaba avanzando entre inmensos clamores.

—Dadnos agua para beber. ¿Por qué nos habéis hecho salir de Egipto, para matarnos de sed a nosotros y a nuestros hijos y ganados? — repetía el pueblo a su espalda.

Esta pregunta volaba de todos los labios, y los Israelitas, con bríos nuevos, respondían con gritos a las palabras de Moisés. ¿Por qué os amotináis contra mí?; ¿cómo es que tentáis al Señor? — decíales.

Pero nuevas amenazas se multiplicaban y subían los alaridos hasta el espacio, entre los temblores de la luz y del calor.

Entonces se produjo un portentoso desorden. Percibíanse las voces y las imprecaciones de los heridos por las piedras que arrojaban a Moisés; los ayes de los que, devorados por la sed, dejábanse caer sin fuerzas; y resonaba el clamoroso tumulto de los hombres, mujeres, niños y bestias confundidos.

—¡Agua!... ¡Dadnos agua, dadnos agua!... —se oía —y a lo lejos respondía el eco dormido entre las piedras relucientes de mica.

Moisés, que abría los oídos para escucharlos, levantó la cabeza y todos contemplaron su rostro. Tenía las mejillas pálidas, de su frente corrían gotas de sudor. El cabello flotaba en mechones desgreñados. Sus labios temblaban apretados como queriendo contener un grito. Los ojos estaban brillantes, ardían por el agotamiento y la fe. Mas, detrás de sus facciones el pueblo sintió a un corazón que palpitaba dulce y solitario, hundido en la tristeza y en la oración. Parecía adormecido en un sueño, como cuando el

hombre se ve perdido y se siente extraño entre los hombres, incomprendido, dolorosamente abandonado.

Aquel pueblo puso su memoria en perpetuo silencio y, sus sacrificios, sus desvelos, sus torturas para arrancarle de la esclavitud, se borraron en la niebla de su pasado. Moisés que sabe que el hombre escribe en cera los beneficios, pesa la verdad. Y comprendiendo que los que penetran los ocultos senos del corazón y arrebatan su alma de la tierra como volando en pos de una fe o de un ideal, son siempre puestos en el fuego del sacrificio por las muchedumbres, con el rostro transfigurado y los brazos en arco clamó:

—Señor, ten piedad del que hiciste potente y poderoso!

Entonces sucedió algo extraordinario; en aquella región de raquíticas retamas, espacios sin límites, parecía como si todo el desierto se hubiera convertido en una noche negra y tenebrosa; y el viento enfurecido gemía, levantando el polvo de la arena; viento de soplo invencible, a través del que se veían las cosas como entre extraña bruma, parda. Todo el pueblo vió a Moisés agrandado en la desnuda soledad...

La caravana detuvo su carrera, y hasta los niños habían cesado de gritar, y ni aun la arena osaba crujir bajo las plantas. Todo estaba inmóvil en el silencio de la hora. De súbito, todos los ojos distinguieron un resplandor rojizo sobre la roca más cercana, y vieron incendiarse por instantes la llanura hacia ese lado; el silencio embellecía grandemente las cosas; y entre el vivo de las llamas, surgió una aparición altamente extraña. Jamás habían presenciado nada semejante y un frío terror helaba sus carnes.

El desierto se ampliaba, al par que los camellos contestaban con gritos largos y roncos a los aullidos del viento.

Aterrorizados, hubieran caído todos de bruces al suelo, si la nube de humo no hubiera velado la figura augusta del Señor, que inmóvil, como sin vida, iba con su cólera divina a perder a aquel pueblo ingrato en el desierto. Sus ojos espiaban las tinieblas como si contemplara algo que su mirada descubría escondido en la extensa amarillez. ¡Qué insondable silencio, qué angustia oprimía el corazón de los hijos de Abraham! El aire les pesaba y sus brazos exhaustos caían sin fuerzas. Lo siniestro rodaba en el vacío reteniendo el aliento.

Moisés, que escuchaba sus calladas hablas, murmuró con voz trémula:

—¡Señor! Ten piedad del que hiciste potente y poderoso.

La extraña figura se estremeció entre las llamas; iba a levantar su diestra y firmar el castigo; pero deslizando su espíritu sobre la extensa llanura, hundió sus ojos en una noche de extraordinaria claridad, allá, muy lejos, en un punto desconocido, donde el misterio realizaría su obra. Mundo que no parecía de la tierra, bosque en que los árboles semejaban símbolos o espectros y en el cual, un hombre de rodillas, pálido y triste, iluminado como por un reflector de luna, venido del cielo, brillaba en el Huerto de Jetzemaní. Sus labios apenas se mueven y sus brazos levantados en alto tiemblan. Despiden fulgor extraño aquellos ojos y, al exclamar: "Padre, no permitas que pase por mí este cáliz" dos manos en el aire, acercan a su boca la copa del martirio.

Espectáculo único en el mundo, que algún día contemplarían los siglos, y que parecía contener el terrible enigma de los cielos.

El Padre Eterno, conmovido ante la sublime visión del hijo amado, vuelve sus ojos a Moisés, y cree ver en lo hondo de sus pupilas aquella misma expresión: terror en la carne de hombre, y luz divina de fe en las pupilas que las enciende. El mismo gesto de dolor, la misma súplica suprema.

—Señor ten piedad — llevóle el viento en sus alas; y la extraña figura envuelta en nubes, alzó la diestra, y bendijo al pueblo ingrato.

—Toma tu vara con que heriste el río — díjole a Moisés — y vete a la peña de Oreb.

Un relámpago esclareció el desierto, y gimió sobre su ancho dorso el trueno formidable. Moisés, cayó de rodillas en el polvo, y el pueblo de Israel con el alma arrobada, sintió liviano el corazón y un dulce frescor entre sus labios.

El milagro de Dios estaba hecho... La magia del crepúsculo descendió sobre los incrédulos; y las maldiciones locas, las lúgubres blasfemias, los rugidos de sed y de dolor desvanecidos en sus almas, callaron...

La voz solemne del cántico de gracia subía y se elevaba en la tierra hasta el Supremo Hacedor, y las montañas levantaban sus crestas, y el desierto enorme, tendido, ardiendo en púrpura que vencerá el crepúsculo, sintió la voz de Dios pasar por sus arenas indómitas...

Rosa Bazán de Cámara

Dibujo de Fabe.



El cordón del sombrero

Por *Edmundo Montagne*

SUELE suceder que una frusleria llegue a adquirir grave importancia en la vida de un hombre y es lo que parece estar pasando con el cordón del sombrero en la existencia del solterón Salustiano del Pontillo.

Si en Buenos Aires se lleva cierto accesorio del traje cuya practicidad se ignora, ese acesorio es precisamente el llamado cordón de seguridad en el sombrero del hombre. ¿Para qué sirve?, se habrán preguntado vagamente millones de porteños; o, por lo menos, ¿por qué los sombrereros siguen poniéndolo, si nadie lo usa?

Y sin embargo, ese cordón ha sido un atinado invento, hijo, como todo invento, de la gran madre Necesidad. Se le creería hecho en

Buenos Aires y en los primeros años de su ya lejana fundación: en Buenos Aires, país ciertamente de aires buenos, pero en el que reina, cuando menos se le desea, un viento potro por su impetuosidad, un viento avestruz por la brusquedad de sus gambetas, el viento pampero, para el cual no hay prenda de vestir segura sobre el cuerpo del viandante, ya que no lo está el viandante mismo sobre sus pies.

Y aunque parezca mentira, no sólo no se inventó aquí el cordón de seguridad de los sombreros, sino que es aquí donde se produce el absurdo de llevárselo pero no usarlo, sople el viento que sople.

Un porteño viejo, de suyo ciudadano bien portante, se estremecería de pies a cabeza a la idea de que ha deshecho la vuelta y media con que el cordón de su sombrero se ciñe inmutablemente entre copa y ala y lo ha prendido por el extremo suelto en el botón más alto del chaleco. ¡Qué ridículo, si nadie lo lleva así!

Nadie lo llevaba hasta hace un año. Hace un año, un porteño muy porteño, el solterón de nuestro ejemplo, don Salustiano del Pontillo, ha comenzado a usarlo. Su impulso revolucionario en punto a indumento no podía surgir sino del mismo temor al ridículo que hace del ciudadano porteño un ser uniformado. Vió de golpe la ridiculez de ese aliño colectivo, que revelaría en Buenos Aires una singularísima ciudad millonánime en la que todos sus adultos tienen la misma profesión, los mismos gustos, igual temperatura, ergo viste el mismo traje y lo lleva del mismo modo. Lo que hasta entonces le había parecido el chic masculino en su querida ciudad, le dió motivo a sentir sarcástica desestimación. Pero este inconcebible cambio sólo pudo ser ocasionado por la introducción en su alma del miedo a un ridículo mayor, el ridículo que padeció y no quería volver a padecer en plena calle Florida. Fué una tarde. Iban y venían las gentes en esa calle salón, tanto o más animada que de costumbre. Salustiano del Pontillo dirigió aquí y allá algunos saludos corteses. Notó de pronto que el pamperito que se insinuaba, dejaba de ser pamperito para ser pampero. Volvió el rostro sonriente aunque disimulado hacia las faldas agitadísimas de las últimas niñas saludadas. Cuando... ¡zumb!... un zumbido en las orejas y una frigidez súbita en el cráneo le dió la certidumbre espantosa de que su sombrero volaba. Lo vió al rato caer en el suelo, rodar entre piernas masculinas y femeninas de quienes, afanados en sujetar sus propias prendas, mal podían ocuparse en dar caza a las ajenas. Don Salustiano del Pontillo había ido corriendo detrás del flamante orión que, lleno de abolladuras y manchado de polvo, escapó de sus manos tantas veces cuantas creía atraparlo, como si la nutria de cuya piel procedía hubiera revivido de repente en el sombrero para dedicarle burlonamente tales jugarretas. ¿Burlonamente? Fuera de toda duda, uniendo sus burlas a la de los demás. Porque eran burlas y no otra cosa aquellos siseos y rumores que oía. En ese instante el viento obligaba a ocuparse de sí mismos a todos, ciertamente, pero no al punto de que dejaran de notar lo risible de aquel caso único, gozable en sumo grado, consistente en un consumado porteño, gentil caballero de viejo cuño, a quien un poco de viento descompone de pronto su peripuesta figura y lo lleva a correr como un patán cualquiera tras de su sombrero que huye. Pero, ¿cómo pudo hacer él tamaña cosa grotesca? ¡Correr tras su sombrero! Y cómo no comprendió que una mayor transformación aún se había operado en su estampa, tal como la vió — horror de horrores — cuando un muchacho le alcanzaba el orión y él, antes de encasquetárselo, contempló en el espejo de la tienda próxima a un azorado y jadeante señor muy calvo, de uno de los costados de cuya pelada partía batiente hacia lo alto cierta especie de renegrida ala de murciélago! ¡Ah, el irrisorio engendro que vió en el espejo y que era él mismo, de quien la racha que le arrebatara el sombrero había simultáneamente descubierto el marfilino cráneo, levantando arrebatadamente la sombría tapa de cabello apelmazado que lo celaba!

A esa tragedia acaecida en su compostura civil, debió Salustiano del Pontillo el sentirse revolucionario respecto del vestir porteño. Excusado es decir que estaba de acuerdo en reconocer que lo porteño consistía en no desentonar un ápice de los demás. Pero su desgracia lo llevó a meditar y caer en la cuenta de que si aquel ajuste a la uniformidad se cumplía por temor al ridículo, ese temor llegaba a ser vano cuando llevaba a un ridículo mayor, como le había acontecido a él. Se lo decía y repetía. Y agregaba que el pampero era enemigo de toda corrección, o por lo menos Dios lo había creado para que los porteños no mirasen tan de reojo a la virtud gringa de la previsión, desde que siendo previsores podían ser más correctos. Ahí tenían a la mano el cordón sujetador de sombreros en día de viento. El, Salustiano del Pontillo, lo había descubierto. Sobradamente veía que la utilidad del cordón no era en tal caso absoluta: ese hilo no podía impedir que el viento indígena lo chichonease a uno arrancándole de súbito el sombrero, pero sí permitía a un caballero correctísimo el volverlo ipso facto a su sitio y proseguir la marcha sin perder la línea. Eso: sin perder la línea. Nada más porteño, por lo mismo, que aquel accesorio del vestir. El, bonaerense si los hubo, lo demostraría usándolo. Y lo usó. Pensaba hacer escuela en poco tiempo. Mas, debemos confesar que al pronto no se atrevió a emplear el cordón, o no tuvo ocasión de hacerlo, sino entre el cosmopolitismo callejero y no entre los de su vieja y exclusiva clase social tradicional, como pudo darse el caso durante alguna cabalgata o re-

unión al aire libre. Y cosechó en un año experiencias iguales todas en cuanto revelaban lo inaudito de su atrevimiento. Primera: "Diga, diga", le espetó un jovencito que con otros se apoyaba en una baranda a la entrada de un circo: "Tiene suelto el cordón del sombrero". Don Salustiano del Pontillo hizo una seña de asentimiento, siguiendo su camino. Segunda: Una moza apuesta que se protege de las molestias de la intemperie en un portal, en tanto que espera su vehículo: "Señor. . . — insinúa, — el cordón . . . se le cae". Esta vez Del Pontillo sonríe amable y agradecido, llevando la mano a su sombrero, tanto para completar su cortesía como para ayudar la acción sujetadora del adminículo en ese instante en que el viento incivil hace de las suyas con árboles, toldos, papeles caídos y personas. Tercera vez: En la plataforma de un tranvía, un hombrachón bien trajeado le advierte: "El cordón del sombrero, señor". Y Salustiano del Pontillo apenas pronuncia un malhumorado "Gracias", y se escurre al interior del coche donde un asiento acaba de desocuparse. ¿Por qué ninguna de esas veces se apresuró a explicar a quienes creían favorecerlo, que lo del cordón era cosa voluntaria, y que, antes de caído, estaba bien sujeto por los dos extremos, el uno en el sombrero, el otro en un botón del chaleco? ¿Por qué se avino a explicarlo en cambio a quienes, menos capaces serían, por lo pronto, de seguir su ejemplo? Eran tres chicos desastrados, de nueve a doce años; se hallaban no tan sentados como tumbados en el banco de una plaza; junto a uno de ellos veíase un canasto de buñuelos y churros que pronto estarían más espolvoreados de tierra que de azúcar. "Vea. . . se le salió el cordón". Dirigiéndose tanto al que tal le dijo como a los otros, don Salustiano del Pontillo detúvose y les dictó cátedra. Durante su peroración ninguno de los tres pilletes cambió la irrespetuosa actitud en que los había tomado. "No es eso, muchachos", les dijo. "Nosotros los porteños tenemos las cosas útiles a la mano y, aunque nos creemos muy vivos, somos tan zonzos que no las usamos si los demás no las usan. Este cordón. . ." Y lo dijo todo y acabadamente, como si lo estuviera explicando a sus viejos amigos del club, probables seguidores suyos en la campaña pro empleo del cordón del sombrero.

Pero tuvo Salustiano del Pontillo, en lo que va del año, una quinta experiencia acerca del accesorio intocable, aunque no por haberlo usado, sino por haber dejado de usarlo en el preciso momento en que hubiera ganado su primera batalla acaso definitiva. Por eso piensa ahora en su desastre con mayor aflicción que aquella que perturbó el ánimo de nuestro Gran Capitán cuando en Cancha Rayada fué sorprendido por las fuerzas enemigas, al comienzo mismo de su gigantesco raid libertador. Y he aquí que tenemos a nuestro héroe de la urbanidad, don Salustiano del Pontillo, abatido en un sillón, una taza de tisana humeante a la diestra mano, mirando a través de la ventana cómo el viento de dos días atrás, a no dudar el mismo loco viento primaveral que en la quermese del Parque Lezama lo confundió, juega ahora con la fronda renaciente de los plátanos de su calle. El viento de su derrota sigue burlándose en su propia cara, precisamente cuando más necesita olvidarlo todo y consolarse de un modo cualquiera que en vano busca hace cuarenta y ocho horas. La lectura, los cigarrillos, el perrito faldero que le prestó la vecina del segundo, todo es en vano. Como si no hubiesen bastado las constantes molestias de su constipado para hacerle presente la malhadada noche del Parque Lezama, esta vista de su calle, en la que hallara alguna distracción, se torna irritante con el zarandeo rememorador de los plátanos.

Hacía tantos años como veinte que Salustiano concurriera a la última feria de caridad. El influjo hechicero de Anselma Roberts todo lo podía entonces. Donde estaba Anselma estaba él. No le era dable afirmar ahora que la atracción de la bella amiga de sus tiempos mozos se mantuviese tensa como antaño. Pero, ¿por qué concurriría, después de dos decenios, a un acto público en que ella volvía a tomar parte? Se confesó Salustiano que lo hacía no tanto por Anselma misma como por la revolucionaria actitud que creía deber adoptar alguna vez en sociedad, si la ocasión se ofrecía, desde que había descubierto la ridiculez implícita en el temor al ridículo de los porteños. Admitía no obstante que debido a su descubrimiento, no eran ya tan agudas las punzadas de cierta espinita que viaje tras viaje habían ido hundiéndole en lo más hondo del pecho, los diez viajes de Anselma a Europa, impía serie de alejamientos largos e iguales iniciada después de aquella fiesta de veinte años atrás en la que, no le cabía la menor duda, el alborozo de la plática sostenida entre ambos llegó a sensibilizarse hasta la amorosa emoción. Los claros ojos de Anselma se apasionaron aquella inolvidable noche y ardieron con tropical fulgor meridiano, como dos besos hechos visibles al tiempo que estallaban juntos en medio de su encabritado corazón. ¡Ah, la espinita de los diez viajes! No punzaba ya tanto, desde que sospechara, con la lección del viento en la calle Florida, el por qué de la afición de Anselma por las grandes ciudades de vieja cultura europea, donde, como en París, por ejemplo, un príncipe, que puede ser el de Gales, anda a pie, solo, portando en pleno día de sol, en vez de bastón, un paraguas, sin que nadie ría por esa que sería para nosotros monstruosa y titeable precaución.

El hecho fué que en una quermese realizada en la vieja quinta de Horne, flamante Parque Lezama, la cuarentona Anselma Roberts dirigía un quiosco de venta entre muchachas de reciente entrada en sociedad. ¿Por qué no? ¿Acaso él, cincuentón, a quien Anselma imaginaría momificado en un pelotón de clubmans, no tras-

ponía el portón del parque, tan garifo como seguro de sí, luciendo sobre su convencida y gallarda cabeza uno de los primeros juveniles pajizos de la estación?

Sonrió con el diabólico placer de quien posee un secreto, causa de próximo gran triunfo, pues andando hacia los parleros grupos mixtos, notó que el viento movía frondas y toldos como cumpliéndole un convenio. ¡Los quería ver a todos esos mocitos, tan dueños de sus sombreros los unos, de sus albas pecheras de media gala los otros, si lo que hasta ese momento se comportaba como una brisa amable en la fiesta, se desataba en rachas de las temibles que él se sabía! Por lo tanto, nada de miramientos: correrse cuanto antes el cordón de su rancho hasta el botón del chaleco. Eso se decía, Salustiano, pensando que de cualquier modo toda precaución sería escasa comparada con la del buen señor que en Europa saca paraguas en día de sol. "¡Ahora!", se ordenaba una y otra vez. Y, lo que era peor, en tanto que algunos caballeros, con el sombrero en la mano izquierda, extendiendo la diestra, cambiaban corteses frases con las amigas halladas en los senderos, él, a los espontáneos "Hola, don Salustiano", exigidores de intimidad, que de un lado y otro le dirigían, llevaba apenas la mano al pajizo, sin levantarlo, desconfiando de que el vientito que merodeaba ya, alado y viboresco, desmadejase indecorosamente los cabellos de su prolija mollera. De tal suerte aprensivo esquivaba los compromisos. Pero, entretanto, "¡Ahora!" seguía requiriendo a su ánimo, aunque sin atreverse en momento alguno a desprenderse el cordón y sujetarlo como según lo llevara cuatro veces ya en la procelosa urbe. "¡Ahora, que es la ocasión del gran triunfo!" Y en una de esas que creía alejarse de los paseantes, dió de manos a boca con el quiosco de Anselma, bullente de mozas ofrecedoras de chiches, entre las que su amiga de antaño reinaba como el más deslumbrante de los juguetes ofrecidos. "Del Pontillo", exclamó ella antes que él musitase un "Anselma" con acento de hipócrita sorpresa del que él mismo se confundió. Y tuvo que saludar como Dios manda. Y se espeluznaba a la idea de obligarse a permanecer por mucho tiempo con el rancho en la mano en tanto que la brisa amenazara trocarse en viento, como asimismo a la idea de que, ensombrerado, después de pedir permiso, el zarpazo pampero lo sorprendiese sin el cordón precaucional prendido en el chaleco. Cuando ahí está que la misma Anselma proclama: "A cambiar de casa, chicas..." Ella lo había dicho antes: "Si sopla viento, el rancho volará". De modo que... "Ayúdenos, Del Pontillo", lo conminó, ilustrándolo al tiempo sobre la previsora galería de cristal que allá en el fondo del jardín habían hecho construir las Damas de Beneficencia. "¡De mudanza! ¡Estamos de mudanza!", gritaban riendo las chicas, en el instante en que...

Pero, ¿por qué recordaría centenar de veces la bochornosa escena que lo perturbaba hasta enfurecerlo?

Salustiano del Pontillo cambia postura en el sillón con salvaje brusquedad que quiere ser eficaz rechazo de la atormentadora visión. Mas no puede rechazarla. Se ve otra vez llevando risueñamente con Anselma un tablero de chucherías, ella tomándolo por un extremo, él por otro; y su canotier que es de golpe arrancado de su cabeza exactamente igual que lo fué el orión en la calle Florida; y el frío en la calva, donde tremolaría su cabello como gallardete fatídico, por lo negro y mechoso, y por lo contrastador con su lívido cráneo, anunciando la muerte de su elegancia; y su incapacidad absoluta de trocar en gracia su desgracia, antes bien, su espanto viendo reír a las mudadoras del quiosco; y su apartamiento, que, despacioso y erguido, quiere esta vez no ser grotesca persecución del sombrero, trocado en dorada rueda de terca voluntad propia que huye sin parar sobre el filo del ala; y el remonte que en los aires hace de improviso el endemoniado canotier para ir a caer en las ondas luminosas de la fuente, empenachada e irisada de juegos de agua.

¿No fué ese final de su aventura lo que más que nada, lo que antes que nada daba de qué reír a las peonas de la mudanza, como asimismo a la indescifrable y abominable capataza?

— ¡Paca! ¡Paca! — grita crispado el señor Del Pontillo desde su sillón. Porque don Salustiano no soporta ya aquel recordar de escarnios revivido tan al compás del meneo zumbón de los árboles de la calle y tan al unísono del tremendo estornudo que acaba de azorarlo en la busca de sus insuficientes pañuelos.

— ¡Señor! — entra interrogando la mucama. Y agrega, como admirada de su propia comprensión: — ¡Ah, sí: más pañuelos!

— ¡Paca! — continúa rugiendo el patrón iracundo, viendo que Paca quiere alejarse solícita.

— ¡Señor, me da usted miedo! ¿Se siente usted mal?

— ¡Oígame y cumpla al pie de la letra lo que le digo! Abre usted mi ropero.

— Sí.

— Saca todos los sombreros que contiene.

— Bien.

— Y les arranca a uno por uno el cordón.

— ¿El cordón? — interroga incrédula Paca, aprovechando el momentáneo abatimiento que un nuevo y entrañable estornudo produce en su amo. — ¿Es que se refiere usted al cordón que tan juiciosamente comenzaba a usar cuando soplaban estos vientos?

— ¡Haga usted lo que le digo! Bien comprende usted que se trata de ese cordón y no de otro. Lo arranca usted de todos mis sombreros, uno por uno. ¡Y no me pregunte más!

Vuelve a hallarse solo Del Pontillo, aunque

no tan consigo mismo únicamente. Las visiones de irrisión siguen acosándolo, algunas alusivas a su valerosa decisión de acabar con todos los inútiles cordones de sombrero. "¡Eso es obrar: lo que no se usa, que no se lleve! ¡Porteño lindo!", concluye milongueando alguien a su oído.

El romanticismo de su irreprochabilidad vestuaria, pues en él la compostura entre sobria y atildada implicaba una secreta cuanto apasionante coquetería, acababa de padecer irreparable desastre en el preciso momento en que se proponía una gran victoria. Pero ¿por qué prometerle victorias a su coquetería, sentimiento que debió guardar siempre tan en lo íntimo, tan porteñamente en lo íntimo? Por haberlo intentado, el genio de la urbanidad nativa acababa de castigarlo inexorablemente, con las burlas de la única mujer a quien había amado y por quien había cultivado hasta la pasión ese su acendrado arte del porte. ¿Podía considerar consuelo, en medio de tamaña desdicha, el que la ignorasen sus viejos amigos del club? Quizá, pues así como a las mujeres, engalanadas para agradar a los hombres, les importa el parecer de las mujeres tanto como el de los hombres, así los hombres presumen de sus iguales en sexo. En consecuencia, Salustiano del Pontillo imaginaba la suerte de comentarios que su malandanza inspiraría en el juguetón Durañona, en el severo Del Carril, en el sarcástico Luro, en . . No, en Eloy, más amigo que los otros, su amigo de infancia, la burla adquiriría todos los tonos imaginables. Sería perseguidor como lo era en tales casos, y cargoso hasta irritar. Eloy . . .

— Diría que la bocina que sonó es la de su coche. El maldito viento en los árboles de la calle no me permite oír. Ya el portazo ése es también el de su coche: digo, el que da Eloy, apurado siempre en venir a mi encuentro. Verdad que extrañaba yo el que mis amigos no averiguasen ni por teléfono qué era de mí.

Tras el ruido del ascensor deteniéndose en el piso y el llamado del timbre, el evocado Eloy Domínguez entra en la habitación en que está Salustiano. Como de costumbre, no ha dejado prenda alguna en el vestíbulo. Cincuentón como su visitado, prefiere ir la mayor parte del año en cuerpo gentil y cubrirse con el sombrero flexible. Con esa su consabida estampa se presenta. Sí . . . Pero, pero . . . Del Pontillo se queda mirándolo con susto e interrogación inusitados. ¡Trae su amigo prendido el cordón del sombrero en el botón del chaleco!

— ¿Un resfrío, Salustiano? — pregunta cariñosamente Eloy como si no advirtiera el pasmo con que lo mira el convaleciente. — Algo más serio, quizá: una gripe . . . ¿Qué has tomado? Porque para eso no hay como . . .

Eloy continúa interesándose con la mayor naturalidad del mundo en la salud del amigo y recomendándole tratamientos diversos, a elegir, en tanto que Salustiano del Pontillo se adiestra en disimular, y logra disimular del todo, su reciente asombro, causado por la vista del cordón del sombrero de Eloy sujeto cuidadosamente donde él no lo sujetaría más. Mientras cree oponer disimulo a disimulo, se dice: "Este es el encargado de la burla de todos. Lo han sabido. Y heme aquí ante el enviado especial de mis titeadores. Prepara, Salustiano, el gaznate, que todavía te falta beber este trago amargo."

Eloy, entretanto, continúa charlando como si tal.

— ¡Señor! — exclama Paca entrando con cierta expresión de coraje en el rostro: — ¡Ya están arrancados todos!

A este sopetón de la criada, espera Salustiano que Eloy rompa en una carcajada, pues adivinará qué es eso de "todos" ¡Y no lo hace! No lo hace, aún cuando él contesta a Paca, nervioso y cortante:

— ¡Basta, basta!

"Basta, basta", podría repetirle con reproche Eloy una vez retirada la mucama, y averiguarle la causa de su repentina irritación. Pero tampoco hace eso otro. Por lo que, harto ya de sentirse como sobre ascuas, Salustiano le inquiere, mirándolo con firmeza de juez:

— Podrías explicarme al fin qué significa ese cordón, ahí, colgando?

— Ese cordón . . . Ya que prefieres que no hablemos de tu salud . . .

Y Eloy Domínguez confiesa que al fin ha comprendido lo que debe ser una acabada corrección en el vestir, corrección de que se jactan los porteños. Ella debe consistir en usar las cosas que se llevan para lo que han sido hechas: así el cordón del sombrero, que en una ciudad como la nuestra, en que suele soplar un viento tan cimarrón, etc., etc.

— ¿Y de dónde has sacado conclusiones tales? — insta Del Pontillo.

— Te seré franco. El argumento lo debo a una dama. Parece mentira que pasen los años por ella sin desmejorarla. Cada día más hermosa. Lo que ella dice, con sinceridad que aumenta su belleza, es una verdad irrefutable. "Ningún porteño debiera temer al ridículo, sino cuando el pampero lo atrapa sin el cordón de su sombrero prendido fuertemente en un botón del chaleco." Así me lo dijo. Y debido a quién es la inspiradora de mi campaña urbanista, serás, querido Salustiano, estoy de ello convencidísimo, mi continuador entusiasta.

— ¡Pero, quién es, hombre! — interrumpió a pesar suyo Del Pontillo.

— Anselma Roberts.

Edm. Montagne

DIBUJOS DE ALVAREZ

GRAN CONCURSO de "CARAS

Comunicamos a nuestros lectores que han participado en el GRAN CONCURSO FUTBOLISTICO DE "CARAS Y CARETAS", que habiéndose clausurado el 9 del mes próximo pasado a las 24 horas, la recepción de cupones pronósticos correspondientes a la terminación del Campeonato Argentino de Foot-Ball, estamos dedicados a la clasificación de los mismos, tarea que nos demandará bastante tiempo dada la enorme cantidad de soluciones recibidas.

BASES:

A) Recibirá un premio de MIL PESOS MONEDA NACIONAL el que acierte los nombres de los clubs que ocuparán los cuatro primeros puestos — en orden de colocación — en la tabla final de posiciones correspondientes a los "teams" de primera división;

B) Recibirá un premio de DOSCIENTOS PESOS MONEDA NACIONAL el que acierte el nombre del jugador que será "scorer" del campeonato de 1935;

C) Los premios son indivisibles y, en caso de empate, se sortearán en acto público los pronósticos iguales, para lo cual el cronista deportivo de CARAS Y CARETAS habrá numerado cada uno de los cupones;

D) En caso de que varios clubs empataran en la tabla de posiciones, se tomará en cuenta para el orden de colocación en la misma el número de goles a favor de cada "team", después de deducidos los goles en contra;

FUTBOLISTICO y CARETAS"

E) Los pronósticos relativos a la posición final del Campeonato sólo podrán ser remitidos hasta el día de la realización del 12º partido de la segunda rueda inclusive, los mismos que los pronósticos referentes a los "scorers".

F) Para que el voto tenga validez, el votante llenará, con letra clara y sin omitir nombre, dirección y fecha, el cupón correspondiente y lo remitirá, bajo sobre, en la siguiente forma: CONCURSO DE FUTBOL DE "CARAS Y CARETAS", CHACABUCO Nº 151, CAPITAL FEDERAL;

G) El jurado encargado de distribuir los premios estará integrado por un representante de la Asociación del Foot-ball Argentino, por el cronista deportivo de CARAS Y CARETAS y por el escribano público designado para levantar el acta;

H) Además de los premios establecidos, se otorgará una placa al club cuyo "team" resulte vencedor en el Campeonato de 1935 y una medalla de oro al "scorer" del mismo Campeonato.

100 PREMIOS ADICIONALES

Entre los que acierten los nombres de los Clubs que ocupen los cuatro primeros puestos **A LA TERMINACION DEL CAMPEONATO** se sortearán **50** pelotas de fútbol marca **"CERESETO"** o pares de botines de fútbol marca **"PROFESIONAL"** a elección, de la importante casa de artículos de sports de **C. J. PROTTI**, Bmé. Mitre 3949, y **50 ESPLENDIDOS RELOJES DE PULSERA,** de la acreditada **JOYERIA MIGUEL SANTARELLI,** cuya única dirección es **FLORIDA 360.**

PINERAL GRAN APERITIVO otorgará también otros premios adicionales, consistentes en **100** bonitos estuches conteniendo una botella de **PINERAL** cada uno.



Viene la Nochebuena,
la fiesta universal
de la opípara cena,
y Año Nuevo, triunfal
fecha de gozo llena.
Tu jugo estomacal
tendrá su fuerza plena,
si bebes PINERAL
·EL MEJOR DE TODOS·
LOS APERITIVOS
ESMERADAMENTE PREPARADO
PINERAL
INDUSTRIA ARGENTINA
PINI HERMANOS
CRUZ AL MÉRITO
ROMA 1907
VALDIVIA
Pineral
GRAN APERITIV
El preferido
para las fiestas d